



*KATERI
TEKAKWITHA*

F.X. WEISER, s.j.



traducido al español

To Fr. Jacques Bruyère, S.J.
Thank you for your encourage-
ment

June 8, 199

FRANCIS X. WEISER, S.J.

Kateri Tekakwitha

Traducido ^{del inglés} al español por
Hna. Emilia Schug, CSA

S. Emily Schug, CSA

Con nota preliminar por de

John Cardinal Wright

Montreal -- Canadá

Imprimi Potest: Muy Revdo. Florian Larivière, S.J.
 Provincial
 27 de octubre de 1971

Imprimatur: + Reverendísimo Gérard-Marie Coderre,
 Obispo de Saint Jean de Quebec.
 4 de noviembre de 1971

EDICIÓN QUINTA

Copyright 1972 por Revdo. Henri Béchar, S.J.

Vice Postulador pro Causa de Canonización
de Beata Kateri Tekakwitha

Publicado por The Kateri Center
Caughnawaga, P.Q. Canadá

Depósito Legal – 4 Quarter, 1977
Biblioteca Nacional de Quebec.

Taller The Noteworthy Company
Amsterdam, New York USA

LA CUBIERTA

Fue diseñada por Hna. Mary Mónica Kutch, CSA.

La perspectiva del diseño rústico indica conflicto.

Kateri, hija del bosque, aceptó la Cruz

de la Nueva Vida de Cristo Resucitado.

**En memoria de
mi Papá y mi Mamá**

Libros por Francis X. Weiser, S.J.

The Christmas Book

The Handbook of Christian Feasts and Customs

The Year of the Lord in the Christian Home

The Holy Land

The Light on the Mountains

Kateri Tekakwitha

Contenido

Nota Preliminar	6
Prólogo	8
Rayo del Sol	9
Te-Ka-Kwitha	23
Ropanebras, Mohawks, Mohicanos	35
Conflicto de Intenciones	46
La Gran Decisión	60
La Huida a Canadá	72
En el Pueblo de Oración	84
La Prueba del Invierno en el Campamento	98
El Hallazgo del Tesoro Escondido	115
La Radiante Puesta del Sol	131
Epílogo	144

Nota Preliminar

P. Weiser nos describe la santidad de Kateri Tekakwitha y la esperanza que muchos comparten de que ella se nombrará entre los santos de la Iglesia. Algunos quieren ver canonizada a Kateri porque, como una india mujer iroquesa, sería como una santa exótica; el memorial en su honor erigido cerca del lugar de su muerte la proclama, de hecho, "la más bella flor que brotó entre los indios." Sin embargo, ahora que la Iglesia ha canonizado al más negro entre los negros, al más oriental entre los asiáticos, y a personas de casi todo color y cultura, Kateri ya no se puede considerar exótica. La mayoría de la gente rezan por su canonización porque desean ver elevado a los honores del altar a alguien que surgió del suelo del continente norteamericano aun antes de que se hubiera sentido plenamente la influencia de aquellos norteamericanos, hasta los mártires, provenientes del Mundo Viejo.

con
En otras palabras, Kateri sería para *una* estas personas el perfecto "santo norteamericano," por ser americana aborigen que dio testimonio de la santidad posible en el mundo que ahora es América, antes de que las influencias culturales y étnicas del Mundo Viejo se notarán en Norteamérica.

Pero estas consideraciones son engañosas. Como existe una verdad profunda en la observación de Gertrud von le Fort que el sacerdote en el altar no tiene rostro -- no tiene facciones étnicas, ni color, ni personalidad indicativa de región -- de igual manera es verdad que un santo no tiene ciudadanía de este mundo que hace ni una pequeña diferencia. El santo es un ciudadano ejemplar de la ciudad universal de Dios, un hijo de espíritu transcendente de un sentido único y ejemplar.

Así, el énfasis de P. Weiser es la santidad de Kateri, no la relación de ella con los pobladores originales de la tierra americana. Además, como en todos los escritos de P. Weiser, su motivo no es engendrar orgullo nacional ni local, sino producir el gozo de la fe que es el lazo y el fondo de la armonía de la Comunión de los Santos. ¡Qué bien sería oír oficialmente la nota de una santa mohawk en esa armonía!

JOHN CARDENAL WRIGHT

Ciudad del Vaticano
2 de febrero de 1972

Prólogo

Este libro ofrece la vida de Kateri Tekakwitha, la joven más famosa y heroica de la nación de los Iroqueses. Varias biografías sobre ella han aparecido en diferentes idiomas. Esta nueva publicación trata de presentarla entre su propia era y gente, no solamente como una cristiana santa, sino también como una verdadera india mohawk que fue, con sus cualidades naturales y las características de su raza.

Los personajes de este libro no son inventos; ellos vivieron como verdaderos seres humanos. Cuando no aparecieron los nombres en los documentos, tomé la libertad de ponerles nombres; pero en cada instancia es un nombre verdaderamente iroqués. Los hechos se relatan detalladamente como sucedieron. La vida, las costumbres y las tradiciones se presentan tomando muy en cuenta la exactitud histórica. Sobre todo, traté de presentar a los lectores una Tekakwitha con la frescura y encanto de un retrato que parece vivo.

Algunas notas históricas se leen ^a al pie de ~~la~~ página para no interrumpir la fluidez de la narración. Las palabras iroquesas se escriben aquí como se pronuncian, dado que los iroqueses no tenían un lenguaje escrito.

Que esta pequeña obra les dé un poco de interés, información y conocimiento; pero, sobre todo, que el tremendo ejemplo de Kateri nos dé esa inspiración que nuestro tiempo necesita urgentemente: una sincera "hambre y sed" de los tesoros espirituales del reino de Dios en la tierra.

Francis X. Weiser, S.J.

Boston, Massachusetts, 7 de octubre de 1971

Rayo del Sol

Fue una tarde soleada de abril de 1656. Fue un día agradable; el cielo despejado se extendía sobre las colinas arboladas, los valles y las vertientes de agua de esta bella región, la cual constituye hoy la parte central del Estado de Nueva York. En aquellos días fue el lugar de los Mohawks, la tribu más feroz de "Las Cinco Naciones" (Iroqueses). Los Mohawks no sólo poseían lo mejor de la naturaleza, también sabían usarla bien. Plantaciones de maíz, frijoles y ayote rodeaban sus pueblos y les daban buena cosecha. Además tuvieron carne de venado, castor, ante y oso; varias clases de peces abundaban en las cañadas y arroyos, y sobre todo en el majestuoso río Mohawk.¹

Una canoa con dos indios cruzaba el río hacia la ribera sureña donde el pueblo de Ossérnenon (Auriesville, N. Y.) fue ubicado en la loma. Un hombre remaba fuertemente contra la corriente mientras el otro guiaba la llegada. Por ser un día a principios de la primavera -- inusualmente caliente, casi sofocante -- llevaban solamente mocasines y taparrabos de cuero suave de venado. En la canoa, al lado del cadáver de un venado macho y de un castor, habían dos rifles recostados.

¹ Los famosos Iroqueses constaron de cinco tribus distintas. En el siglo XVI formaron una liga bien organizada y tuvieron una constitución federal. Sus poblados se extendieron por el estado moderno de Nueva York, entre Albany y Búfalo. "Las cinco naciones" de los Iroqueses son: Mohawk, Oneida, Onondaga, Cayuga y Séneca. En el siglo XVIII, otra tribu, Tuscarora, se incorporó.

La proa del bote pegó contra la arena de la ribera. Ellos lo jalaron hacia lo seco, sacaron los rifles, y caminaron hacia el poblado. Pasaron por los maizales donde las mujeres desherbaban, limpiaban con azadón, y jalaban agua del río para regar los cultivos. Mientras los cazadores se acercaron, una de las mujeres gritó: ¡Tsaníton-gówa! (Gran Castor), y corrió por el maizal, hacia ellos para saludarlos.

Gran Castor, el joven alto que llevaba en la cabeza la cinta de un cacique con el plumaje del águila, se paró. Se sorprendió. ¿No fue prohibido por la costumbre mohawk que las mujeres dejaran su trabajo para hablar con hombres? ¿Acaso sucedió algo importante?

Ya en el camino, ella movía las manos con entusiasmo. "Jefe," le gritó alegremente, "su esposa dio a luz a una niña esta misma mañana. Mamá e hija están bien. ¡Que su hogar se llene de felicidad!"

De repente un rayo de alegría emanó de sus ojos, pero al instante la cara se volvió seria, pues un guerrero tiene que disimular sus sentimientos, especialmente delante las mujeres.

"¡Nyáwen!" (gracias), dijo y levantó la mano en saludo. Prosiguió su camino sin mostrar apresuramiento. Pero su corazón se inundó con alegría. El, con su joven esposa Kahontáke (Pradera), casados hacía un año, ya tenían el orgullo de ser padres de su primer hijo. -- Cuando se acercaba el tiempo del nacimiento, él no aguantaba la espera ansiosa, entonces salió hacía tres días para cazar, distrayéndose la mente y olvidando la angustia. Pero, en vano. Pensar en su esposa le fue una preocupación y tortura, hasta que decidió volverse.

Ya pasó la angustia, barrida por una ola inmensa de felicidad. El hecho de que el primer nacido fue una niña le causó una satisfacción especial; es que los Mohawks tenían esta superstición: una madre que da a luz primero a una niña, también dará a luz a varones fuertes y sanos. Además, si el primero es mujer, ella más tarde podrá ayudar a cuidar y enseñar a los hermanos menores.

Tsaníton-gówa apartó la pesada cortina de piel de oso y entró a su hogar. Cuatro familias compartían la "casa larga" que fue construida de pliegos de corteza pegados a una forma de palos de olmo. Cada lado del pasillo fue dividido en habitaciones; cada familia ocupaba tres o cuatro cabinas y tenía su propia hoguera en el piso de tierra en medio del pasillo. -- Un grupo de mujeres y niños estaban parados en frente de la cabina de Kahontáke, viendo por la oscuridad para divisar al bebé. Al acercarse el cacique, ellos lo saludaron con sonrisas amistosas, y entonces se retiraron, cada cual a su cabina.

Gran Castor trepó la grada, y entró a la cámara con paso ligero, deteniéndose en el catre donde se acostaba su esposa. Ella tenía por cobija un cuero suave de venado, y por almohada unas pieles de nutria. Ella lo miró con ojos grandes y solemnes.

"¡Ségon!" (Hola), dijo él. "¿Sufriste mucho en el parto?" Se sonrió ella. "No. Nuestra niña es buena; no me causó ningún dolor fuerte." Mirando la cesta al lado de su cama, ella levantó la cobija. Divisó una cabecita morenita y dos manitos.

Tsaníton-gówa la tocó con ternura. "¡Yoyánere!" (bonita) dijo él en voz baja. "¿Qué nombre le pondremos?" --
daremos?

Los Iroqueses les ponían nombres infantiles al nacer, y a la edad de siete u ocho les ponían el nombre definitivo.

"Ella nació al amanecer," contestó Kahontáke. "¿No sería bueno el nombre Iorágode?" (Rayo del Sol).

Le pareció muy bien al papá. Inclino la cabeza y miró una vez más a la niña, tocó con cariño la mejilla de su esposa y salió del cuarto. Bajando la grada al pasillo, se sentó en cuclillas sobre las pieles de castor, alistó la pipa y la chupaba de contento. Pronto notó un silencio extraño en la casa. Las mamás de las demás familias habían mandado a los niños y los perros a la pradera para jugar al borde del bosque para proteger a Kahontáke y su hijita de la bulla y movimiento que siempre llenan cada casa larga.

Preparando la comida alrededor de la hoguera, hablaron en voz baja. La porra de Tsaníton-gówa se quedó fría y vacía, porque la costumbre exigía que las demás familias dieran la comida y el cuidado a cada mamá cuando da a luz.

Una mujer le pasó al cacique un plato de comida caliente. Entonces él se dio cuenta de tanta hambre que tenía por no haber comido desde la madrugada. Con una breve palabra de agradecimiento empezó a comer del traste hecho de corteza y con una cuchara de madera. La comida consistía de *sagamité*, el plato famoso de los indios. Era una masa de maíz, cocida con frijoles, pedazos de carne y pescado, todo cubierto generosamente con derretida grasa de oso. Mientras comía él, la vecina llevó un plato a Kahontáke. Esta comida, sin embargo, fue más liviana y más fácil para digerir. La masa de maíz fue cocida con aceite de nogal, ~~sazonada~~ con arándano, mora y arce de azúcar. Kahontáke se sentó y comió con gusto.

azúcar de arce

Después tomó el agua fresca que trajeron del pozo en el bosque. "Gracias, hermana," susurró y se acostó nuevamente. Estaba cansada y agotada después de una noche sin dormir por los dolores del parto. Pronto se durmió.

Gran Castor le entregó el traste a la vecina amiga, de nuevo le dio las gracias, y encendió su pipa. Se levantó, miró a su esposa dormida; entonces salió de la casa larga y caminó hacia la casa de su compañero para ayudarle a pelar y destazar los animales que habían cazado.

Kahontáke era de la nación iroquesa, pero lo era sólo por el matrimonio. Sus padres habían sido Algonquines católicos que vivieron en un poblado indio cerca de Quebec. Ambos murieron cuando ella era niña pequeña, y ella fue adoptada y criada con cariño por la familia de un agricultor francés. Fue bautizada -- su nombre de pila fue María -- y siguió fielmente las oraciones y costumbres tradicionales de la casa de sus padres adoptivos. Además asistió a las clases de doctrina en la iglesia parroquial.

A la edad de doce ella fue capturada por una banda de los Mohawks durante un ataque repentino a los poblados a lo largo del río San Lorenzo. No la mataron, sino que se la dieron como esclava a la familia del guerrero que la había capturado. Por ocho años la niña llevó una cruz pesada de duro trabajo y una triste soledad en medio de una gente tan diferente en carácter y manera de lo que son los Algonquines pacíficos y los franceses de Canadá.

Afortunadamente, el joven guerrero Gran Castor fue atraído por ella por sus modales y habilidades. Se enamoró de

ella y pidió que se casara con él. Por medio de este matrimonio se hizo mujer libre y miembro del clan de su esposo. Poco después el concilio de ancianos lo nombró cacique, y así ella obtuvo la dignidad de ser parte del grupo pequeño de "nobleza" entre las mujeres de la tribu mohawk. Sin embargo, en la rutina diaria no era diferente de las otras mujeres; hacía los quehaceres domésticos, cocinaba, limpiaba las pieles y cosía la ropa, trabajaba en la plantación y hacía otras tareas diarias que les tocaban a las mujeres casadas.

Algunos Mohawks cayeron en el vicio de la borrachera que comenzó y se extendió cuando las Pielas Rojas empezaron a negociar con los holandeses en una fortaleza cerca de Oranje (Albany). Pronto muchas casas de Ossémnon se llenaron de pleitos, discusiones, y toda clase de exceso e inmoralidad, cada vez que los hombres iban al campamento para trocar, es decir, cambiar una cosa para otra, y regresaban a casa con el trueque, incluso botellas de aguardiente y whisky.

No todos los hombres fueron víctimas de esta corrupción. Muchos se dieron cuenta de los efectos peligrosos del alcohol y pudieron resistir la tentación de tomar sin moderación. Ellos se quedaron sanos y sensatos, cuidaron bien a sus familias y escaparon a los ataques de la borrachera que volvieron a otros guerreros altivos a ser hombres tontos como animales insensibles, como si fueran visitados físicamente por una *gagósa* (espíritu malo).

Uno que resistió la tentación del alcohol fue Tsanítongówa. Es cierto que era un joven impetuoso y orgulloso, cruel en la guerra y a veces brusco en casa; pero nunca se emborrachó, nunca le pegó ni insultó a su esposa, ni le fue infiel.

Kahontáke agradeció mucho el comportamiento de su esposo. Lo quería y respetaba y hacía todo lo que podía para agradarlo y hacerlo feliz. Sin embargo hubo una nube negra sobre su alma -- fue el pensamiento de su religión. Aunque se le olvidaron muchas detalles, las doctrinas principales de su fe permanecieron claras y firmes en su mente. Quería a Rawanníio, el Dios verdadero, y su Hijo Jesucristo, el Redentor del mundo.² También oraba a la Virgen Santísima, a los santos y los ángeles. Ella entendió el significado de los sacramentos. Muchas veces en secreto se persignaba.

Fue imposible practicar su fe cristiana en público, pues los Mohawks odiaban la religión de los Raseroni ("los que hacen hachas" es decir, los blancos) y este odio hizo de ellos los enemigos de los "ropanegras" (jesuitas) quienes trabajaron como misioneros entre las tribus vecinas.

Gran Castor sabía que su esposa era cristiana. No le importaba cuando cada noche se arrodillaba un ratito en un rinconcito de su casa y rezaba en silencio; pero no la dejaba hacer la forma de la cruz, ni hablar de su fe, ni indicar de ninguna manera que era cristiana. El único consuelo que tenía fue la presencia y amistad de una mujer mohawk mayor que ella, Anastasia Tegonhadshóngo, quien también era católica. Anastasia se había casado con un guerrero onondaga y fue bautizada en una capilla de esa tribu. Después de la muerte de su esposo, ella volvió a su pueblo de Ossérnenon, donde vivió como una viuda bien respetada. Ella era una verdadera Mohawk, valiente y decidida, prudente y práctica. Su fidelidad a su fe católica creció más bien y no disminuyó en el ambiente

² Los Iroqueses cristianos usaron el término *Rawanníio* (Su palabra es ley) para la divinidad. En oración dirigida a Dios, dijeron "O Dios" (*Sewanníio*).

hostil de Ossérmenon. Callada, pero resuelta, vivió y practicó su fe, aunque no la manifestó ante sus amigos y parientes no-cristianos. Kahontáke, la Algonquina tímida y gentil, encontró en Anastasia la amistad y apoyo espiritual que tanto le hizo falta a su alma.

La pesada cortina de piel de oso se apartó y al instante entró en la casa una luz brillante del sol. Kahontáke, se despertó y se sentó en la cama. Vio en la puerta a Tegonhadshóngo quien miró dentro de la habitación oscura. "¡Ségon!" (Bienvenida), dijo la joven madre con alegría. "Ven a ver a mi hijita."

La visita se acercó calladamente mientras Kahontáke quitó la cobija suavcita de la cuna; ella miró a la niña por un momento en silencio. Por fin tomó en sus brazos fuertes a la niña y se sentó en cuclillas al lado de la cama. Con ternura tocó la cabecita morena. "Te felicito, Kahontáke," le dijo. "¿Y qué nombre le ponen a este bultito de vida?"

"Su nombre es Iorágode," contestó la mamá.

Anastasia se rió: "Tú eres en verdad una buena Algonquina, Kahontáke. Estoy segura de que una madre mohawk llamaría a su bebé o 'Gato montés' o 'Ratoncito' o 'Abejorro.' Nosotros, los Mohawks vemos en nuestros hijos la vida silvestre y revoltosa de la naturaleza. Los miramos jugando, brincando, trabajando, comiendo y corriendo como los animales cuyos nombres les ponemos. Pero no te estoy criticando. 'Rayo del Sol' es un nombre realmente hermoso."

Se agachó, besó la frente de la criatura e hizo la Señal

de la Cruz sobre ella. "Que Dios te bendiga, mi querida," susurró mientras acostó a la chiquilla en la cuna.

"Por favor, Anastasia," rogó Kahontáke ansiosamente, "dime cómo podemos lograr bautizar a Iorágode. No hay ropanegra en nuestra tribu. ¿Podemos llevarla clandestinamente al sacerdote en Onandage?"

Tegonhadshóngo consideró el asunto por un rato. Por fin levantó la vista. "Por ahora no se puede hacer nada. Tenemos que ser pacientes y rezar. No debes causar sospecha ni el enojo de Tsanítón-gówa. Los Onondagas permitieron que los ropanegras llegaran e hicieran capillas en su pueblo. Quién sabe si algún día los Mohawks darán ese permiso; entonces tendrán un sacerdote aquí en Ossérnenon para ayudar y aconsejarles."

Kahontáke meneó la cabeza tristemente. "No tengo mucha esperanza que venga un ropanegra aquí nunca -- a menos que sea prisionero para que lo torturen y lo maten."

Se paró Anastasia y puso la mano sobre el cabello negro de su amiga: "¡Animo, mi palomita! Deja todo en las manos de Dios. Tenemos que esperar en silencio lo que vendrá. Rifles, tomahawk y flechas son las armas de nuestros guerreros; pero *muestras* armas son la paciencia, oración y perseverancia. Que Rawanníio las cuide a ti y a tu hija." Inclino la cabeza, se sonrió, dio la vuelta y salió despacio de la casa.

Después de unas semanas, la chiquilla Iorágode sonrió. Creció rápido, llegando a ser una niña sana, y observó todo a su alrededor con sus ojos grandes. Raras veces lloró. Según la

costumbre india, Kahontáke la llevaba en la tabla cuna a cuestas durante las horas de trabajo en la plantación. La niña estaba envuelta en cobija suave de cuero de venado y atada cómodamente a la tabla.

Llegando a la parcela cerca del río, la joven mamá se quitó el bulto dulce de su espalda y lo colgó de la rama de un árbol cercano. El viento calmo mecía la cuna; los pajarillos trinaban, y las nubes blancas pasaban por el cielo celeste. De vez en cuando Kahontáke se estiró para mirar y sonreír a su bulto precioso que se meneaba seguramente con la suave brisa.

Pasó un año. Después de catorce "lunas" Iorágode caminaba y hablaba. Las primeras palabras que pronunció claramente fueron *isda* (mamá) y *rakeni* (papá). Pronto empezó a charlar, como hacen los pequeños, en un lenguaje que sólo una mamá puede entender. Corría dentro de la casa, se salía, jugaba con otros niños; su risa alegre quebraba el trabajo serio y silencioso de las mujeres como el son de una campanilla. Cuando se cansaba de correr, se sentaba en cuclillas en la camita en la partición que era de sus papás dentro de la casa larga; ahí jugaba con la muñeca hecha por Kahontáke; fue una figura rústica de tusa y amarrada con trenzas de bejuco. Quería tanto a esa muñeca que nunca la abandonó.

A pesar de su manera viva y alegre, Iorágode fue un alma gentil y quieta. Cuando sonreía se le miraban camanances en las mejillas y una chispa de alegría traviesa en los ojos negros; pero nunca fue bulliciosa ni pleitista. A veces, como suele suceder entre niños, otros le quitarían un juguete o la tratarían toscamente. No gritaba ni se enojaba; sino se paraba con lágrimas en los ojos.

"Ella se parece a ti," dijo Anastasia a Kahontáke. "Los niños de los Mohawks son como un gato montés, que chifla y chilla y rasguña cuando otro lo molesta. Iorágode, al contrario, es tranquila y pacífica como tú. Pero oculto en el alma yace el coraje terco de los Mohawks lo que heredó de su padre. Algún día se le aparecerá. Se pondrá firme como una piedra, y nadie le quebrará su voluntad. ¡Oye lo que te digo! El futuro lo probará."

La pequeña Iorágode tenía dos años cuando nació otro niño, un varoncito. Cuando se lo presentaron lo quedó viendo con asombro. Por fin, con gentileza y ternura le tocó la frente con su dedo.

"¿No es lindo el bebé?" le preguntó la mamá. Con seriedad Iorágode asentó con la cabeza, viéndolo. De repente, se volvió hacia la mamá, señaló al niño, y se sonrió. Sus ojos mostraron alegría y felicidad. Todavía señalando a su hermanito, dijo con voz firme: "¡Dulce!"

Kahontáke la miró con sorpresa. "Así es, Iorágode," contestó la mamá y una sonrisa se formaba. "¿Sabes lo que acabas de hacer? Tú diste el nombre de tu hermano. Se lo ponemos como dijiste."

Así sucedió que al niño le pusieron el nombre Otsikéta (azúcar). Al principio no le gustó al padre por ser muy manso el nombre. Hubiera preferido algo más fuerte y varonil; pero cuando Kahontáke le explicó cómo Iorágode encontró la palabra y la aplicó al bebé, él estaba satisfecho y retiró su objeción.

Un día a finales de la primavera del año 1657, un ropanegra se acercó a la entrada principal del pueblo de Ossérnenon. Levantó el brazo derecho en saludo, como de costumbre. Los indios han sido enterado de su llegada por un vigilante. En un silencio profundo lo miraban, y nadie le contestó el saludo. Los hombres estaban muy serios, las mujeres calladamente curiosas, los niños pasmados y animados.

Este hombre era el jesuita Le Moyne, llamado Ondessonk (ave de rapiña). Había pasado el verano de 1654 con los Onondagas -- el primer hombre blanco a entrar dentro de su territorio (cerca de la actual ciudad de Siracusa, N.Y.). El llegó como mensajero de paz por parte del gobierno de Canadá, de los superiores jesuitas y de su misión de Nueva Francia. Los Onondagas lo querían y lo respetaban porque habló su idioma nativo con facilidad, era hombre bondadoso y amistoso, y se adaptó con gusto a sus costumbres y maneras.³

Ahora visita por primera vez a los indómitos y altivos Mohawks, para poder visitar a los cristianos hurones, capturados por los Mohawks durante la gran guerra Hurón-Iroquesa (1648-1649) y vivieron entre los Mohawks como siervos y esclavos. Esta llegada fue aprobada solemnemente por el Gran Concilio de la nación iroquesa; y por consiguiente los Mohawks no podían impedir la visita de P. Le Moyne a sus poblados, aunque muchos todavía odiaban a los franceses y tenían ganas de torturarlo antes de recibirlo como huésped. Sin

³ Simón La Moyne, S.J. (1604-1665) sirvió como misionero por ocho años entre los Hurones, y después como maestro en Quebec. En 1654 fue como misionero y mensajero de paz a los Onondagas. Viajaba mucho por todo el territorio de los Iroqueses y puso el fundamento para el futuro trabajo de los jesuitas. Los indios lo admiraron por su buen manejo de los idiomas hurón e iroqués, y lo consideraron un gran orador. Fue el primer hombre blanco que llegó a la presente ciudad de Siracusa, N.Y.

embargo, la ley de los Iroqueses los detuvo de cualquier daño físico, por ser ropanegra y por ser embajador a su nación.

Dos jefes lo dirigieron a la casa larga de los esclavos. Fue más bien una casa medio caída. El padre llevaba en su pesada mochila todas las cosas para celebrar la Santa Misa, sus libros de devoción y una mudada de ropa. Nadie se ofreció a ayudarlo con su equipaje. Su vestido estaba polvoso. Debajo de su sombrero el sudor corría por su frente y hasta su barba. Su cuerpo muscular no indicó la fatiga de la caminata larga por los valles y colinas, por los bosques y pantanos a lo largo del río Mohawk. Con ojos brillantes, dio una mirada a su alrededor e inclinó la cabeza para saludar a las mujeres y niños que lo vieron con una curiosidad obvia.

Al margen del poblado, al lado de la casona de los esclavos había una choza abandonada que iba a ser su habitación. Les agradeció a los hombres que lo acompañaron, y entró en la casa miserable. Le costó una hora limpiarla de la tierra y basura. Vivirá ahí por dos semanas. Dos veces al día los esclavos hurones le trajeron su comida -- masa de maíz cocida en agua y mezclada con rancia grasa del oso.

Los Mohawks no se comunicaron con él. Los guerreros contestaban sus saludos con un gruñido. En los corazones de muchas mujeres ardía el deseo de hablar con él y escuchar sus palabras; pero temiendo a sus esposos, no se atrevieron acercársele.

P. Le Moyne fue prudente y no quiso enojar a los guerreros. No hizo más que atender a los Hurones quienes no habían visto a ningún sacerdote por más de siete años. ¡Qué consuelo y gozo para ellos de asistir al Santo Sacrificio

nuevamente, de confesarse y recibir la Santa Comunión! Todos los días por la madrugada, antes de comenzar su duro trabajo, escucharon las charlas de su querido ropanegra, conocido por muchos de ellos en su propio país antes de la guerra.

Kahontáke, esposa del cacique mohawk no tuvo permiso de ver al sacerdote. Su amiga Anastasia, sin embargo, se encontró con él clandestinamente en la casona de los esclavos y ahí le contó de su amiga católica y de la niña Iorágode, y de su anhelo de tenerla bautizada. P. Le Moyne envió su bendición a Kahontáke, le aseguró de su oración sacerdotal y le aconsejó que esperara con paciencia hasta que los Mohawks dieran permiso a los ropanegras para que predicaran en sus pueblos. Eso lo esperaba en el futuro cercano.

Te-Ka-Kwitha

En el otoño de 1659 el pueblo iroqués fue atacado por un enemigo que ni siquiera los guerreros más valientes pudieron resistir. Fue la temible enfermedad de la viruela, traída por los europeos al Mundo Nuevo. Los indios sucumbieron fácilmente a esta epidemia porque no tenían una resistencia natural en sus cuerpos, ni tampoco se conocía el tratamiento entre sus remedios medicinales naturales tradicionales.

Aun los más fuertes se sintieron en las garras del horror y miedo. Con el frío invernal aumentó el mal, contrario al pronóstico de los curanderos. Los cascabeles de los brujos y los sones rituales de los tambores llenaron el aire día y noche con un ruido horrible. Los que creían poder espantar los espíritus de la enfermedad danzaron todas las noches alrededor de la fogata. Mientras tanto, los hombres y mujeres todavía sanos, sentados en sus casonas, miraban fijamente a las brasas. Desde los petates colocados a lo largo de la pared donde los enfermos yacían en agonía desesperante, se oían el lloriqueo de los niños y los gemidos de los hombres y mujeres. Por la apertura del techo entraba el viento helado que impedía el escape del humo que casi asfixiaba a todos los de la casona. De vez en cuando se levantaba una madre o esposa para rociar con agua helada el pecho descubierto de las víctimas para aminorar la fiebre. Los cuerpos descubiertos de los niños fueron expuestos a los vientos fuertes. Nadie sabía lo que se podía o se debía hacer contra la enfermedad.

Día tras día llevaban muertos al cementerio al borde del bosque. Colocaron los cadáveres, envueltos en cuero de venado, en sepultura superficial. No hubo tiempo, ni energía, ni interés para observar las ceremonias rituales.

Como una culebra venenosa la viruela entró en el hogar de Gran Castor. Dentro de unos días, él, su esposa, y ambos hijos se quemaban de la fiebre, sufriendo los dolores y ataques de la enfermedad. A la semana murió Tsanítion-gówa, y dos días después murió su esposa Kahontáke. Su amiga Anastasia estaba a su lado rezando con ella. Al momento de la muerte, Kahontáke recobró por un instante el sentido. Levantó la cabeza y con ojos grandes formuló con los labios, "*Jesos takwontorr*" (Jesús, ten piedad de mí). Entonces la cabeza cayó en el brazo de Anastasia. Tantas veces había orado y pensado en sus dos hijitos durante su enfermedad. Ahora tuvo que dejarlos para siempre en esta vida.

El niño menor, Otsikéta, murió el mismo día. De toda la familia quedó sólo Iorágode. Por más de seis días ella se encontró entre la vida y la muerte. Por fin la enfermedad asesina la soltó de sus garras. Bajo el cuidado de Anastasia la niña recobró su salud, pero lenta y dolorosamente. Después de dos semanas se apaciguó la fiebre. Las pústulas se secaron y se le cayeron de la cara dejándole cicatrices que llevaría toda la vida. Otra aflicción lastimosa fue la pérdida de casi toda la vista. Los ojos le quedaron tan débiles que no aguantaban ninguna luz fuerte. Al salir de la casa tenía que taparse los ojos con alguna sombra. De cerca podía ver objetos; pero objetos a una distancia los veía turbios.

Ella tenía cuatro años cuando todo esto le sucedió, y no comprendía porque sus padres y su hermanito la dejaron tan

rápido para ir al cielo, dejándola triste y sola, excepto por su buena "tía" Anastasia que la cuidaba y la acompañaba en la cabina vacía. La señora buena le explicó que fue la voluntad de Rawannio, que los había llevado a su alegre casona de felicidad eterna. Al final de su vida los va a ver. Entonces debe ser obediente a la voluntad del Padre celestial. El quería que se quedara unos años más antes de llamarla a ella. Después de eso la niña dejó de llorar por su mamá y papá, pero estaba confundida, callada y seria. Le desapareció la belleza sedosa de la cara.

Una vez sanada de los efectos agudos de su enfermedad, la nueva familia a que pertenecería se trasladó a la casona. La hermana de Tsanítón-gówa, Karitha (Cocinera) vino con su esposo Iowerano (Viento frío) y su hermana Arósen (Ardilla) para vivir en la casa de los parientes fallecidos. Trajeron a una joven de trece años, una huérfana que había adoptado, por nombre Enita (Luna). Por no ser pariente, Enita fue tratada más como una sirvienta que hija. Su trabajo principal era lo del campo y plantación; Iorágode generalmente la veía sólo en la mañana y en la noche. Las dos se hicieron amigas y se llamaban hermana, pero la diferencia entre las edades impedía que jugaran juntas.

Iowerano fue elegido el cacique en lugar de su cuñado. Según la costumbre antigua, él y su esposa adoptaron a la sobrina como su hija. No tuvieron hijos y estaban contentos al recibir a Iorágode en su familia. En adelante ella llamaría "Padre" a Iowerano y "Madre" a Karitha. Anastasia se fue para vivir en su propia cabina.

Fue tiempo de angustia para la niña. Los nuevos papás eran extraños para ella; parece que todo cambió para traerle

tristeza. El único consuelo fue que no tenía que dejar su casa; podía quedarse en la casona donde había nacido y pasado tantas horas alegres con sus padres y su querido hermano.

El cacique Iowerano era un hombre orgulloso, fuerte y silencioso. Sus intereses eran la caza y expediciones guerreras. Odiaba al Raseroni que vivió en Canadá y sus ropanegras que entraron al territorio de los Iroqueses y fundaron una misión en el pueblo principal de los Onondagas. Vivió en paz y amistad con los holandeses de la fortaleza cercana en Oranje (Albany), como hicieron los demás Mohawks. Mantenía sentimientos sumamente inamistosos contra la fe católica enseñada por los ropanegras. Fiel a las tradiciones de sus antepasados, él guardaba los ritos y supersticiones de su religión tribal, practicando las torturas de enemigos capturados, y tomando parte en las danzas y excesos dirigidos por los hechiceros de la tribu.

Con Iorágode, su hija adoptiva, él nunca fue brusco; ni siquiera el indio más brusco castigaba a sus chiquillos. La educación de los niños le tocó exclusivamente a la mamá, que la llevó a cabo con palabra y ejemplo, nunca por castigo corporal. Pero todos los niños, y especialmente las niñas, tuvieron que ayudar en los quehaceres desde sus años tempranos: recoger la leña, limpiar las ollas y trastes, barrer el piso, cuidar a su hermanito o hermanita. Luego, a la edad de siete u ocho, aprendieron a coser cintas para su blusa, falda o polaina. Una tarea importante fue jalar agua del manantial. Al llegar a la juventud, ayudaron a la mamá en la preparación de la comida, en coser ropa, y en el trabajo duro de arar, regar y desherbar los maizales en las riberas del río.

Pronto Iorágode se acostumbró a su nueva familia. Iowerano ahora era "rakeni" para ella. Su manera brusca e imperiosa no la asustaba; con el instinto fino de los niños ella percibía el cariño escondido en el exterior atemorizante. Cuando Karitha, su madre adoptiva, y Arósen, la tía, se agacharon con ella y la adornaron con cintas bonitas, collares, fajitas y plumas, para probárselas, ella se reía y las abrazaba. Dentro de poco recobró su alegría y decía cosas chistosas que hacían reír a sus parientes. Pero la luz de travesura en los ojos y los camanances de sus mejillas nunca le volvieron. La temible enfermedad de la viruela le había robado para siempre esa gracia.

Desaparecida también fue la exuberancia de su vida pasada. Su vista ahora era turbia e insegura. Ya no podía correr y brincar con los demás niños. No distinguía la pelota para cogerla. En un día de sol los ojos le ardían tanto que tenía que entrar en la casa o taparse los ojos con algo. Cuando corría, no veía las piedras y raíces y muchas veces se caía, sufriendo raspaduras y heridas. De tales experiencias duras aprendió a dejar los gozos infantiles.

Era callada, demasiado quieta para una niña de su edad. Una manera extraña -- solemne y seria -- irradiaba de su personalidad. En compañía de otros, sin embargo, era amistosa y alegre. En vez de jugar afuera, se ocupaba dentro de la casona inventando diversiones que no la hacían correr. Cuando se daban cuenta, los otros niños la visitaban y gozaban de su compañía placentera. La querían mucho.

Fue costumbre entre los Iroqueses de mudarse del poblado después de una inundación, epidemia, u otro desastre

natural. Querían escaparse de "okis" (los demonios), quienes, a su manera de pensar, se habían metido en su pueblo. Así los Mohawks de Ossérmenon dejaron su poblado poco después de la enfermedad y se trasladaron a una colina como a una milla al oeste. Sucedió hacia fines del verano de 1660. Los hombres trabajaron duro por varias semanas construyendo un nuevo conjunto de casonas, rodeándolas con empalizada y fortificaciones, haciendo particiones, bancas, repisas y otros muebles que usaron. Por fin llegó el día de la mudanza -- hombres, mujeres, niños -- llevaron sus pertenencias al nuevo lugar. Arriba y abajo, jalando las cosas o llevándolas a tuto, hasta que el pueblo estuvo vacío, quedando solo los esqueletos de las casonas.

Celebraron por tres días en su nuevo campamento con el encanto de los brujos, con danzas y banquetes, pidiendo la protección de sus dioses y espíritus sobre la gente, las casonas y las plantaciones. Al cuarto día unos hombres volvieron al pueblo anterior para incendiar lo que había quedado. Desde la colina la gente, triste y silenciosa, miró mientras las llamas saltaban y consumían el escenario de su vida pasada -- los gozos y dolores, trabajo y descanso, nacimientos y sepulturas.⁴

Desapareció Ossérmenon bajo una nube de humo. Del nuevo pueblo se divisaban los raudales del río donde el agua remolineaba y espumaba. Por tal razón los Mohawks lo llamaron Ganawáge (agua violenta).

⁴ En el lugar del pueblo de Ossérmenon (Auriesville, Nueva York) está levantado un gran templo de peregrinaje, en honor de los tres jesuitas que murieron bajo los tomahawk de los indios: René Goupil (1642), Isaac Jogues (1646) y Jean de La Lande (1646). También conmemorado allí es el nacimiento de Kateri Tekakwitha (1656) en Ossérmenon.

En la casa nueva Iorágode se sentía insegura y débil. Todo parecía mal ubicado, por ser diferente que la casona en Ossérnenon. Era más pequeña y vivía allí solamente la familia de Iowerano, no las cuatro o cinco familias como solían hacer los pueblos iroqueses. También tuvo otra hechura. Las tablas no se arreglaban iguales, ni las bancas estaban en línea a lo largo del pasillo. Tenía una sola fogata y las aperturas eran más pequeñas, impidiendo la entrada del aire helado del invierno. Por eso también estaba muy oscuro adentro. Los objetos grandes de madera proyectaban sombras grotescas por el interior de la casa.

Rayo del Sol todavía sufría de los efectos de su enfermedad. Media ciega, se movía con cautela, sin poder reconocer los obstáculos en su camino hasta que se topaba con ellos. Entonces comenzó a guiarse a tientas, extendiendo ambas manos, caminando con pasos inciertos. Las tías lo notaron. Se sentían tristes, pero no dijeron nada. Mejor no ayudarlo, pensaron. No podían guiarla por toda la casa; mejor explorarla a solas, a pesar de un choque de vez en cuando. Poco a poco aprendería y se acostumbraría a los obstáculos, y caminará segura.

Iowerano se había ido a la caza. Ahora volvió con el premio - un alce, dos antes y cuatro castores. Estaba contento y de buen humor. Su esposa le trajo mocasines secos y él se sentó en cuclillas al lado del fuego. Arósen le pasó la pipa. La llenó y la encendió, se recostó y mostró satisfacción.

Iorágode salió de su cabina donde estaba su camita para saludarlo. Como siempre caminaba despacio con ambas manos enfrente. Sus ojos miraban fijamente a una figura cerca del fuego. ¿Era su papá? o ¿era una sombra? Tenía que esperar

hasta que estuviera muy cerca para distinguirla.

El cacique la observaba cuidadosamente. Su corazón se llenó de asombro y lástima. "Pobrecita," pensaba, "el *oki* de la enfermedad quería dejarla ciega; pero no lo logró, por lo menos no totalmente. Pronto él tendrá que soltarla de sus garras; tú te recuperarás, lenta pero seguramente." Con este pensamiento se calmó. De repente sonrió, viendo a Iorágode tocando todo en su camino. Con su pipa, la señaló diciendo, "*¡Te ka kwitha!*" (La que empuja con las manos).

Las dos mujeres lo miraron con boca abierta. Al comprender el juego de palabras, ellas también se rieron. ¡Qué idea tan espléndida! La palabra, "Ella empuja con las manos" lleva un significado especial entre los Mohawks. Significa una mujer ideal, que trabaja duro y mantiene todo en orden, una esposa o madre prudente, industriosa, providente y cariñosa.

"Tekakwitha -- ¡buen nombre para ella!" exclamó Karitha. Arósen y Enita se acordaron gustosamente. Claro, no es tiempo todavía; hasta que Iorágode tenga siete u ocho años se le quitará el nombre infantil y le pondrán el definitivo. Iowerano asentó en silencio, miraba fijamente al fuego y siguió fumando.

De ese día en adelante Rayo del Sol era llamada frecuentemente por sus parientes "Tekakwitha" aun después de que recuperó la vista y no tenía que extender las manos. Cuatro años más tarde, a la edad de ocho, los padres le pusieron el nombre definitivo. En adelante se llamó Tekakwitha por toda su vida. Su primer nombre - Rayo del Sol - ya no se usaba y cayó en olvido.

Con el cambio de nombre comenzó también una nueva vida. Tuvo que compartir el trabajo del hogar. Los Iroqueses amaban mucho a sus niños y nunca los castigaban y les permitían tiempo suficiente para pasear en el campo y jugar. Sin embargo, desde la edad de siete u ocho, cada niño asumía cierta parte de los quehaceres. Tanto los niños como las niñas se acostumbraban a sus tareas. Nunca pensaron en desobedecer, hacer una cara larga o quejarse. Las órdenes de los papás eran precisas y claras. Todo lo que tocaba a la rutina dentro de la casa estaba bajo el mando de la mamá. El papá enseñaba a los niños todos los aspectos de cazar, viajar y ser guerrero. Lo mandado por ellos se obedecía con gusto por los niños. No se toleraba la desobediencia ni oposición.

Tekakwitha tuvo sus tareas diarias que cumplía con un esfuerzo alegre y consciente. Recogía leña en el bosque y la amontonaba cerca de la entrada de la cabina. Siempre tenía suficiente para los días de lluvia cuando no podía salir. Varias veces durante el día tenía que jalar agua del manantial en un caldero. También le tocaba a ella moler el maíz en una vasija de madera, la masa del cual fue el *sagamité*, el plato principal de los indios. También aprendió a cocinar otros platos más sencillos, a preparar el azúcar de arce y recoger los hongos y frutillas comestibles que abundaban en el pueblo.

Debido a la debilidad de los ojos, ella no jugaba afuera con los demás niños; más bien se quedaba en casa durante el tiempo libre. En cuclillas al lado de su cama, hacía petates, delantales y zapatillas de la tusa de maíz. Aprendió a hacer cordones de las fibras de las plantas, y coser las pieles usando los tendones finos del venado y del ante. Con el tiempo adquirió una gran destreza en las manualidades y gozaba de ese trabajo. Todo lo que veía de cerca lo podía hacer.

Con los dedos hábiles producía varias clases de ropa adornada: cintas para la cabeza hechas de la piel seca de la anguila y pintada en rojo, verde o azul; franjas adornadas de allanadas púas del puerco espín para vestidos, polainas y chaquetas; mocasines diseñados con *wampum* (cuentas de concha) de muchos colores;⁵ collares de conchas del río o anilletas de bronce; brazaletes de cuero suave, pintados o bordados.

Aunque de avanzada edad, las tías pusieron mucha atención a la belleza de sus vestidos y adornos, como era costumbre de las indias. Como miembros de la familia del cacique, cuidaban no sólo de ellas mismas sino también animaron a Tekakwitha que fuera la más bella y atractiva cuando iban a una visita o a una fiesta comunal. Ella les hizo caso pero no gozaba mucho en demostrar sus adornos. Ella siguió una vida callada, y la estima de las otras niñas no le importaba; tampoco gozaba de los efectos de su belleza, porque no veía las miradas que quizás le echaban. Para ver las reacciones de los espectadores, una mujer necesita de ojos vivos y mucha luz. Esta joven tuvo vista turbia. Además las cicatrices dejadas por la enfermedad la hicieron tímida y apenada.

Cuando cansada de tanto coser y tejer, salía de la

⁵ El *wampum nativo* o genuino consistió de conchitas de color blanco o gris. Se ensartaron en cordón fino o era cosido en fajas. *Wampum* sirvió como adorno, dinero, y escritura simbólica (según la forma, color y arreglo de las cuentas). El *wampum importado* o artificial fue introducido por los europeos. Consistió de cuentas de vidrio de varios colores y fue usado en gran cantidad por los indios para adornar los mocasines, cintas para la cabeza, collares, etc. El valor fue menos que el de *wampum nativo*.

casona y paseaba por el bosque que colindaba con el pueblo por tres lados. Se detenía para examinar la belleza de las flores y la variedad de hojas de los árboles y arbustos. Con los dedos tocaba la corteza de los árboles, las agujas del abeto, el encaje de los líquenes y helechos. Se le alegraba el corazón al encontrar una tortuguita y la miraba pasar por el musgo, y al ver cerca de ella una ardilla que la miraba con ojos grandes. Ella sin moverse miraba fijamente la creatura. Durante esos paseos por el bosque, viendo la naturaleza, experimentaba deleites y sorpresas que le compensaban diez veces más que lo que perdió al no poder jugar con otros niños.

Dos o tres veces cada verano Iowerano llevaba a su familia a visitar el territorio cercano, la colonia de los holandeses. Por ser amigos de los holandeses, los Iroqueses viajaban por el río Mohawk sin que nadie los molestara, ni cuando entraban al río Hudson y pasaban por el pueblo de los "rostro-pálidos" que lleva el nombre de Oranje (Albany). Tekakwitha se arrodillaba cerca del borde de la canoa y dejaba los dedos deslizarse por el agua fresca. Con la vista turbia no podía distinguir las casas de los blancos en la orilla del río Hudson; pero aun la imagen indistinta de las casas la llenó de asombro. ¡Tan diferentes las casas de esas personas blancas de las cabinas bajas de corteza de su propia tribu!

Debajo de Albany se detuvieron en un lugar donde el río caía sobre las rocas y piedras hacia el majestuoso Hudson. Los indios llamaron el lugar Tawasónta (Cascada). Allí abundaban los peces y anguilas. Iowerano y las mujeres levantaron dos chozas de ramas de pino, las cubrieron con pieles de alce y pusieron pellejo de castor en el suelo; así tuvieron un *wigwam*, listo para pasar la noche o para protegerse de la lluvia. En cuanto lo terminaran, los mayores

empezaron a pescar abajo de la cascada. Enita y Tekakwitha los miraron por un tiempo y después buscaron leña para la fogata encima de la cual ahumaban el pescado.

Todos pasaron el día ocupados. Cortaron y limpiaron el pescado -- salmón, perca, trucha y anguilas -- ahumándolos en una varilla de madera sobre los troncos ardientes, y después lo empacaron en cestos que habían traído. A tiempo de comer, gozaron con anguila o trucha cocida, pan de maíz y frijoles. Al terminar la jornada al anochecer, Iowerano se sentó en cuclillas cerca de la fogata chupando su pipa de contento y escuchando la música incesante de la corriente de agua. Karitha y Arósen platicaron en voz baja. Enita y Tekakwitha se sentaron en un roca plana, con los pies colgados flojamente en el agua. En el silencio gozaban de la belleza nocturna, respiraban el aroma del pinar y vieron el reflejo de la luna irradiando miles de chispas plateadas en las olas del Hudson.

Generalmente su estadía en Tawasónta era de cuatro o cinco días. A la vuelta a Ganawáge la canoa estaba repleta con más de trescientas libras de pescado, suficiente para todo el verano hasta que cosecharan el maíz en septiembre.

Ropanegras, los Mohawks, y los Mohicanos

Desde 1625 en adelante los jesuitas habían laborado como misioneros en el país de los Hurones y convirtieron pueblos enteros a la fe católica. El éxito costó mucho -- fatiga, sacrificio, y paciencia heroica. Apenas percibían las primeras bendiciones de una comunidad cristiana cuando los Iroqueses comenzaban, en 1642, a atacar los campamentos de los Hurones, matando o capturando a los habitantes, y destruyendo sus chozas, empalizadas y plantaciones. Terminantemente, en 1648, exterminaron la entera nación hurón con una horrible guerra feroz. La victoria fue asegurada por las armas que consiguieron de los holandeses en Albany.

Una parte de los derrotados Hurones huyeron a Quebec y pidieron protección a los franceses; otra parte buscó refugio en las islas del lago Michigan. Durante aquellos años los Iroqueses torturaban y mataban cruelmente a cada ropanegra que caía en sus manos. Estos misioneros heroicos que dieron sus vidas por Cristo son venerados ahora como los "Mártires norteamericanos".

Después de la guerra, cuatro tribus de entre los Iroqueses -- Onondagas, Oneidas, Cayugas y Sénecas -- paulatinamente buscaron hacer las paces con los franceses. Aun permitieron a los ropanegras entrar en sus territorios, servir a los esclavos hurones católicos, y abrir una misión en cada territorio de la tribu. Sólo los Mohawks retenían su odio

extremo contra los blancos de Canadá y contra la religión cristiana. Constantemente suscitaban la discordia entre los guerreros de las demás tribus, hasta que, en 1658, los jesuitas y sus asociados tuvieron que huir a Nueva Francia (Canadá).

El gobernador en Quebec no permitía que los jesuitas volvieran a sus misiones mientras los Mohawks persistían en su enemistad. A pesar de que los Onodagas querían la paz, los Mohawks seguían atacando los campamentos canadienses, matando tanto a los hombres blancos como a los indios cristianos, quemando las casas, saqueando las plantaciones, y tomando cautivos a los que habían torturados y haciéndolos esclavos en su pueblo.

Nueve años duró esta situación dolorosa, hasta que el gobierno canadiense consiguió suficiente tropas de Francia para proteger la colonia y enfrentarse con el enemigo. En el otoño de 1666, el ejército de 1200 hombres invadió el territorio de los Mohawks. Los guerreros feroces que se habían burlado de la idea de un ataque por los rostropálidos, ahora tuvieron que huir del pueblo con sus esposas e hijos. Los franceses no mataron ni capturaron a ningún piel roja, pero sí quemaron sus casas, destruyeron sus provisiones y arruinaron sus plantaciones. En cuanto se retiraron los canadienses, los indios salieron del bosque al lugar donde habían estado sus casas. Los habitantes de Ganawáge reconstruyeron su poblado en otro sitio, al otro lado del río Mohawk (cerca de Fonda, Nueva York).

Por fin los Mohawks también estaban dispuestos a pedir la paz. Los embajadores llevaron un número de niños a Quebec y los entregaron al gobernador como símbolo de su sinceridad. Fue un gran sacrificio por parte de ellos, porque amaban mucho a sus hijos y les fue difícil separarse de ellos. Sin

embargo, sabían que los niños y niñas recibirían un buen cuidado de los jesuitas y las hermanas ursulinas.

En nombre de su tribu los embajadores mohawks pidieron que los ropanegras los visitaran para trabajar entre ellos como misioneros. Las demás tribus ya lo habían pedido. El gobernador juzgó que había llegado la hora para dejar que los jesuitas regresaran a su misión entre los Iroqueses. Con gran gozo los padres se alistaron para su trabajo que se había interrumpido hacía nueve años.

En septiembre de 1667 tres ropanegras llegaron en compañía de los embajadores. El primer pueblo que entraron del territorio de los Mohawks fue Ganawáge, donde Lowerano, como jefe, tuvo que recibirlos. Aunque cortés y amigable por fuera, no sintió ningún entusiasmo por la llegada de los ropanegras. Siempre odiaba a los franceses y era siempre enemigo de la fe cristiana. Sin embargo, les dirigió unas palabras solemnes y les ofreció una cordial bienvenida. Por tres días ellos se quedaron en la casa de él antes de proseguir a Tionnontóge, el pueblo principal de los Mohawks.

Para Tekakwitha de once años de edad, fue la primera vez que vio a esos hombres extraños que eran "los embajadores del Gran Espíritu." La única cosa que sabía de ellos fue lo que Anastasia le había dicho hacía siete años cuando la cuidaba en su enfermedad. Sabía que su mamá Kahontáke amaba a esos hombres buenos y santos, había recibido la fe cristiana de ellos y rezaba las oraciones que le habían enseñado.

Lowerano mandó a Tekakwitha que asumiera el cuidado de los huéspedes -- preparar sus comidas, jalar agua y atender la fogata. Así él y las dos mujeres no tendrían casi nada que ver

con los ropanegras; y la niña -- así pensó él -- todavía era demasiado pequeña e inmadura para que los padres la influenciaran en favor de la cristiandad.

La hospitalidad india, por supuesto, no ofreció las amenidades al estilo europeo. Los padres fueron asignados a una cabina en la casa del jefe donde pudieron pasar la noche sobre petates y pieles de castor. Después de guardar sus bultos en una repisa, ellos fueron invitados a sentarse en la banca colocada a lo largo del pasillo central. El aire en la casa era pesado de humo y de los olores desagradables de grasa rancia, pieles no curtidas, y sudor humano.

Como un plato especial Iowerano ofreció a los huéspedes la delicadeza acostumbrada: la carne de perros, cocida sin condimento.

Despreciar esa comida hubiera sido un insulto grave al anfitrión; por eso los sacerdotes tenían que comérselo a pesar de su repugnancia natural. Tekakwitha, por supuesto, no se dio cuenta de ello. Para servirle mejor, ella echó más grasa del perro sobre la carne, haciéndola más jugosa y atractiva. Con una sonrisa tímida se les ofreció los platos. P. Pierron, quien acababa de llegar de Europa, por poco se desmayó del asco y con todo su autodomínio se esforzó en masticar y tragar su porción. P. Bruyas, sin embargo, dijo, "Gracias, hija, que Dios la bendiga."

Mientras los ropanegras trataban de comer el banquete, Tekakwitha se apuraba trayendo agua del pozo. Imaginaba muchas cosas. No tenía idea clara sobre la cristiandad, pues en la casa oía solo comentarios negativos que insultaban a los hombres blancos; y las dos tías la vigilaban para que Anastasia

no tuviera oportunidad de hablar con ella en privado. Descansaba un momento en el pozo pensando en las palabras de P. Bruyas respondiendo a la bienvenida de Iowerano. "El verdadero Dios," dijo, "es padre de todos, tanto los rojos, como los blancos. Ama a todos los seres humanos; y todos -- hombres, mujeres, niños -- pueden hablar con él, pues él oye cada suspiro y ve lo que está en el corazón." Con ese pensamiento sintió escalofrío en su ser. Miró al cielo y por primera vez en su vida habló con el Gran Espíritu. "O Dios, ayúdame a conocerte y amarte."

Volviendo apresuradamente al pueblo su corazón saltó con alegría.

Después de una gira de cuatro días los misioneros jesuitas salieron de Ganawáge acompañados por una tropa de guerreros, y fueron a Tionnontóge, el campamento principal de los Mohawks. Fueron recibidos espléndidamente, según la costumbre india. Doscientos hombres de traje típico los encontraron fuera del pueblo y los acompañaron en procesión hacia la entrada del pueblo donde los jefes y los ancianos los recibieron, los saludaron con frases elocuentes, y les ofrecieron la pipa de amistad. Entonces marcharon a la casa del Gran Consejo para la bienvenida que consistía de discursos y un banquete grandioso. Sentados en pieles de búfalo, los indios y los ropanegras comieron platos de venado, pescado, *sagamité* y ayote cocido mezclado con azúcar de arce.

Mientras los jefes y las visitas gozaban del banquete, los guerreros del pueblo les daban un saludo bullicioso. Cada uno parado en frente de su casa tiraba al aire con su mosquete, bala tras bala, lo más rápido que podía cargarlo. Tales explosiones

irregulares y violentas llenaron al pueblo con truenos ensordecedores. Fue un espectáculo que divirtieron inmensamente a las mujeres y niños. Las balas volaron sobre los techos y cayeron en el bosque sin causar daño a nada ni a nadie.

Al terminar el banquete los jefes obsequiaron a los jesuitas pieles de castor y cintas de *wampum*. Así confirmaron el tratado de amistad con los Raseroni. Prometieron ayudar a los ropanegras construir una casa y una capilla para la misión.

Los padres gozosamente encontraron muchas pruebas de buena voluntad y de amistad. En su casona, hecha de corteza como las chozas del pueblo mohawk, se establecieron sin demora y comenzaron su rutina acostumbrada de oración y labor apostólica. Esos primeros días eran sino la luna de miel de su servicio sacerdotal entre los orgullosos y altivos Ganeága (Mohawk). Pronto los padres notaron una vacilación y enemistad entre muchos de los guerreros. No era extraño; esta gente que no se atreverían a mostrar públicamente su enemistad contra la religión católica, no tenían ninguna intención de dejar sus costumbres viejas y de hacerse cristianos. Algunos prohibían que sus esposas y niños hablaran con los misioneros y escucharan sus sermones.

Conducidos por los curanderos y hechiceros, un grupo de guerreros seguía sus reuniones en honor de los dioses y demonios. En tales ocasiones ellos hicieron toda clase de hechizos y ritos supersticiosos, torturaron a los cautivos de las tribus del oeste y tomaron en gran cantidad el aguardiente que compraron a los holandeses en Albany. Bajo la influencia de este alcohol pronto perdieron su sentido y se hicieron como demonios. Peleas, heridas horribles, incendios y hasta matanzas sucedieron después de sus "fiestas". En sus borracheras ellos

tiraron tizones adentro de la casa de los ropanegras, se les robaron toda la comida, les amenazaron con *tomahawk* y mosquetes. Cuando los padres reclamaron más tarde, dijeron malhumorados, "Ustedes no tienen inteligencia. No fue culpa nuestra. Sus hermanos, los rostropálidos del río Hudson nos vendieron el aguardiente que nos robó nuestro sentido. Nosotros no hicimos las cosas malas; fue el alcohol dentro de nosotros. Antes de que vinieran los holandeses, nunca nos emborrachamos. La gente blanca nos corrompió."

A poco tiempo los jesuitas se separaron. P. Fremin se quedó en Tionnontóge, P. Bruyas fue a los Oneidas, y P. Pierron fue a los pueblos de Andagóron y Ganawáge, haciendo cada semana una gira por los pueblos y caseríos de la región. Ofrecía la misa para los esclavos cristianos hurones, bautizaba a los niños moribundos y trataba de ganar los corazones de la gente a la fe verdadera. Por dos años sufrió de las labores de este apostolado. Caminaba de pueblo a pueblo por los bosques en el frío atroz del invierno y en el calor insoportable del verano. Visitaba a los enfermos, cristianos y no-cristianos, atendía sus necesidades, vendaba sus heridas y les daba medicina.

Lenta pero seguramente la fuerza de su personalidad bondadosa le ganó el cariño de muchos de los Mohawks, especialmente de las mujeres y niños. Hasta los hombres lo trataban con respeto y amistad. Más y más llegaban a escuchar sus sermones, más por curiosidad que por otra cosa; algunos, sin embargo, abrieron sus corazones y mentes a su palabra; sinceramente querían aceptar la religión cristiana, a pesar de las dificultades que impondría a su acostumbrada manera de vivir.

Lowerano, como hombre de carácter, no tomaba parte en los excesos de las borracheras; pero permaneció siempre

contra la fe cristiana. Trataba al P. Pierron con una fría cortesía cuando se encontraban. Sin embargo, nunca lo admitió en su casa. Además, prohibió estrictamente a su familia que le hablaran o escucharan sus instrucciones.

Con frecuencia Tekakwitha miraba al padre pasar por la puerta abierta. El sonreía cuando la miraba parada ahí unos pasos adentro mirándolo. Ella escuchaba de lejos los rezos y cantos de la congregación en la casa misional. ¡Qué grande fue su deseo de aprender de Rawanníio, el Dios verdadero! Sin embargo, fue excluida de este conocimiento por la orden severa de su tío; también su propia timidez le impedía que buscara como acercársele.

Durante el verano de 1669 la enemistad prolongada entre los Mohawks y los vecinos Mohicanos del este, irrumpió repentinamente en una guerra violenta. Bajo el liderazgo de Chickatábutt (Casa Encendida), jefe de los Massachusetts, más de quinientos guerreros marcharon desde el área de Boston hacia el río Hudson, esperando sorprender a los odiados Iroqueses y destruir sus pueblos. Cerca del pueblo actual de Troy ellos clandestinamente cruzaron el Hudson y continuaron su caminata, escondidos en los bosques densos, hacia el primer pueblo mohawk, Ganawáge.

Lograron sorprender al enemigo. Según la costumbre india los atacaron en la madrugada cuando el pueblo estaba dormido. Por la vigilancia de la guardia, los valientes Mohawks fueron avisados y en un momento se prepararon para defender su campamento. En vano los Mohicanos trataron de escalar las palizadas y derrumbar las puertas durante el primer ataque. Una batalla feroz brotó y duró tres días. Los doscientos

hombres del pueblo defendieron su campamento con coraje espléndido. Cuando columnas armadas de otros pueblos mohawks llegaron para ayudar, los Mohicanos se retiraron al bosque y por fin marcharon hacia el Hudson. Ganawáge fue salvado.

Los Mohawks, sin embargo, no celebraron su escape con banquetes y danzas, más bien persiguieron a su enemigo hasta Kinakariónes (Hoffman, N.Y.) donde los alcanzaron, atacándolos con inesperada ferocidad. El combate en el bosque se prolongó un día entero. Al anoecer los Mohicanos no podían más. Chickatábutt fue matado por el cacique Ganeagówa (Gran Mohawk), y durante la noche sus hombres huyeron, dejando como ochenta muertos y perdiendo veinte como prisioneros.

Hasta entonces los Mohawks celebraron su victoria. Por tres días el pueblo resonaba desde la mañana hasta la medianoche con el sonido de tambores, gritos y tiros de regocijo. Cada tarde torturaban a los prisioneros mohicanos, trece hombres y cuatro mujeres. Al anoecer tuvieron un banquete con discursos y danzas. Al tercer día sus prisioneros fueron torturados hasta la muerte.

P. Pierron, quien atendía día y noche a los heridos, protestó en vano implorando que los dejaran. No le hicieron caso pero sí lo dejaron atender a las víctimas en sus horribles sufrimientos, y pasar toda la noche con ellos. Gradualmente todos los Mohicanos pidieron al padre que los bautizara; querían morir como cristianos. Desde su contacto con los blancos en Nueva Inglaterra ellos conocían la cristiandad. P. Pierron los instruyó lo mejor que podía en las verdades básicas de la fe y los bautizó a todos antes de su muerte por la tortura

el último día. Pidiendo la misericordia de Dios y profesando su fe católica, estos Mohicanos murieron bajo los *tomahawk* de sus verdugos.

Tekakwitha vio todo el alboroto y entusiasmo de esos eventos en Ganawáge. Tenía trece años. Cuando habían atacado el pueblo ella se juntó con otras jóvenes para ayudar al P. Pierron a atender a los heridos y sepultar a los muertos; también llevaba comida a los guerreros en las palizadas y les traía agua de la fuente.

Ahora, durante la celebración de la victoria, se quedó en casa, porque su corazón repugnaba la tortura de personas mutiladas y muertas. Las tías no entendían su oposición de ver el espectáculo de la tortura. ¿No se acercaron todos los niños del pueblo alrededor de las "estacas de la muerte" para observar con avidez la escena inhumana?

El último día Karitha y Arósen la animaban a acompañarlas para ver la ejecución de los cautivos. Ella se quedó firme, sin embargo, y rogó, "Si me dejan en casa, ocuparé el tiempo haciendo una cinta bonita para la cabeza de cada una." Por fin ellas consintieron y salieron solas. Tekakwitha respiró y se sentó en una banca baja para comenzar su tarea. El perro de Iowerano acostado en frente de ella miraba sus dedos hábiles mientras cosía las cuentas coloreadas en una cinta amarilla del cuero de venado.

Desde el otro lado del pueblo donde toda la población se congregaba para gozar de las torturas finales, repentinamente vinieron los gritos penetrantes y lamentables de las mujeres mohicanas que sufrieron dolores inexpresables de las manos de las fieras sin misericordia. Indios varones aguantaban

todas las heridas y daños con una fuerza increíble; nunca gritaban, nunca chillaban, lo más que oía quizás era un gemido por los sufrimientos horribles. Se tomó por esperar que las mujeres no sufrieran en silencio. Mientras más gritaban más gozaban los espectadores.

Al oír los llantos el perro levantó la cabeza y miraba hacia la puerta de la cabina. Entonces miró a la niña. Cuando ella se quedó con calma en su lugar y siguió su trabajo, se calmó el perro. Tomó su posición de antes, descansó la cabeza y quedó viéndola.

El corazón de Tekakwitha se llenó de tristeza y lástima. Los ojos se le llenaron de lágrimas; y mientras las secaba hizo un gesto de desagrado. "No es correcto," se dijo. "Rawannio ama a todos los seres humanos. No quiere que gocemos de la tortura y matanza de los enemigos cautivos."

Conflicto de intenciones

Después de conquistar a los Mohicanos, los Mohawks gozaron de un prolongado período de paz. Los Mohawks y demás tribus iroqueses cumplieron su contrato de amistad con los franceses, los Algonquinos y los Hurones. Por no tener enemigos cautivos, no habían más torturas y matanzas. El dios de la guerra, Aréskoi, honrado por las horribles matanzas, ya no tenía tanta influencia sobre las mentes y pasiones. Los jesuitas trabajaron con gran esfuerzo para suprimir el culto a ese gran monstruo llamado por los indios 'el que come carne y bebe sangre'. Las cinco tribus de los Iroqueses se habían debilitado tanto por las muchas luchas y campañas de los últimos años que decidieron renunciar la guerra, por lo menos por un tiempo. Por eso estaban listos para escuchar la admonición de los ropanegras de enterrar el hacha y dejar los excesos de crueldad.

En Ganawáge muchos jóvenes asistían a los sermones de P. Pierron. De ellos Tekakwitha oyó detalles de lo que decía. Pero no entendía el significado de esas cosas por no tener una base de la doctrina cristiana. Con todo corazón quería conocer a Dios y la religión católica, pero su obediencia a Iowerano y el miedo a su ira le impedían tener contacto secreto con el "hombre de Dios". Además, sus tías la vigilaban como un halcón cuando salía a visitar. No la dejaban conversar con Anastasia ni con otros cristianos del pueblo. Se sentía como un pajarito enjaulado. Con el tiempo se ponía más callada, seria y sola, aunque trataba de ser alegre y amistosa en presencia de otros.

"Tekakwitha vive demasiado sola," dijo un día Karitha a su esposo y cuñada. La joven había ido al pozo para sacar agua, y el jefe estaba sentado por el fuego. "Es tiempo," siguió Karitha, "que ella vaya a las danzas y conozca a los jóvenes. Ya tiene catorce años. No puede prepararse más joven. Por ser hija del jefe tendrá buenas perspectivas. Pero ella tiene que poner de su parte y atraer la atención de los jóvenes cazadores y guerreros."

Iowerano aceptó. "No es mala la idea. He pensado últimamente que será muy buena esposa. Ella es prudente, industriosa y siempre dispuesta a ayudar. El que se case con ella no se arrepentirá. Aunque muy joven todavía, llegará pronto el tiempo para su casamiento."

"Qué lástima que no es muy atractiva," dijo Arósen con un suspiro. "Las señas de viruela han arruinado su cara. Tendremos que apurarnos a buscarle un novio; si no se casa antes de los veinte, nos será una vergüenza."

"¡Tontería!" refunfuñó el jefe. "Ella es más hábil con las manos y más sabia con la mente que cualquier otra joven. Estos talentos cuentan mucho con los jóvenes sensatos. Su costura y bordados son tan bellos que otros guerreros y jefes me piden ornamentos hechos por ella. Vemos a diario su diligencia. Ella hace todos los quehaceres, cocina nuestra comida -- y no es una chachalaca como ciertas mujeres aquí." Acompañó las últimas palabras con una sonrisa. Arósen y Karitha se sonrojaron.

Comenzó la temporada de diversión y distracciones sociales, impuesta por las tías con astucia. Dos o tres veces a la semana la llevaban a una comida o a una fiesta. Siempre se

adornaba con *wampum* y cintas de color hechas a mano y apropiadas para la hija de un jefe.

Según la costumbre iroquesa la joven invitaría al joven a la danza. En vano las tías se lo explicaban especialmente si el joven era hijo de un jefe o de una familia próspera. La única danza en que participaba Tekakwitha era el "*ganóshote*" en que las jóvenes y los jóvenes bailaban en grupos separados. "Todavía soy muy joven para bailar con un hombre," contestó cuando insistieron las tías.⁶

Después de unas noches así, las tías le regañaban en cuanto volvían a casa. "¡Qué muchacha tan terca y estúpida!" Karitha vociferó con enojo. "¡Ella, hija del cacique, no se atreve a hablar con un joven!"

"Está claro," dijo Arósen con sarcasmo, "que ella no es una verdadera Mohawk, sino una suave Algonquina como su madre. Le falta coraje. Nosotros los Mohawks no le satisfacemos."

Estas palabras le hirieron a Tekakwitha el corazón. ¿No fue verdadera Mohawk, hija de un cacique mohawk? ¿Por qué siempre la insultaban sus tías notando que su madre era una despreciada Algonquina? Comenzó a llorar, "Por favor no me regañen. Quisiera obedecerles, pero todavía soy muy joven para enamorarme de un hombre."

⁶ La danza *ganóshote* se hace en un salón o al aire libre antes de una reunión o banquete. En dos grupos separados los hombres y mujeres forman un círculo dando pasos fuertes y rítmicos, cantando un antiguo texto tradicional. Los espectadores los acompañan con tambores o tocan con una cuchara de madera contra el traste de corteza (*úragans*) que luego le servirá como el plato para el banquete.

Lowerano dejó de fumar y la miraba un rato. Viendo a las mujeres dijo, "La niña tiene razón. Ustedes son muy impacientes. Déjenla. Cuando llegue el tiempo bailará y se enamorará. No pueden forzarla antes de tiempo."

Entonces las tías tuvieron que dejar de insistir. Tekakwitha continuaba asistiendo a las fiestas como deseaban. Con gusto participaba en juegos y en el *ganóshote*, pero nunca invitó a ningún joven. Las tías mostraron disgusto pero no podían decir nada porque la palabra del jefe fue ley en su casa.

En el otoño de 1670 llegó desde Quebec un nuevo ropanegra, P. Bonifacio, para ayudar a P. Pierron en la misión mohawk que abarcó más de treinta millas y muchos campamentos grandes y pequeños de ambos lados del río Mohawk. P. Pierron se quedó en Tinnontóge; P. Bonifacio fue a Ganawáge donde construyó una capilla de tamaño y forma de una casona mohawk. A un extremo del pasillo erigió un altar de tablas de madera y clavó un cuadro de Jesús crucificado en la pared encima del altar. A cada lado puso cuadros de la Virgen María y San José; todos pintados por P. Pierron en colores vivos. El piso de la capilla fue construido de juncos. En lugar de aperturas en el techo P. Bonifacio puso unas ventanas en la pared. Dedicó la capilla a San Pedro.

Pobre y sencilla fue la "casa de oración" que les llamó la curiosidad y admiración a los cristianos y los no-cristianos. Llegaron para examinarla y se fascinaron por los cuadros que fueron para ellos maravillas hechas por el "poder mágico del palo de pintura del padre."

En adelante los catecúmenos se reunían allí para las instrucciones. Todos los días antes del amanecer, el misionero

ofrecía la Santa Misa. Sólo los esclavos hurones podían asistir porque habían sido ya bautizados años atrás en su propio país. Los candidatos para cristiandad entre los Mohawks no eran permitidos; después del bautismo tendrán el privilegio. El único miembro de la tribu fue Anastasia, quien ha sido cristiana por años.

Los jesuitas no tenían prisa en aceptar a alguien en la Iglesia; al contrario, algunos catecúmenos que asistían a instrucciones por un año, todavía esperaban el día de su bautismo. Quien quería ser miembro de la Iglesia tenía que entender bien su fe, las oraciones, y los principios de la moral cristiana; sobre todo tenía que superar los vicios y costumbres pecaminosas de su vida anterior antes de acercarse a la pila bautismal. Gracias a esta insistencia para una preparación larga y metódica, los ropanegras establecieron comunidades de conversos que permanecían fieles y fervientes en su vida espiritual a pesar de las dificultades y tentaciones.

Por fin, llegó el tiempo en que P. Bonifacio cosecharía lo sembrado y cultivado por P. Pierron; bautizó a los adultos que se habían preparado y probado su disposición. Entre los varios hombres y mujeres fue Enita, la hermanastra de Tekakwitha. Hacía tres años ella había dejado la casa de Lowerano y se trasladó a otro pueblo de la tribu. Poco después Lowerano fue informado que ella frecuentaba las instrucciones de P. Pierron cuando éste llegaba a su pueblito. Esa noticia enojó tanto a Lowerano que él rompió todo contacto con ella y la desterró de su casa y familia para siempre.

Últimamente Enita se casó con un joven cazador y catecúmeno. Habían recibido el bautismo de P. Bonifacio. Cuando Lowerano oyó de su última "defección", él se puso tan

furioso que amenazó a las mujeres de su casa con castigo extremo si aun mencionaran el nombre de ella en su presencia.

El rebaño pequeño de Mohawks católicos crecía lentamente. Algunos padres de familia enviaban a sus hijos a la clase de doctrina pero no llegaban ellos mismos porque les fueron muy difíciles e incómodas las demandas de la religión cristiana. Muchos de los conversos aguantaron bastante. Vivían en las casonas con parientes, viendo y escuchando cosas malas, tenían que confrontar tensiones e invitaciones a las borracheras, y constantemente fueron puestos en ridículo. Les echaban la culpa por cada accidente, desgracia y enfermedad. ¿No fueron ellos los que provocaron la ira de los espíritus y de los dioses por su traición? Algunos cristianos no rezaban abiertamente; para evitar la burla el padre les avisó que oraran en su corazón sin muestras externas de su religión.

En el verano de 1671 se sintió una ola de alegría en los campamentos mohawks. Su gran cacique Ganeagówa, que fue vencedor contra los Mohicanos, regresaba de una larga expedición en el Norte y anunció que se había hecho cristiano. En su camino por el bosque por casualidad había encontrado el "pueblo de oración" para los Iroqueses católicos. Los jesuitas lo habían establecido hacía unos años, cerca de Montreal, para ofrecer a los nuevos cristianos una comunidad pacífica y tranquila, libre de persecución y mal ejemplo de su vida anterior. La gente lo reconocieron y lo recibieron con regocijo. Lo invitaron a quedarse con ellos; pues su noble característica de la hospitalidad no se perdió entre los cristianos.

El párroco del pueblo La Prairie fue el mismo P. Fremin que era misionero de los Mohawks. Ganeagówa, aunque no-cristiano, quería al ropanegra. Lo admiraba y respetaba la

amabilidad del sacerdote, especialmente su dedicación abnegada hacia los ancianos, enfermos y niños. Sintió una alegría al encontrarse con él y aceptó con gratitud la hospitalidad de sus hermanos indios.

La atmósfera de paz y amistad del pueblo cristiano, hizo una impresión tan indeleble al gran jefe que tuvo una conversación con el P. Fremin. Empezó a reflexionar sobre los asuntos y después pidió ser bautizado. Sin duda el cambio de corazón fue por el ejemplo y oraciones de su esposa cristiana Satékon (Balance). Su casa quedaba cerca de Ganawáge.

Así después de unos meses de instrucción fue recibido en la Iglesia por P. Fremin. Tomó el nombre cristiano de José. Estaba tan feliz que decidió ir directo a su casa, a traer a su esposa al pueblo de oración; y dedicar su tiempo libre como catequista para su pueblo, ser un líder espiritual, enseñar a sus hijos y ayudar a los misioneros.

Al llegar a Ganawáge él anunció públicamente su conversión a la fe y su decisión de trasladarse al pueblo de oración. También ofreció llevar a los otros cristianos que querían acompañarlo. Sakéton, su esposa, estaba sumamente alegre y empezó a alistar las cosas para la salida. Mientras tanto Ganeagówa platicó con sus paisanos con ardiente celo sobre la felicidad de ser cristiano. Los guerreros y mujeres escucharon atentos a sus palabras. Como treinta Mohawks tomaron la decisión de irse con él; entre ellos eran Anastasia, Enita y su esposo Onas.

José Ganeagówa fue un hombre sin temor. Bien sabía que los otros jefes iban a atacarlo por su conversión y sobre todo por dejar las casas de su tribu y llevar a otras personas. En

la reunión del Gran Consejo ellos lo reprocharon con acusaciones violentas. "Tú eres un traidor de tu propia gente," gritó Iowerano, "dividiendo nuestra tribu, abrazando la religión de los blancos, y debilitando aun más nuestra nación que ha perdido tantas vidas en las últimas batallas."

La respuesta de Ganeagówa fue corta y concisa: "Hermanos, no es culpa mía, sino la suya. ¿Por qué nos odian a nosotros, los cristianos, y nos hacen la vida insoportable? Somos Mohawks como ustedes, y amamos a nuestra tribu. Si dejan los vicios insensatos, y renuncian a las borracheras, hechicería e inmoralidad, podríamos vivir juntos en paz como hermanos y no tendríamos que dejar nuestro lindo valle mohawk. En cuanto cambien sus costumbres regresaremos gustosos -- pero ningún día antes." Un silencio vergonzoso siguió sus palabras. Los jefes y ancianos no encontraron respuesta a tales palabras sinceras y fuertes de su gran líder.⁷

A los tres días salió el grupo de católicos mohawks para el campamento distante. Se embarcaron en siete canoas en la ribera del río Mohawk abajo de Ganawáge. Casi toda la población del pueblo se reunió para despedirlos. Iowerano se quedó en su casa y, amenazando con el puño gritó, "Ganeagówa está fuera de juicio." Cuando Karitha y Arósen estaban por salir de la casa para ver la salida, él las detuvo con palabras fuertes. Toda la mañana se sentó cerca del fuego malhumorado sin comer y diciendo amenazas contra los

⁷ El Gran Mohawk (Ganeagówa) llevó este nombre como título de honor. Su nombre propio fue José Togwirui. Después de su bautismo fue uno de los jefes en Caughnawaga, y catequista en la comunidad cristiana. Murió en 1690 en el río Salmón (Nueva York), cuando su grupo de cazadores fue emboscado por los guerreros de Algonquinos de Nueva Inglaterra.

cristianos y finalmente salió de la casa para desahogarse en una apasionada cacería.

Tekakwitha, sentada atrás de la cortina de su cabina, trabajaba en su costura con dedos temblorosos. Su corazón se llenó de miedo; ella sentía que su padre en su ira sospecharía el ardiente deseo de conocer a Dios a quien él odiaba.

Ganeagówa y su treinta compañeros navegaban los ríos que los llevaban por los densos bosques hacia el lago Champlain. Sobre este vasto cuerpo de agua remaban hacia el norte hasta llegar al río Richelieu. Tuvieron que pasar correntadas y cascadas. Después de un viaje de tres semanas, llegaron a La Prairie, el pueblo de oración. Todos del pueblo estaban a la orilla del río San Lorenzo para darle una bienvenida a su nuevo hogar.

Tekakwitha tenía diecisiete años y todavía sin un amigo a quien hubiera dado su cariño, como hacían las otras jóvenes. En ese tiempo y circunstancias fue raro porque las jóvenes indias comenzaban temprano a interesarse en los jóvenes. Casi todas se casaron a la edad de dieciocho o diecinueve.

A pesar de los empujones de las tías, ella rehusaba encontrarse con ellos y bailar. ¿Fue su timidez o su visión débil o su cara picada de viruela? Ni modo, no tenía ninguna intención de casarse. Algo en el fondo de su alma la detuvo con una fuerza inexplicable pero callada. Ella era una muchacha normal y alegre. Sabía que era natural para una joven encontrarse con un cazador o guerrero y que él la aceptaría como compañera en la tarea que el matrimonio imponía al esposo y esposa. La familia, el pueblo, la tribu entera esperaba

que una joven entraría al matrimonio y asumiría las responsabilidades de ello.

Ella no tenía ninguna idea de una vida célibe entre mujeres, ni nunca había oído ni visto nada sobre la virginidad voluntaria guardada por las religiosas católicas. Los Mohawks sabían que los ropanegras vivieron sin casarse y sin tener mujer como vocación sacerdotal; y fue para ellos una continua maravilla y admiración. No sabían, sin embargo, que existía tal ideal para mujeres. Ni los indios cristianos se dieron cuenta de eso, pues los jesuitas nunca lo mencionaron; la tarea de educar a los hijos espiritualmente hacia una vida moral y conyugal fue bastante.

Así Tekakwitha, sin instrucción en la cristiandad, siguió un ideal cristiano espléndido sin darse cuenta. Todo lo que sabía era de una fuerza interior, un espíritu extraño en el fondo de su corazón que le empujaba calladamente a mantenerse libre del amor humano que lleva al matrimonio. En todo obedecía con gusto a sus padres; pero en ese punto se quedaba firme prefiriendo seguir la voz misteriosa de su alma. Si hubiera sabido que era la gracia de Rawannío dirigiéndola en ese camino, tan alegre hubiera estado.

Iowerano y las dos tías estaban perplejos, después preocupados, y por fin enojados cuando ella resistió todo esfuerzo para que estuviera en contacto social con los jóvenes del pueblo. La regañaban fuertemente, la llamaban terca, ingrata, estúpida. Ella sufría angustia y humillación, pero se mantenía bondadosa, obediente y cariñosa en todo, sin fallar en su rehuso de enamorarse.

Karintha y Arósen por fin pensaron en un plan

engañador. Según la costumbre india una joven avisaba a sus padres cuando ya sabía con cual joven quería casarse. Los padres avisarían al joven y a sus padres. Si aceptaba, se arreglaba la fecha del casamiento. Mientras tanto, los novios no se veían hasta el día en que el joven llegaba a la casa de la novia, acompañado por sus padres, y tomaba el asiento a la par del fuego. Entonces la joven serviría un plato de *sagamité* -- el símbolo de aceptación -- y en adelante serían esposo y esposa.

Sin que Tekakwitha supiera, sus tías avisaron al joven jefe Okwire (Árbol) y a su familia, que Tekakwitha aceptó casarse con él. El joven se sorprendió porque muy poco le había hablado y nunca había dado ningún signo de su deseo. Pero ahora que ella preguntó solemnemente, él aceptó. ¿Por qué no? Ella era hija del primer jefe, una muchacha industriosa que sería buena esposa. Entonces terminaron los arreglos y fijaron la fecha de la ceremonia según la costumbre antigua.

Tekakwitha no tenía ninguna idea del engaño de sus tías. Okwire pensaba que la invitación era de la joven. Por no poder comunicarse entre los dos antes del casamiento, él no se dio cuenta de la verdad. El preparó un bulto de pieles de castor como el obsequio para sus futuros suegros, alistó la mejor ropa y adornos tradicionales y se sintió orgulloso porque iba a ser miembro de la familia del cacique.

Después de una semana, Karitha y Arósen mandaron a Tekakwitha que preparara una comida especial para un huésped de honor. No le mencionaron el nombre de la visita. También dijeron que se pusiera la mejor ropa y adornos. En su mente se preguntó quién sería pero por su pronta y gozosa obediencia, no les preguntó.

La comida estaba preparada; ella estaba vestida con su mejor traje, cinta en la cabeza, plumaje, collar y otras cintas. Los diseños de *wampum* de todo color, hechos por ella misma, en su vestido y mocasines causaron gran alegría y admiración a sus tías. El jefe sonrió con satisfacción. Kateri se sonrojó por tal alabanza sin entender la excitación extraña de todos. Antes del anochecer llegaron Okwire y sus padres quienes fueron recibidos con gran honor. El joven fue vestido con todas las prendas de un guerrero; una corona espléndida de plumas de águila de colores brillantes; un collar de dientes de ante; y su cara pintada de franjas de rojo y amarillo. Tekakwitha los saludó con su natural timidez. Ella se sorprendió cuando Iowerano ofreció al joven el asiento de honor por el fuego; es que un cacique no da fácilmente su lugar a otro.

Karitha pasó el traste de madera muy bien ela-borado a Tekakwitha diciendo con un aire de felicidad, "Aquí, hija, llénalo de *sagamité* y sírvele al joven merecedor."

Tekakwitha se sintió intranquila. Con mano temblorosa llenó el traste con la comida sabrosa. ¿Por qué tanta solemnidad? ¿Por qué todos los ojos puestos en ella? De repente se puso pálida. Se dio cuenta. Al dárselo a Okwire el traste, ella se convertiría en su esposa. Eso es lo que querían.

Se dio vuelta, mirando a su tío y tías con una mirada fija que expresó una herida profunda del alma. El traste se deslizó de la mano. Antes de que ellos se recuperaran del choque, Tekakwitha salió calladamente a la oscuridad de la noche y corrió al borde del río escondiéndose en el maizal.

También Okwire se dio cuenta de que los dos fueron engañados por las tías. Sintió lástima por la joven y estaba

enojado con la familia por haberla forzado a un matrimonio. Sin ninguna palabra salió de la casa, sin dar el gesto de saludo acostumbrado; y también en silencio le siguieron sus padres, dejando a Iowerano y su familia avergonzados.

Tomó mucho tiempo para calmar esa tormenta causada por el engaño. La familia de Iowerano decidió no hablar abiertamente de la situación para evitar la enemistad y venganza del jefe. Karintha y Arósen, sin embargo, como suele suceder en tales casos -- en vez de culparse a sí mismas, trataban a la joven como la culpable. Iowerano estaba disgustado por el asunto pero no lo mencionó. Las tías colmaron a Tekakwitha con regaños y desprecio. Tekakwitha lo aguantaba con paciencia sin defenderse. Nunca se quejó de la deshonestidad.

Después de unas semanas Karitha y Arósen se cansaron de molestar a Tekakwitha con palabras. Entonces la trataron cruelmente. La mandaron a hacer los trabajos más difíciles y más pesados. Trabajaba como esclava desde la madrugada hasta el amanecer sin tener tiempo para su costura y manualidades, y sin descanso. Criticaban todo lo que hacía. Siempre la acusaban de ser desobediente, perezosa y estúpida.

Tekakwitha sufrió todo sin perder la calma. Aguantaba las palabras duras y el trabajo pesado. Al anochecer, cuando se acostaba en el petate, sus ojos se llenaban de lágrimas. ¡Si hubiera hablado con Rawanniio, para pedirle consuelo!

El jefe, hombre justo y honrado, a pesar de su manera tosca, por fin se dio cuenta de la crueldad que sufría su hija. Por mucho tiempo no lo había notado, porque ellas disimulaban su actitud viciosa cuando él llegaba a la casa después de la caza

u otro oficio. Algunas veces, sin embargo, oía sus palabras crueles cuando él estaba por entrar en la casa. Un día se enojó tanto que entró con fuerza y les mandó que dejaran su tratamiento cruel a su hija. Amenazó a divorciarse de Karitha y echar fuera a las dos si no dejaban en paz a la joven.

Así terminó la prueba. Salió Tekakwitha sin haber perdido su integridad; pero pagó mucho por su victoria. Sabía que algún día tarde o temprano algo peor sucedería.

Durante ese tiempo aumentó el número de cristianos en Ganawáge. Más de veinte familias eran católicas, sin contar las que se fueron con Ganeagówa. Estos cristianos mohawks seguían una vida ferviente y religiosa. Su celo causó el enojo y enemistad de la mayoría de la población que se quedaba. Los hechiceros y curanderos secretamente suscitaron el odio contra los ropanegras y su religión. De vez en cuando recibían desde Albany unos barrilitos de aguardiente; y cada vez las borracheras llevaban a los guerreros a orgías espantosas. Al rato corrían por el pueblo como endemoniados, llevando los *tomahawk* y gritando amenazas contra los misioneros, los cristianos mohawks y los franceses. Después cuando los efectos del alcohol se calmaron, ellos se disculparon diciendo que fue el aguardiente que habló por sus bocas. Los jesuitas sabían, sin embargo, que los sentimientos de odio fueron inspirados por los hechiceros y sus seguidores.

La gran decisión

En el verano de 1673, P. Bonifacio dejó la misión cuando su salud ya no aguantó las muchas privaciones, dificultades y fatigosos trabajos. El tenía treinta y ocho años de edad. Todos, no sólo los cristianos, sintieron mucho su partida. Nunca recobró la salud y murió a los dos años, en Quebec.

El nuevo misionero, P. Jacques de Lamberville, llegó en la primavera de 1675. Fue un hombre amigable de verdadera piedad y gran celo. Inmediatamente quería conocer a la gente y las visitaba casa por casa, hablando amablemente a todos, platicando con las mujeres y niños, consolando a los enfermos y dando instrucciones a los catecúmenos. Muy pocas casas cerraron sus puertas al ropanegra. Una de ellas fue la casa de Iowerano.

Tekakwitha ya tenía dieciocho años. Un día cuando recogía leña, tropezó con las raíces de un árbol y sufrió una herida seria en su pierna izquierda. Por muchos días tenía que descansar en su cuarto, sin poder caminar. Le pusieron vendas de fibras medicinales y cuero de venado. Las exigidas horas libres ella las pasó haciendo manualidades: costura, bordados, adornos de *wampum*, tejiendo delantales de las hojas de tusa, y labrando trastes de madera. Le gustaba mucho tal trabajo, pues era muy creativa. También la actividad de los dedos le dio tiempo libre para que su mente reflexionara sin distraerse.

Fue un hermoso día de sol. Su tío había salido para cazar y dejó apartada la pesada cortina de oso para que entraran los rayos de luz y llenaran la casa de alegría. Ambas tías estaban en el maizal y en los jardines. No había llovido por dos semanas y todos, incluso niños, acarreaban agua para las plantas sedientas. Estaba desierto el pueblo excepto por los enfermos y ancianos débiles. Unos estaban acostados en los petates enfrente de sus casas o sentados en el sol recostados contra la pared de su casa.

Esta escena ofreció a P. Lamberville la ocasión de hablar con los ancianos y enfermos sin interrupción. Iba de casa en casa con medicina o refresco, consolándolos con palabras amables y llenado sus trastes con agua fresca.

A mediodía llegó a la casa de Iowerano, una casa que no lo aceptaba. La puerta estaba abierta y la casa parecía vacía. Con una oración en su corazón por el jefe poco amistoso y por la familia, iba a pasar cuando de repente Tekakwitha llamó: "¡Rakeni!" (Padre). Ella sabía que los cristianos usaban este término para sus sacerdotes. Una gran decisión surgió en su corazón como una llama cegadora. Tantas veces quería hablarle, pero no se atrevía, para contarle sobre su deseo de conocer y servir al verdadero Dios. Ya llegó el momento. Le desapareció todo miedo y timidez; una ola de valor y fuerza brotó en su ser. Sin pensar en la dolorosa herida, ella tomó unos pasos hacia la puerta y repetía su llamada ansiosa: "Padre."

Animada pero temblando, ella vio al sacerdote acercarse. Los ojos de él mostraron sorpresa, pero con calma y amabilidad preguntó, "¿Sí, hija mía?" Al mismo tiempo notó la pierna vendada. "¿Está sufriendo? ¿Llamo a una señora para

que le ayude?"

"No, gracias. La pierna está bien," respondió ella con una sonrisa tímida. Entonces con una mirada que revelaba su intensa seriedad dijo, "Rakeni, quiero conocer y amar a Rawannío, el Dios verdadero. Quiero ser cristiana." Fue un grito espiritual desde lo más hondo de su corazón.

El padre fue muy conmovido y asombrado. Sin duda la niña habló con toda seriedad; de veras lo anhelaba. Pensó un rato en silencio. Entonces dijo, "Yo sé, hijita, que su intención es sincera y seria. ¿Está segura que tendrá la fuerza de perseguirla? ¿Cómo llegó a esta decisión?"

Con palabras impresionantes contó de su madre que era cristiana, y de Anastasia, la amiga de su madre. Describió el deseo que sentía desde su niñez de conocer a Dios y ser cristiana.

Tocando su barba el misionero preguntó, "Si su padre le prohíbe ser cristiana, ¿seguirá contra la voluntad de él?"

Una débil sonrisa iluminó su cara. Pensó en las luchas dolorosas contra la voluntad de sus parientes. "Rakeni," contestó con sencillez, "mi padre sabe que nunca lo he desobedecido; pero respecto a la religión, tengo que seguir mi camino. Ya tengo dieciocho años y tengo que tomar mi propia decisión. Seguramente se va a oponer y aun me castigará; pero Rawannío me fortalecerá."

Cualquier duda que había en la mente del jesuita le desapareció. Sabía que la gracia de Dios le daría el valor necesario para enfrentar las dificultades. "Tekakwitha," dijo

tranquilamente, "cuando se mejore la pierna, puede llegar a las instrucciones con los catecúmenos. Voy a orar para que Dios le dé la fuerza y que le lleve a El para que lo conozca, lo ame y sea de él para siempre." Con una sonrisa y un breve saludo siguió su camino.

"*Nyawen, Rakeni.*" (Gracias) Nada más pudo decir. Con el corazón rebotante de gratitud, y sus ojos irradiando la felicidad, ella cojeó hacia su cama, tapó su cara con las manos y lloró de alegría.

Guardó el secreto de su decisión hasta que le quitaron las vendas y ella podía caminar bien. Mientras tanto Iowerano y las tías se sorprendieron por el cambio en su comportamiento; notaron que era más alegre. Sus ojos y todo su ser irradiaba una luz rara de una felicidad callada. Una noche con una palabra brusca pero a la vez suave, el jefe preguntó, "¿Qué te pasó, Tekakwitha? Te miro tremendamente alegre. ¿Es que por fin te enamoraste?"

Se sonrojó, y después sonrió para disimular su pena. Sintió un dolor agudo al pensar en todas las luchas que le enfrentarían por su furia cuando supiera la verdadera razón de su felicidad.

Cada noche rogaba a Rawanniio que le ayudara en esa gran lucha. Pero esta vez el miedo que antes la paralizaba no le intimidó. Como un guerrero en su primer encuentro con el enemigo, ella enfrentó la tempestad que venía con confianza y coraje.

Después de tres semanas descartó las pesadas vendas

de hierbas, cuero de venado y corteza; podía pararse y tomar unos pasos. Poco a poco recobraba su fuerza.

Llegó el momento esperado. Cuando la familia estaba sentada alrededor del fuego después de la cena, ella miraba con calma a Iowerano y le contó de su decisión de ser cristiana y pedir el bautismo. Sintió un pequeño temblor adentro pero su voz permaneció firme.

Al oír la decisión Karitha y Arósen protestaban con gritos y amenazas. Iowerano, sin embargo, se quedó sentado en silencio como paralizado. El sospechaba que Kateri se convertiría a la religión de los ropanegras y franceses. ¿No era 'francesa' su madre, una Algonquina criada por los franceses? ¿Qué se puede esperar de la hija de tal madre?

Se quedó viendo a la niña, los ojos de ambos en una lucha de voluntades. Ella no se movía ante su mirada, sino volvió su mirada con determinación inmovible. Ella esperaba que explotara su furia. Pero él no dijo nada. Lo que él vio en los ojos de la joven cambió su mente. A pesar de su enojo, en el fondo de su corazón sintió un gozo; se dio cuenta de que esta hija de Algonquina llevaba también rasgos de su padre mohawk: una voluntad indomable y un coraje inquebrantable. ¡Ella era una verdadera Mohawk! Entendió que una furia no tendría poder contra la voluntad de esta niña. Entonces decidió cambiar su método de hacerla cambiar, sin que ella supiera.

La soltó de su forzada mirada y siguió fumando hasta que recuperó su calma. Viendo a las mujeres mandó: "No saben nada. Cállense y quédense calladas. Ni una palabra más." Obedecieron pero de mala gana. En un momento de silencio se quitó la pipa de la boca y con un gesto de disgusto escupió al

fuego, como si estuviera aburrido de todo lo sucedido. Nuevamente tomó la pipa, se recostó contra el poste, y empezó a hablar de la expedición del día siguiente.

La próxima mañana cuando Tekakwitha salió para su primera instrucción en la fe, la dejaron salir sin queja ni protesta. Durante los días siguientes nadie mencionó su decisión de ser cristiana. La única orden de sus tías fue que no descuidara de los quehaceres. Ella sabía que tendría que levantarse más temprano para reponer el tiempo que pasaba en la misión cada mañana.

En el *wigwam* de oración P. Lamberville y los miembros de la clase la recibieron con gran gozo. En adelante asistía a las instrucciones y oraciones cada mañana y cada noche. La fe, los mandamientos de Dios, la vida de Cristo, las gracias de sus palabras y ejemplo, y su muerte salvadora -- todas estas verdades abrieron sus ojos a un tesoro que llenó su corazón con una felicidad increíble. Siguió las palabras del ropanegra con sinceridad y atención perfecta. En la casa las reflexionaba en su corazón. Firmemente creció en su alma el conocimiento y el amor de Dios como una catedral de que habló el padre.

P. Lamberville se asombraba por la claridad y profundidad de su visión. Cuando no entendía un punto de doctrina ella pidió una explicación. Ella memorizaba fácilmente las oraciones. La obligación de practicar las virtudes, la santidad y pureza, que generalmente eran difíciles para los que pidieron instrucciones, fue fácil para Tekakwitha. Debido al ejemplo y oraciones de su madre, Tekakwitha llevaba desde la niñez la luz de una buena moral, sin saber que aquello fue la base de la religión católica. Los cristianos de Ganawáge aseguraron al padre de que nunca habían visto a Kateri dar un

mal ejemplo o de participar en los hábitos pecaminosos del ambiente no-cristiano.

Por eso P. Lamberville pudo decidir que Kateri fuera bautizada después de ocho meses, el día de la Resurrección. Recibió la palabra con profundo gozo y se preparó con ferviente oración. Aunque difícil creerlo, los parientes no se lo impidieron. Más bien le mostraron una frialdad y algo de desprecio, pero nunca la regañaban, ni preguntaron sobre las instrucciones. Cuando se arrodillaba en su habitación, pasaban sin hacerle caso.

Llegó el día de la Resurrección, el 5 de abril de 1676, y una corta procesión por los caminos de Ganawáge se dirigía hacia la pequeña capilla al borde del bosque. Tekakwitha con otras dos jóvenes preparadas para el bautismo, precedieron a los demás. Estaban vestidas de blusas y faldas de cuero de venado y chales blancos, pero sin plumas, cintas y otros adornos acostumbrados para festividades. Su tío y tías se quedaron en casa; no aguantaron ver a su hija dejar la religión de sus antepasados para comprometerse al Dios de los blancos. Sin embargo, muchas personas se congregaron en frente de la casa misional para ver el espectáculo que alivió la rutina con un esplendor y solemnidad. Muchas jóvenes llevaban adornos, no para honrar el día santo de la iglesia, sino para atraer a los guerreros jóvenes entre la multitud.

Los indios católicos prestaban sus tesoros para adornar la capilla y dar realce a la celebración. Sobre la madera rústica fueron colgadas pieles hermosas de castor, y el piso fue cubierto con pieles de oso y búfalo. Cintas de *wampum* decoraron el santuario, junto con guirnaldas de flores. Las

coronas resonaban con el canto de los pájaros. En la capilla solamente estaban los niños y niñas del coro, preparados por el padre para las ocasiones festivas. Eran el orgullo del pueblo a que todos esperaban oír en los días grandes.

P. Lamberville, acompañado por cuatro monaguillos mohawks vestidos de rojo y blanco, esperaba a los catecúmenos en la entrada. Tekakwitha había escogido el nombre cristiano de Catalina, que en el idioma mohawk es Kateri. Así fue llamada en adelante por los cristianos. El sacerdote les daba ciertas preguntas en preparación para el sacramento. La procesión entró en la capilla, y seguidamente los demás fieles entraron. Los del pueblo se quedaron afuera viendo las ceremonias por la puerta y las ventanas.

Finalmente llegó el momento que Tekakwitha anhelaba. Inclino la cabeza sobre la pila bautismal y el padre le echó el agua de salvación. "Kateri, te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo." Llevando una vela encendida y con la cabeza tapada con un velo blanco, ella pasó a su lugar. Apagó la vela, y con la cara en las palmas de sus manos, oraba en profundo silencio hasta que recibieran el sacramento sus compañeras.

El padre entró a la sacristía para alistarse para la Santa Misa. Todo fue silencioso. Cuando salió para comenzar la misa el coro de veinte niños cantó el himno litúrgico: "He resucitado y estoy con ustedes, aleluya. Has descansado tu mano sobre mí, aleluya. Tan bueno es conocerte, O Dios, aleluya."

Por primera vez Tekakwitha podía ver el santo sacrificio, pues a los catecúmenos no se les permitía asistir. Ahora es hija de Rawannío, hija de la Iglesia por la gracia de

su renacimiento en el bautismo. Sin moverse, arrodillada y con las manos juntas, miraba el altar. Lágrimas de gozo salieron y cayeron como tantas perlas en su túnica blanca.

Después de su bautismo Tekakwitha experimentó la felicidad de su fe en la gracia y el amor de Dios. Fue su luna de miel espiritual. Más que nunca estaba dispuesta a agradar a su tío y las tías. Dos veces diario asistía a las instrucciones y oraciones en la casa misional. Trabajando en el *wigwam*, llevando agua o recogiendo leña, ella cantaba los himnos que había aprendido; los cristianos mohawks cantaban sus oraciones en vez de recitarlas, además del credo, mandamientos y rosario.

Los parientes no quisieron llamarla Kateri como hacían los cristianos; con obstinación la llamaba Tekakwitha. Después de varias semanas, esa paz y gozo molestaban a las tías. Por fin su enojo se mostró en palabras y hechos. Cierta domingo cuando Kateri regresó de la misa, Karitha exclamó, "Llegaste tarde para el trabajo. Arósen ya está en la plantación. Come rápido y nos sigues. Hay que regar las plantas."

Tekakwitha se asustó. "Pero, Madre," dijo Kateri, "hoy es domingo. Ya sabe que no me es permitido trabajar en la plantación hoy. Es contra la ley de Dios."

"!Ja, ja!" gritó Karitha, "es un buen pretexto para los cristianos perezosos. Si no quieres trabajar, está bien. Pero tampoco comerás." Echó el *sagamité* de la porra en un traste que puso en su canasta. "Después de ayunar un día entero, estarás dispuesta a trabajar el otro domingo." Con una muestra de desprecio salió de la casa.

Kateri permanecía firme. Por varios meses pasaba los domingos sin comer. Prohibido cocinar, no le fue dado nada, ni de la cena que las tías preparaban al regresar de la plantación. Mientras ellas gozaban de una comida sabrosa con lowerano, ella se quedaba en su cabina, mareada del hambre. Un puño de maíz seco es todo lo que tenía en todo el día. Sin embargo, se quedaba firme, amistosa y obediente, aunque cada domingo le fue repetida la tortura.

Cuando las tías notaron que ese castigo no quebró la determinación de Kateri, ellas agregaron otras persecuciones como regañar y criticar cada cosa. Aunque ella hizo casi todo el trabajo doméstico no les satisfacía a Karitha y Arósen. Le presionaban con órdenes desde la mañana hasta la noche, empujando tanto que la joven no tenía ni un momento de descanso.

Por fin ella estaba tan débil que temblaba y perdió peso; pero nunca se quejó. Su paciencia molestaba aún más a las tías. "¿Por qué no vas donde el ropanegra a poner quejas? Que venga él y le vamos a decir cosas."

Tekakwitha guardaba silencio. Nunca dijo nada al sacerdote de lo que sufría en casa. Hasta mucho más tarde cuando oyó por medio de la gente, él comprendió cómo ellas habían tratado a amansar a la niña terca.

Un día se asustó Lowerano cuando notó tan débil que estaba su hija. "Tenemos que dejar de arruinar su salud. Ustedes le han hecho mal. Ya no la vamos a presionar más."

"¿Vamos a dejar que se burle de nosotros?" preguntó Arósen con enojo. "No," replicó él, "pero tenemos que cambiar

nuestra estrategia. Tal vez por la vergüenza podemos asustarla tanto que cambie de la religión con la ayuda de nuestros amigos del pueblo." Lo que pensaba es que los Mohawks -- aun los guerreros más fuertes -- no temían nada más que el reproche y crítica de su propia gente. Los jesuitas habían aprendido esa verdad y por eso animaban a los convertidos que salieran de su pueblo para establecerse en el pueblo de oración en las riberas del río San Lorenzo. Algunos católicos, especialmente los hombres casados, aunque serios cuando se bautizaron, luego renunciaron la cristiandad y volvieron a su religión vieja porque no aguantaron los regaños y burla de sus parientes y amigos. Iowerano esperaba que el orgullo de Kateri como Mohawk e hija de un cacique la obligaría a deshacerse de su fe como una ropa gastada, por medio de lo ridículo y la censura dado a ella por el pueblo que la conocía desde su niñez. "Si durante el proceso se asusta, mejor todavía," pensó. "Ella es mujer, y las mujeres se asustan fácilmente."

Así repentinamente las tías terminaron su persecución y se hicieron amables y razonables y casi cariñosas. Pero pocos días más tarde, cosas raras sucedieron. Gente del pueblo detenían a Kateri para preguntarle con desprecio: ¿Cómo puede la hija de un cacique hacerse una tonta metiéndose en la religión de los extranjeros? ¿Cómo puede esperar el respeto y amor de la gente si sigue las maneras tontas de los franceses? ¿No tiene vergüenza asistir a las reuniones de los carapálidos ropanegras?

Pronto los niños también se burlaban de ella. Ellos escupían enfrente de ella y con desdén decían, "¡Cristiana sucia!" Los guerreros jóvenes la esperaban en el camino a la capilla y sugerían que fuera con ellos al bosque para gozar de

los placeres de amor en vez de ir con las viejitas que rezaban en la capilla de los ropanegras franceses.

Esos ataques molestaron mucho a Kateri. Pero pronto se dio cuenta de su sentido y propósito, y con valor aguantaba la humillación. A veces se asustaba cuando uno u otro hombre fingiendo estar borracho la amenazaba y trataba de desviarla. De toda fuerza se separaba de él y corría a la capilla donde llegaba temblorosa y sin aliento, para reunirse con los demás. No decía nada ni al padre ni a sus padres de tales eventos.

La huida a Canadá

Durante el tiempo que Kateri sufría la persecución por Jesucristo, los jesuitas en Canadá trasladaron a la gente del pueblo de oración a unas millas arriba del río San Lorenzo para conseguirles mejores condiciones. La nueva ubicación se llamaba "Remolino" o *Sault* por los franceses, por las cascadas revoltosas causadas por las enormes rocas en el lecho del río.⁸ Los indios, usando el nombre francés, nombraron el nuevo pueblo Kanawake (en las cascadas). El nombre se usa hasta hoy pero escrito Caughnawaga.

Al sur, opuesto a la Isla de las garzas, los cristianos edificaron sus casonas, despalaron el bosque y sembraron plantaciones. En el centro del pueblo construyeron el templo en honor de San Francisco Javier. Tres jesuitas servían a la comunidad atendiendo como 150 familias. La mayor parte de la comunidad eran Iroqueses; el resto Hurones y Algonquinos. Seis caciques -- dos de cada grupo -- formaron el gobierno tribal. Uno era el Gran Mohawk, José Ganeagówa. Era un ferviente católico y vivía bien con su esposa Satékon.

El otro líder mohawk era Luis Garonyage (Cielo) de la tribu de los Oneidas. El había sido el líder en la guerra contra

⁸ Todavía esa sección del río no es navegable. Fue construido el canal marítimo San Lorenzo para las naves grandes.

los Hurones (1648-1650) y dicen que había tomado parte en la tortura y matanza del misionero San Juan de Brebeuf.⁹ Garonyage era un hombre valiente y alegre pero fogoso. Por eso la tribu le dio el nombre "Cielo" porque su temperamento se parecía el tiempo que cambiaba de cielo celeste a nubes negras. Los blancos lo llamaron "Brasas ardientes". Ahora como cristiano, su ardor lo empujó en el trabajo para los demás. Cada año hacía una gira al sur a los pueblos de los Mohawks, Oneidas y Onondagas, donde les hablaba en las reuniones de sus Consejos sobre la verdad y felicidad de la fe católica y les invitaba a los cristianos a vivir en Caughnawaga si las familias y amigos les hacían la vida insoportable. Después de cada visita algunos hombres y mujeres pedían instrucción en la fe, y una u otra familia decidía trasladarse al pueblo de oración. Con razón los líderes tribales no querían que los visitara; pero por ser un jefe no podían impedirlo.¹⁰

En agosto de 1677, Garonyage se alistó para su gira anual. Generalmente tomaba dos compañeros para ayudar con el bote y la caza. Esta vez los voluntarios eran Onas, el esposo de Enita, hermanastra de Tekakwitha, y un Hurón llamado Jacob. Onas y Enita habían oído de las pruebas sufridas por Tekakwitha por su fe, y Onas quería visitarla personalmente para animarla, consolarla, y ayudarla en cuanto podía.

⁹ San Juan de Brebeuf, SJ (1593-1649) era el gran pionero de las misiones de Canadá. Fundó muchas comunidades cristianas entre los Hurones, y con la ayuda de otros misioneros convirtió la mayor parte de la tribu. Escribió el primer diccionario del idioma Hurón. El 16 de marzo de 1649 él sufrió una cruel tortura y muerte por manos de los Iroqueses. Su fortaleza y paciencia eran tanto que los enemigos se admiraron de su coraje y heroísmo. En el lugar de su martirio (Midland, Ontario) está una magnífica gruta de peregrinaje.

¹⁰ Luis Garonyage vivía en Caughnawaga como jefe y catequista. Murió en 1687 en la expedición del gobernador Denonville contra los Sénecas.

Los tres hombres emprendieron el viaje y después de tres semanas fatigosas llegaron a Ganawáge. Fue decidido que Onas no fuera visto por Iowerano. Buscaría un escondite en la casa de un amigo cristiano y arreglaría un encuentro secreto con Tekakwitha para que ella hablara de su situación sin miedo. Por eso los tres viajeros llegaron al pueblo de noche cuando todos estaban dormidos. Los otros dos se quedaron en el bote mientras Garonyage salió para el pueblo, pasando por los maizales y entrando al pueblo por una puerta pequeña no visto por los vigilantes. Al caminar por el poblado uno u otro perro ladraba pero nadie hizo caso pues ladraba a cada zorro. Se paró en la casa misional donde tocó la ventana. Al rato divisó una luz adentro. Se abrió la ventana y vio a P. Lamberville. "Skenon" (Paz), dijo el jefe y se identificó. El padre lo reconoció y se alegró. "Bienvenido, Jefe Garonyage. Oímos que venía. Pero ¿por qué tan secreta la llegada?"

Garonyage le contó de la venida de Onas. "Nadie debe darse cuenta de su presencia aquí. El quiere hablar con Tekakwitha para averiguar su situación. Hemos oído rumores de que su tío y las tías la maltratan y la persiguen. Onas se esconderá en la casa de un amigo; por eso vinimos de noche. Mañana entraré al pueblo con Jacob el Hurón; nadie sabrá de la presencia de Onas."

"Dios lo trajo al momento oportuno, mi querido amigo," respondió el ropanegra. "Hace dos días que hablé con Tekakwitha aconsejándola que se trasladara a Caughnawaga. Tiene que salirse de aquí; las tías nunca dejarán de atormentarla. Por la paz de su mente y el bien de su alma ella tiene que huir. ¿Le ayudará usted? Iowerano está ausente por unos días. Fue donde los holandeses en Skenedada. (Schenectady,

Nueva York) ¿Puede planear un escape que no deje ninguna indicación a donde vaya?"

Garonyage pensó un rato. Entonces inclinó la cabeza y dijo, "Sí, Padre, podemos arreglar su huida. Onas y Jacob la llevarán a Caughnawaga mientras yo voy al pueblo de los Oneidas. Mañana vuelvo con Jacob y hablaremos con usted sobre los detalles. Nadie tiene que saber que Onas está escondido en el pueblo."

Después de unos minutos los dos hombres se despidieron, habiendo recibido Garonyage la bendición del sacerdote. Se cerró la ventana y el jefe se fue silenciosamente. Nadie se dio cuenta del encuentro nocturno.

Después de la misa matinal Garonyage informó a Tekakwitha de que su hora de partida estaba cerca. Le aconsejó que llevara una colcha que las mujeres llevan como costumbre en sus viajes. Lo demás lo dejará para que las tías no la acusen del robo. Onas y Jacob la guiarán y protegerán, dando comida y posada durante el viaje.

Antes de volver a su casa, Kateri pasó por la casa misional para despedirse de P. Lamberville y pedir su bendición. El padre le entregó una carta para el sacerdote de Caughnawaga, el P. Cholenec. Ella por supuesto no tenía idea del contenido; dijo entre otras cosas: "Kateri Tekakwitha llega para integrarse en su comunidad. Dándole su ayuda espiritual usted se dará cuenta de la joya que les enviamos. Su alma está muy cerca del Señor. Que ella crezca cada vez más en virtud y santidad para la honra y gloria de Dios."

Durante todo el día Kateri hacía fielmente sus tareas. Cocinaba, jalaba agua, recogía leña, molía el maíz y limpiaba la piel de un venado sin dejar ni grasa ni fibra. Por la ausencia de Iowerano las tías se sentían libres de tratarla más bruscamente. Como siempre, ella lo aguantaba sin palabra y con paciencia. No era fácil esconder la excitación que sentía todo el día.

Cuando llegó la noche y todos los de casa dormían, ella casi no durmió aunque estaba muy cansada. A cada rato se despertaba. Su corazón estaba lleno de gozo pero a la vez de tristeza. De gozo porque esperaba un futuro de paz que le daría oportunidad de servir a Dios libre de amenazas y obstáculos. De tristeza porque dejaría el lugar de su juventud, el valle hermoso del Mohawk con sus colinas, prados, bosques y agua. ¡Cuántas horas había pasado en su niñez y tanto amaba la belleza natural de su país!

Unas horas después de medianoche ella oyó el ululato de un búho desde el bosque fuera de las palizadas. Se sentó plenamente despierta. Lo oyó una segunda y tercera vez, a intervalos iguales. ¡Fue la señal! Se paró, se puso los mocasines y la cobija. Se persignó deliberada y solemnemente. Tomó un paso al pasillo central, pasó por sus tías dormidas, y apartó la piel de oso suficiente para que saliera afuera. Cerca de la puerta el perro la vio ansiosamente. Los dos siempre eran buenos amigos. El meneó la cola con deseo de acompañarla. Ella se agachó y, tocándole la cabeza, ordenó con susurro que se quedara. Obedeció pero los ojos la siguieron hasta que desapareció de vista.

Del bosque salieron los dos hombres y como sombras los tres corrieron por la senda que lleva al río. Ella no los conocía pues nunca se había encontrado con Onas.

Pasaron por los maizales y llegaron a la orilla del Mohawk donde la canoa estaba escondida entre las ramas. Onas y Jacob le ayudaron con el bote. Al rato estaban costeano el río para evitar la luz de la luna. Una curva del río los llevó fuera de vista de Ganawáge. Entonces tomaron el curso en medio. La corriente y la fuerza de los hombres remando los llevaron rápidamente. Muy pocas palabras se dijeron. Fue peligroso hablar porque el agua lleva el sonido de la voz humana a gran distancia; y cualquier Iroqués acampado en el bosque lo escucharía.

A las dos horas cuando amaneció llegaron a un riachuelo que desemboca en el río. Habiendo escondido el bote, treparon por el bosque buscando un lugar para descansar. No prendieron fuego. De las provisiones Jacob sacó unos duros pedazos de pan de maíz y azúcar de arce, comida común para un viaje. Después de tomar agua cristalina del riachuelo, se envolvieron en sus cobijas y, acostados en el musgo, descansaron unas horas.

Mientras tanto, Iowerano estaba en Skenedada en la casa de comercio de los holandeses. Por dos días estaba regateando sobre las pieles de castor, oso, venado, ante, mapache y ardillas negras. Por fin salió satisfecho con el arreglo, escogiendo con mucho cuidado lo que iba a llevar a casa en cambio por su mercadería. El último día de su estadía el holandés le ofreció todo el aguardiente que quería tomar. Se sentó en una banca de madera con una porra de whisky. Bajo la influencia del alcohol se sintió exuberante, confuso pero contento.

De repente un joven guerrero mohawk, sudado y respirando fuerte, se apareció en la puerta. Con dificultad

Iowerano se paró y lo miró con sorpresa. Ese hombre fue el mejor corredor de Ganawáge; seguramente traía noticias importantes.

Corrió donde el jefe. "Tekakwitha se fue," dijo el joven. "Ayer por la mañana su cama estaba vacía. Nadie la ha visto desde entonces, y nadie sabe a dónde fue. Karitha me mandó con este aviso."

"¿Se fue? ¿Con quién? ¿A dónde?" dijo Iowerano confuso.

"No sabemos. Garonyage estaba en el pueblo. Ayer se fue para Oneida. Estaba solo. Unos hombres le siguieron pero no vieron que llevaba a Tekakwitha a ninguna parte del río. Había un cristiano hurón del pueblo de oración acompañándolo. Pero no salió con Garonyage. También él desapareció."

Iowerano meneó la cabeza para tratar de quitarse la molestia. El choque de la noticia le ayudó a desemborracharse. "¡Tekakwitha ha huido!" exclamó. "Este sarnoso perro hurón la secuestró; están en camino a Caughnawaga." Golpeó la mesa tan enérgicamente que se derramó todo el whisky.

Con la mente despejada podía pensar. Pensando en alta voz dijo, "La niña bajó del río Mohawk hasta el arroyo Sacandaga; de allí tomó el camino al lago de los Iroqueses (Lago George, Nueva York). Tiene que estar cerca. Si salgo inmediatamente los voy a alcanzar a ella y a ese Hurón antes de anochecer."

De repente dio una vuelta, cogió su arma con la pólvora y ató la bolsa a su faja. Su cuerpo tembló de rabia. Maldijo al

hombre que secuestró a su hija. "Ven," dijo al mensajero. El jefe holandés y los demás indios lo miraron incrédulos. Tan rápido cambió de un borracho a un guerrero hábil. Sin ninguna palabra de saludo se marchó.

Por tres horas él y el acompañante remaron río arriba con energía furiosa. Llegando a la boca del Sacandaga él saltó a la tierra. "Quédate aquí y descansa hasta que yo vuelva." Entró al bosque con cautela. Conocía el camino pero no podía ir rápido por el monte espinoso.

Cuando Iowerano empezó a perseguirlos del río Mohawk, Tekakwitha y sus compañeros estaban apenas seis millas adelante. Ellos no podían viajar tan rápido como él porque Kateri estaba cansada y los hombres cargaban los bultos de cobijas y comida. Además de sus armas llevaban una hacha y una porra. Así, el jefe motivado por la ira tenía que alcanzarlos en como tres horas.

Onas, sin embargo, planeaba una estrategia. Cuando Iowerano oyera de su huida él correría de Skenedada para reclamar a su hija y llevarla nuevamente a Ganawáge. Era imposible caminar más rápido que él. De hecho, los alcanzaría esa tarde.

Basado en estas consideraciones Onas hizo su plan. Fue un riesgo, pero no había otro. Entraron un poco al bosque donde Onas les dio las instrucciones. Jacob y Kateri continuarían el camino. El los seguiría a una distancia estando a la mira de Iowerano. Hasta el anochecer caminarían así.

"Cuando lo mire, tiraré una vez -- señal para que se

escondan hasta que me vean pasar. Entonces Jacob dará un triple silbido y los acompañe."

"Pero si tiras tu mosquete," dijo el Hurón, "el jefe lo oirá también. Temo que tu plan no será bueno."

"Quiero que oiga el tiro y también que me mire. No me conoce; para él soy cualquier cazador mohawk. De hecho, nadie sabe que Kateri anda con dos hombres; piensan que está con un solo Hurón. Hagan exactamente como les digo. No hay que apurarse, pues tienen todas las provisiones. Rawanniio nos protegerá."

Se arrodillaron para una ferviente oración. Entonces se separaron: Jacob y Tekakwitha siguieron el camino y Onas se quedó atrás. No sólo fue un cazador excelente, fue también un actor astuto e intrépido cuando necesario. Caminaba despacio dando vueltas y mirando en toda dirección y mirando al bosque como buscando algo para cazar.

Después de dos horas divisó una figura acercándose. Esperó hasta que reconoció a Iowerano. Entonces tomó un paso al monte. Cuando estaba cerca Onas le dio la espalda, miró fijamente en las ramas de un árbol y disparó.

El jefe que no lo había visto se asustó e inmediatamente alistó su propio mosquete pero al rato lo bajó. Notó que el hombre que tiró al árbol movió la cabeza como avergonzado. Pensó Iowerano, "Es Mohawk. Y cazador miserable. Ni puede pegar a una ardilla."

"¡Oye!" llamó el jefe. El hombre dio vuelta rápido y viendo a otro Mohawk se le acercó. Iowerano le preguntó,

"¿Viste a una niña con un Hurón en este camino? Su nombre es Tekakwitha."

"¿Una niña?" replicó el cazador. Miró en toda dirección buscándola. "¿Está aquí en el bosque?" Y siguió hablando con una sonrisa vergonzosa, "Soy buen cazador, pero un espíritu malo tomó la forma de una ardilla para engañarme. Le pegué, estoy seguro. Pero ¡quién puede matar un espíritu!"

El jefe no tenía tiempo ni deseo de seguir hablando con ese tonto. "¡Idiota!" gruñó y redobló su paso.

Kateri y Jacob habían oído el tiro. Entraron a lo denso del bosque hasta que encontraron un gran pino caído. Desde atrás podían ver a cualquier persona pasar por el camino. Apresuradamente abrieron las cobijas y tomaron su puesto.

A los quince minutos vieron a Lowerano a una distancia de ochenta metros. Como un buen guerrero mohawk él pasó con un paso ligero, viendo derecho. Tekakwitha tembló con miedo hasta que desapareció de vista.

Después de otros diez minutos divisaron a Onas, todavía fingiendo ser cazador buscando ardilla o venado. Jacob se levantó y silbó tres veces fuertemente. Onas no dio ninguna señal; parece haber visto algún animal. Levantó su arma y entró al bosque, acercándose al pino caído. Cuando llegó donde sus compañeros dijo, "¡Gracias a Dios y su santísima Madre! Todavía todo va bien." Les contó lo de su encuentro con el jefe.

Los dos hombres persuadieron a Kateri que descansara. Se acostó y pronto se durmió. Mientras tanto Jacob y Onas

vigilaban el retorno de Iowerano. Después de tres horas, al atardecer, lo vieron bajando por el camino cansado y cabizbajo.

Onas despertó a la joven como ella había pedido. Al ver a su tío aparentemente triste, no pudo detener las lágrimas. A él le hará falta y deseará tenerla cerca. Si pudiera ayudarlo. Ella sabía que la amaba a pesar de su manera brusca; y su corazón se llenó de compasión. No se dio cuenta que nunca jamás en su vida lo volvería a ver.

A los dos días los viajeros llegaron al río Hudson donde Onas había dejado el bote. Remaron río arriba por veinte millas. Entonces, cargados con el bote y los bultos, siguieron un camino porteo hasta el lago George. De allí siguieron la famosa vía fluvial directo a Canadá: lago George, lago Champlain, abajo el río Richelieu, cruzando el río San Lorenzo cerca de Montreal. Fue un viaje fatigoso de 150 millas, con las dificultades de transportar el bote y sus pertenencias tras los remolinos y cascadas del Richelieu. De vez en cuando descansaban un día entero para dar a Kateri tiempo para descansar mientras Onas cazaba y Jacob pescaba.

Cuando hacía buen tiempo ellos estaban alegres y platicaban o cantaban la música de la iglesia en el idioma mohawk. Todos los días oraban el rosario, no recitado sino cantado según la costumbre iroquesa cristiana.

Kateri sentía algo de la alegría de su temprana niñez. En compañía de estos dos buenos hombres ella se sentía segura. ¡Qué alegría saber que en adelante estará libre para practicar su religión, orar y conversar sobre las cosas de Dios sin amenazas ni burla!

Por fin, un día de sol en octubre llegaron a Caughnawaga. Vieron los *wigwam* colocados en una loma sobre las riberas del gran río. En el centro del pueblo estaba el templo. Alrededor del poblado estaban las plantaciones y huertos. Al norte se veía la superficie plateada del río San Lorenzo, cortada por las cascadas y remolinos; y media milla al sur el bosque virgen canadiense: pinos oscuros y arces con las hojas de colores brillantes de otoño.

En el pueblo de oración

Caminando por las sendas del pueblo, los viajeros no encontraron a casi nadie. Los hombres estaban cazando o pescando, y las mujeres y niños en las plantaciones pelando maíz y cosechando frijoles. Vieron a una u otra abuelita con un bebé en su regazo, gozando del sol de la tarde.

Cuando entraron en la casa de Onas, una mujer de edad se paró de su lugar al lado de la cuna. "¡Anastasia!" gritó Kateri, y alegremente corrió para saludar a su amiga. Anastasia la abrazó con afecto maternal. "Gracias a Dios que llegaste bien, mi palomita. Ya no más te van a regañar y perseguir; y nadie te prohibirá hablar conmigo. Al contrario, viviremos juntas en esta casa, pues perteneces a nuestra familia." Viendo a Onas le dijo, "Bienvenido, hijo; ve lo que el buen Señor te ha dado. Levantó la cobija de la cuna donde dormía un bebé que nació durante la ausencia de Onas. "Es una niña," siguió Anastasia. "Es linda ¿no? En el bautismo le pusimos el nombre Kateri, en honor de su tía."

"¿El nombre mío?" dijo Kateri con gran sorpresa. Cogió su rosario y con la medalla bendita tocó la boquita según la costumbre de los cristianos. Los ojos de Onas se iluminaron cuando vio a la chiquilla. El Señor les había dado dos varoncitos. Ahora Dios respondió a sus oraciones para una niña. Miraba a su hija con gran gozo y asombro. Entonces trazó una cruz sobre la frente de ella. "Bienvenida, Kateri tiernita. Que Dios te bendiga siempre."

Apresuradamente Anastasia cocinó una comida de maíz, frijoles, y venado con la grasa de castor. Mientras tanto los hombres guardaron sus pertenencias y se sentaron para fumar sus pipas. Anastasia llevó a Kateri a su cabina. En silencio Kateri miraba la cama. El marco de madera, relleno de musgo, estaba cubierto con una cobija de piel de ante. La piel suave de un venado sirvió de cubierta, y la doblada piel de castor era la almohada. En la repisa vio dos pares nuevos de mocasines, algunas cobijas de lana hechas en Francia, y tela de color plomo. En un cajón de madera encontró paquetes de cordones y cintas, canastitas de *wampum* de vidrio y de colores variados, hilo de tendones de venado, además de otros artículos para coser, y cuchillos para labrar madera y cuero. Un cazador que había visto a los viajeros en el lago Champlain avisó de su llegada, y Anastasia inmediatamente alistó esas cosas para Tekakwitha.

Kateri fue conmovida hasta lágrimas al ver los tesoros. Había salido de su pueblo Ganawáge pobre y sin nada. Ahora ve todo lo necesario para hacer el trabajo manual. "Con alegría trabajaré para mantenerme y ayudar a la familia de Onas," pensó Kateri.

Mientras comían, Enita llegó de prisa desde la plantación con los dos hijos. Un niño vecino le había avisado del regreso de Onas. Con gran gozo abrazó a Kateri, diciendo, "Bienvenida, hermana querida. ¡Tanto has crecido! Ya eres grande y fuerte." Con una risa Kateri respondió, "No tan grande y fuerte como tú." Entonces Enita miró a Onas y pronunció el saludo solemne de los Mohawks, "¡*Segon, skennon gowa!*" (Bienvenido, paz contigo). Como muestra de cariño tocó el brazo con su mano derecha; no era correcto para una esposa besar al esposo y abrazarlo enfrente de otras personas.

Su casa tenía tres cabinas a cada lado del pasillo. Dos fueron ocupadas por la familia de Onas y la tercera fue dada a Kateri. Al otro lado vivió Anastasia; y las otras dos eran de un hijo de Anastasia. Tegonhadshóngo era cabeza del grupo familiar. En todos los asuntos sobre la vida en común y orden doméstico Onas y su esposa cedían a los deseos de ella. Para con los niños ella era como una abuela cariñosa y fuerte.

Nada de pleitos, excesos, ni malas palabras molestaban la paz de Caughnawaga. Los pobladores eran cristianos fervorosos y sinceros. Sin embargo, las visitas no-cristianas recibieron siempre una bienvenida amable; podían quedarse con sus parientes gozando de la hospitalidad; pero conducta escandalosa, ritos de idolatría, maldiciones y toma de alcohol traería la expulsión inmediata según la sentencia de los jefes del pueblo.

Después de comer, Kateri fue a su cabina y se puso una cobija liviana sobre la cabeza y hombros. Dijo a Anastasia, "*Assontaté* (Por favor), me gustaría hacer mi primera visita al *wigwam* de oración." Tegonhadshóngo la condujo por los caminos del pueblo hacia el templo. Este edificio era bastante distinto de las casitas de corteza que servían como capillas en las misiones. Este fue construido de madera y tenía una torre coronada con una cruz de madera dorada. A los ojos de los hombres blancos era una estructura pobre; pero para Kateri era un edificio maravilloso. Lo miró con admiración y respeto; entonces con reverencia entró. Al fondo vio el altar, y sobre el sagrario una pintura grande de San Francisco Javier, el Santo Patrono de la parroquia.

Con reverencia Kateri pasó adelante, hizo una genuflexión y se arrodilló. Con brazos cruzados, se quedó en

oración sin moverse. Mientras, Anastasia salió para avisar a los ropanegras de la llegada de su amiga joven.

Cuando por fin Kateri salió de la casa de Dios, fue saludada por una voz conocida, "Bienvenida, Kateri." Fue Padre Fremin, el párroco, a quien conoció hace once años cuando fue hospedado en la casona de su tío. En ese tiempo ella les traía agua al padre y a sus compañeros, les servía las comidas y les ofrecía la carne sabrosa de un perro gordo. Con una sonrisa lo miraba cuando él le dio la mano. Los ojos de ella todavía radiaban la misma sinceridad, tímida pero amistosa. Las líneas de la cara revelaron las dificultades que había soportado por su fe.

"Aquí viene P. Cholenec," dijo P. Fremin. "El prepara a los recién bautizados para la Primera Comunión. Dentro de poco estará en la clase escuchando sus palabras."

"Hemos oído mucho de usted, Kateri," dijo P. Cholenec, "y estamos encantados de tenerla con nosotros. Espero que se sienta en casa aquí en Caughnawaga." Con eso la timidez de Kateri desapareció como la neblina ante el sol. "Estoy muy contenta aquí, Padre," dijo ella. "Mi alma es como un pájaro que encuentra su nido." Le entregó la carta de P. Lamberville. Si supiera el contenido, hubiera sido apenada.

Un tercer sacerdote, P. Chauchetière, se acercó. "Padre," le dijo P. Fermin, "le presento nuestra amiga Kateri. Cuando llegamos a su país después de la paz entre los Mohawks y Canadá, vivíamos en la casa de su tío, el jefe Iowerano. Ella nos servía la comida y nos cuidaba bien. Entonces era una niña. Ahora es una joven. Devolvemos sus favores del pasado con la alimentación espiritual de la iglesia."

"Que Dios le bendiga, Kateri," dijo P. Chauchetière. El era el más joven de los tres sacerdotes y hablaba con una voz resonante. Los ojos reflejaba el entusiasmo radiante de su ministerio sacerdotal. Todavía no había experimentado las dificultades duras, las tristezas y contratiempos del trabajo en las misiones remotas.

En el camino de regreso a la casa de Onas, Anastasia la llevó a los *wigwam* de amigos y conocidos de Ganawáge. En cada casa fue recibida con alegría y la gente pedían noticias de su pueblo nativo del valle mohawk. Ganeagówa, el Gran Mohawk, la llamaba "mi sobrina", una distinción especial que un jefe da a una mujer joven a quien respeta y estima. Su esposa Satékon, quien había sufrido mucho en Ganawáge, abrazó a Tekakwitha con lágrimas de alegría. "Bienvenida, hermanita," le dijo. "Le doy gracias a Rawanníio quien por fin la ha traído a nuestro lugar."

Cansada pero contenta, Kateri se acostó temprano esa noche. Había entrado un nuevo mundo y comenzado una nueva vida. Ninguna cara enemiga vio en Caughnawaga, y ninguna palabra ofensiva oyó. Por primera vez desde su niñez se sintió tranquila, libre de temor. Con oración ferviente de gratitud, se acostó en su lecho de musgo y pieles de ante, y se durmió.

Los padres jesuitas de Caughnawaga eran una comunidad fiel y dedicada. Aunque cada uno tenía personalidad y carácter distinto, los ideales comunes de su vida religiosa y orden misionera hicieron de ellos un equipo de servicio y cuidado para el bien de sus queridos indios. No quisieron una vida más fácil, sino una vida sencilla como los convertidos del pueblo. Su ejemplo confirmaba las instrucciones que daban. Se

levantaban a las cuatro de la madrugada, comenzando la rutina diaria con oración y meditación. Después del trabajo de la iglesia, visitaban a los enfermos, daban instrucciones, hacían su trabajo doméstico y oración personal. Vivían en una casona como los demás pobladores; no tenían sirvientes, sino preparaban la misma comida que los Mohawks y lavaban su propia ropa.

Cada mañana la campana de la torre sonaba a las 4:30 para los que asistían a la misa de las 5:00. A las 7:00 otra misa fue celebrada, a que asistían muchos adultos. La tercera misa a las 8:00 era para los niños, quienes recibían clases de doctrina después. Todo el día el *wigwam* de los ropanegras estaba abierto para visitas o consultas.

Los padres eran conscientes de la gran empresa comenzada en Caughnawaga. Con celo infatigable perseguían la meta de la misión: formar una verdadera comunidad cristiana de estos Iroqueses incultos, sinceros y dispuestos. De igual manera fue protegido el pueblo de oración de cualquier influencia mala de los indios no-cristianos y del ejemplo dañino de los franceses cuyos vicios escandalizarían a los nuevos convertidos. Por eso ningún hombre blanco fue permitido residir allí, sólo llegar como visita.

La rutina diaria fue dirigida por el sol. Los indios no tenían ni lámparas ni velas, sólo la luz trémula del fuego. Sin estímulo externo casi todos los adultos y niños asistían a misa diaria. No entendían latín ni francés y no tenían libros de oración, pues no sabían leer ni escribir. Pero los padres compusieron una serie de himnos iroqueses que correspondían a las diferentes partes de la misa. También pusieron en el idioma iroqués las oraciones diarias, los Diez Mandamientos,

el Credo, el Rosario y el Vía crucis, todo de los cuales cantaban. Los Mohawks querían mucho la música y con gusto memorizaban la letra para cantar los textos no sólo en la iglesia sino también en el campo de trabajo.

Después de la misa todos se dedicaron a su propia tarea. Los hombres cazaban o pescaban, labraban canoas, despalaban árboles, sacaban la corteza y liber de los árboles, cortaban palos y postes. También desollaban los animales cazados y los destazaban para la manteca, curtían las pieles para hacer de ellas cobijas suaves. Las mujeres con la ayuda de los niños recogían leña, acarreaban agua, raspaban las pieles de venado, molían el maíz, cocinaban, cosían ropa y mocasines, bordaban vestimentos con *wampum* de vidrio de muchos colores. El trabajo principal, sin embargo, era el cultivo de las plantaciones, un trabajo duro y fatigoso desde la primavera hasta el otoño. Cultivaban maíz, frijoles, ayote, y melones, trabajando la tierra y limpiándola. Si pasara dos días sin lluvia, todo el pueblo llevaba agua del río, regando cada plantita.

Caughnawaga cosechaba mucho más de lo que necesitaban para sus pobladores; sin embargo, la gente muchas veces sufrían por la falta de maíz. Es que ellos consideraban de suma importancia y una obligación de tradición india y cristiana, la hospitalidad hacia las visitas, incluso los huéspedes no-cristianos. Así con gran generosidad compartían sus provisiones con todos los visitantes. Esta noticia corría rápido entre el país de los Iroqueses quienes se aprovechaban de la oportunidad. Pronto cazadores llegaban de cerca y de lejos, solos o en grupos para pasar unos días como huéspedes en el pueblo de oración. En un solo año más de ochocientos visitantes recibieron la hospitalidad de la comunidad cristiana, quedándose a un promedio de tres días la persona y sin

recompensa. Así se entiende porque la gran cosecha de las trescientas familias se terminó en junio. Cuando se terminó el resto de las provisiones ellos vivieron meses comiendo raíces y frutas silvestres y, cuando los conseguían, también carne y pescado.

Los ropanegras con frecuencia daban instrucciones en el templo generalmente durante la temporada de lluvia cuando la gente no iban a las plantaciones. En lugar de libros usaban dibujos sencillos pintados de colores brillantes que ofrecían mucha inspiración a los convertidos. Tres veces al día sonaba la campana llamándolos a oración privada. Todos dejaron el trabajo para rezar o cantar el Padre Nuestro y el Ave María. Muchos cristianos llevaban el rosario al cuello, como otros indios llevaban un collar de dientes de animales o cordones de *wampum*.

Dos celebraciones importantes para la nación iroquesa eran la de la siembra y la de la cosecha. Hicieron una fiesta cristiana usando la costumbre folklórica antigua. Antes de comenzar la siembra unos niños llevaban las semillas en canastas hacia el templo para la bendición por los sacerdotes. Después de una misa solemne los padres acompañaban a los parroquianos a las plantaciones y todos cantaban himnos y oraciones. La fiesta de cosecha en el otoño era una de acción de gracias. La gente traían ofrendas de maíz, frijoles, ayote, fruto y carne. Estas ofrendas se colocaban en el altar y después distribuidas a la gente necesitada, como los ancianos sin familia. En ambas ocasiones el resto del día era tiempo de fiesta, competencias y juegos, y visitas de casa en casa. Al atardecer se reunían una vez más para la Bendición del Santísimo Sacramento.

Así todo el poblado fue iluminado con la luz de piedad y de fe, creando un espíritu de paz, amor y vida comunitaria. En vez de hacerse otra clase de franceses, ellos continuaban su propia manera de vida, siguiendo sus costumbres y tradiciones. Todavía no había llegado el tiempo para leer y escribir. Sin embargo, estos "pielrojas" primitivos se hicieron cristianos ejemplares sin "ropaje" europeo. De hecho, su conocimiento sólido de la fe, su moral y piedad los hicieron de un nivel superior de la mayoría de los católicos europeos. Así los padres de Caughnawaga probaron lo que sus paisanos pensaban imposible: formar una verdadera comunidad cristiana sin hacerlos "franceses" primero en escuelas de los carapálidos.

Tekakwitha usaba su tiempo de nueva libertad gastándose en el servicio y amor a Rawanniio. Lo hacía de manera sencilla. Cada mañana participaba en la misa. A mediodía asistía a las instrucciones, profundizando su visión de fe y aprendiendo más detalles sobre cosas espirituales. Por la tarde volvía a la casa de oración para el canto del rosario. Se quedaba un rato más para oración personal ante el Santísimo.

Cuando la luz del sol era fuerte, ella se cubría los ojos, protegiéndolos del brillo. Lo había hecho desde la niñez cuando la viruela dañó su visión. Los demás entendieron. No era un pretexto de humildad falsa ni de timidez. Pero al mismo tiempo le ayudaba a concentrarse en pensamientos religiosos.

Acostumbrada a un trabajo duro por tantos años, ella ahora con gozo dedicaba todos sus esfuerzos al servicio de los demás. Sus propias necesidades eran modestas: un poco de comida y ropa sencilla. Pero su corazón lo extendía con generosidad a todos los que necesitaban de ella. Nunca hablaba

de sus buenas obras, más bien trataba de ocultarlas. Para su familia ella hacía los quehaceres, trabajaba en la plantación o cuidaba al niño. Sin esperar que le hablaran, ella anticipaba las necesidades y respondía. En tiempo libre ella bordaba mocasines, fajitas y vestidos con diseños artísticos. Con sus manualidades hubiera podido mantenerse bien ella y a su familia si las hubiera llevado a Montreal para venderlas como hacían otras mujeres; pero ella regalaba todo a su familia, amigos y a los pobres sin aceptar recompensa.

Anastasia era cristiana por unos treinta años y era bien instruida en la fe. Gozaba al explicar cosas a Kateri. Se sentaban fuera del *wigwam* compartiendo cosas espirituales mientras las manos estaban ocupadas con la costura o tejido. Al pie de la ribera en frente estaba el gran río San Lorenzo, con los remolinos y cascadas espumantes cerca de la Isla de las garzas.

Tekakwitha tenía muchas preguntas. Anastasia contestaba con respuestas detalladas y decisivas. La costumbre india demandaba que la ama de casa fuera dirigida como "madre" por la familia adoptiva. Hacía mucho tiempo su esposo había muerto en la guerra contra los Hurones. Aunque tenía un carácter fuerte ella era de veras una madre para la familia de Onas y Kateri. Ella regía el hogar con eficiencia y cariño. Aunque a veces consideraba sus decisiones las únicas correctas, su prudencia y modestia generalmente evitaba problemas. A veces usaba términos cariñosos con Kateri como son "Palomita", "Florcita", o "Abejita". A pesar de todos sus esfuerzos para educar a Kateri en la fe, ella tenía una influencia desafortunada sobre la joven. Anastasia era muy severa e ignoraba la profundidad espiritual de Kateri. Presumía que la

joven era como otras jóvenes convertidas, todavía no liberadas de las faltas del pasado. No se dio cuenta de que Kateri nunca era sujeta a las corrupciones de vicios y supersticiones, y de que ella había madurado en una santidad genuina. Así insistía en penitencias duras para los muchos pecados e inclinaciones al mal de que Tekakwitha no entendía ni había experimentado.

Un día Anastasia hablaba tanto de la maldad del pecado, la ingratitud de los pecadores hacia Dios, las penas del purgatorio y el castigo eterno del infierno, que Kateri temblaba y brotó en llantos de horror y vergüenza. ¡Cómo pudiera haber hecho lo contrario! Su alma nunca había sido culpable de esos pecados feos, implicado por las palabras de Anastasia. Sin entender exactamente lo que la otra decía, ella aplicaba todo a sí misma. Kateri decidió de hacer en adelante penitencias duras para el vicio terrible que tenía como niña: haber gozado de los adornos de *wampum* de vidrio que adornaba sus vestidos, sus mocasines y cintas. Con mucho pesar se culpaba por haber ofendido a Dios por su terrible pecado de vanidad. ¡Si Anastasia hubiera sabido lo que pasaba en el corazón de su alumna!

A pesar de esta contrición amarga, Kateri no perdió la paz de su alma, porque sabía que Rawanniio había perdonado todos esos "pecados" en el sacramento de bautismo. La penitencia que iba a comenzar no fue basada en el temor del infierno sino en su deseo de ofrecer expiación o reparación de amor. Con esta motivación ella decidió nunca más usar adornos, ni el adorno más sencillo de *wampum* que hasta la niña más pobre de Caughnawaga usaba.

Los cristianos iroqueses tenían que esperar mucho

tiempo después de su bautismo para recibir la Santa Comunión. Los misioneros jesuitas impusieron ese período de prueba para estar seguros de que los convertidos se quedarían católicos ejemplares una vez recibida la plenitud de vida sacramental.

Tekakwitha había sido bautizada el día de la Resurrección. Ahora era el otoño del año siguiente, y su corazón ardía con el deseo de recibir a Cristo en la Santa Eucaristía. Un día del Adviento ella habló con P. Cholenec sobre su anhelo, sin pedir abiertamente el privilegio de recibir temprano. Tan grande fue su sorpresa cuando él le dijo que podría recibir su Primera Comunión el día de la Navidad. Inmediatamente ella comenzó su preparación. En vez de hacer tres visitas cada día al Santísimo Sacramento ella hizo cinco vigiliias. Con el frío del invierno su respiración subía al aire helado como nubes de incienso.

Todos los miércoles y viernes del Adviento no comía nada hasta el atardecer. Su porción de comida para la mañana y mediodía la llevaba a los pobres o enfermos del pueblo. Con gozo radiante hacía todos sus quehaceres acompañándolos con oraciones o himnos susurrados.

En las vísperas de la Navidad ella hizo su primera confesión. Su alma fue tan acongojada al considerar su pequeñez y la bondad infinita de Rawanniio, que lloraba. En la casa ella alistó su mejor vestido que era tan sencillo que Enita le ofreció algo de su propio ropero. Kateri, al principio, lo negó, pero después aceptó un chal azul en lugar de su único chal de color café ya gastado.

"¿Y los adornos?" preguntó Enita. "Hace tiempo que no los has usado. Pero para la festividad de Navidad y tu

Primera Comunión tienes que ponerte adornos bonitos de *wampum*."

"Yo creo mejor no llevar adornos," contestó Kateri. "Rawanniio no busca cosas externas."

Al oír eso, Anastasia expresó su propia opinión. "No seas terca, niña," exclamó, sin darse cuenta de que ella misma había encendido el determinado fuego de penitencia en el corazón de Kateri. "En la misa de medianoche tú vas a recibir a nuestro Señor por la primera vez. Yo veo muy apropiado que en su honor te lles lo mejor que tenemos."

Tekakwitha respondió con una humilde sonrisa que pedía comprensión; pero los ojos brillaba con una fuerza decisiva, y una voluntad que cambiaría sólo por la obediencia. "Madre," le dijo con calma, "el amor de Jesús no necesita de perlas. El no andaba adornos cuando murió en la cruz por amor a nosotros."

Anastasia se quedaba viendo a Kateri sin poder hablar. Pensó, "¿De dónde saca la niña tantas ideas, que ni yo, su maestra, puedo contestar." Así pues, Kateri recibió su Primera Comunión con un vestido sencillo, con sólo un rosario colgado al cuello.

Su segunda Comunión no fue permitida hasta el día de la Resurrección. Según la práctica de aquel tiempo, no podían tomar la Hostia más que los domingos y días grandes.

El día de su Primera Comunión ella lo pasó en un espíritu de consuelo y felicidad. Durante las primeras horas ella se quedó en el templo en meditación y oración. Más tarde ella

desayunó y entonces visitaba a los enfermos del pueblo y amigos de su familia llevándoles provisiones de comida y regalos navideños. Platicaba con ellos y les ayudaba.

Así pasó el día dando un alegre servicio de misericordia y caridad. Al atardecer volvió al templo para dedicarse a otra hora santa de oración personal.

La prueba del invierno en el campamento

Poco después de las celebraciones de la Navidad, las familias de Caughnawaga siguieron la costumbre antigua de los Mohawks y se dispersaron para la larga caza del invierno. En grupos pequeños algunos marcharon hacia los bosques del río Ottawa, y otros hacia las montañas Adirondack, donde ellos erigieron sus *wigwam* provisionales, los cuales cubrieron con ramas y varitas. Entonces comenzaron la "gran cacería" que duró como tres meses.

Como toda la nación iroquesa, los cristianos gozaban de este campamento anual, disfrutando de la naturaleza. Aprovechaban de la diversión, el cambio del ambiente y la ventura. Su caminata por el aire fresco de la montaña, una porción diaria de carne, y el ejercicio físico renovaban la salud, el vigor y el bienestar. Mientras los hombres cazaban, las mujeres estaban ocupadas con muchas cosas, y los niños, acompañados por los perros, jugaban en la nieve o pescaban.

En los domingos hacían sólo el trabajo más necesario. Todos se reunían para un servicio de oración en que cantaban los himnos de la misa. Por la mañana y noche cada familia rezaba las oraciones diarias en común. De todos los cantos sagrados les gustaban más los navideños; de tal manera que los ropanegras permitieron que los cantaban hasta el Domingo de Ramos.

Antes de la Semana Santa todos los grupos regresaban a Caughnawaga. Entonces el pueblo se despertaba de su

soledad. En cada casa se incendiaba nuevamente el fogón, y los caminos y campos resonaron con las voces de niños alegres y del ladrido de los perros. Nuevamente la iglesia se llenaba de adoradores para la misa diaria y para las devociones.

Durante los tres meses de la caza invernal, solamente se quedaban en el pueblo de oración los sacerdotes, los enfermos y ancianos. Los padres cuidaban de los discapacitados, llevándoles la comida y atendiendo todas sus necesidades. En este trabajo les ayudaban algunas de las mujeres que todavía tenían fuerza. El resto del tiempo los ropanegras vivían en recolección silenciosa y se dedicaban al estudio, oración y meditación. También escribían reportes detallados de su trabajo en todos los aspectos. Estas cartas las enviaban al superior en Quebec. Allí él a su vez compilaba los reportes anuales de las estaciones misionales y los enviaba al padre provincial en París, Francia, donde muchos fueron imprimidos y leídos por los interesados franceses.¹¹

Kateri fue conocedora de la "gran cacería". Durante los últimos años había pasado los tres primeros meses en el bosque de los Mohawks con Iowerano y las tías. Por dos razones quería quedarse en el pueblo: por no perder la misa diaria, y por poder atender a los enfermos y ancianos mientras los fuertes estaban afuera. Sin embargo, Anastasia y Enita estaban en contra de su idea. Insistieron en que ella les acompañara. Ella consultó al párroco. El la aconsejó que fuera sumisa a la familia; entonces se fue con gusto, pues siempre aceptaba la

¹¹ Algunos de los reportes de los años en que vivía Kateri en Caughnawaga (1677-1680) se encuentran en los *Jesuit Relations* tanto en el original texto francés como en la traducción al inglés.

palabra del sacerdote como la voluntad de Dios.

Siete familias viajaron juntas hacia el sur donde la cadena de las montañas Adirondack se elevan al cielo azul. Ellos jalaban los trineos sobre el río congelado, lo cual los franceses llamaron el Chateauguay. Milla tras milla viajaron por una semana dura hasta que llegaron a las montañas. Un arroyo cristalino corría al borde del bosque y se desembocaba en un pequeño lago congelado pero lleno de peces.

Aquí construyeron sus chozas. Apenas terminaron cuando una tormenta de nieve cubrió el asentamiento hasta que se parecía a los iglúes de los esquimales. Alegrementemente limpiaron una entrada a cada choza, amontonaron la nieve a un lado e hicieron aperturas en los techos para que saliera el humo de los fuegos. Ahora estuvieron listos. Cesó la nieve; el aire fue fresco y frío, y el aliento se volvió vapor. Adentro, sin embargo, todo fue caliente y confortable.

Onas con su esposa y niños, Anastasia con Tekakwitha, los dos hijos de Anastasia con sus esposas, junto con otras tres familias formaron el campamento. Los siete *wigwam* formaron un semi-círculo. Las mujeres y niños paseaban de casa en casa, visitando y ayudándose. El lugar se parecía a una casa larga con cuartos separados donde la gente entraba y salía a su gusto. Sólo de noche cada familia se quedaba en su propio alojamiento.

Después de la oración matutina las mujeres preparaban una buena comida de *sagamité*, carne, pescado y grasa. Para los hombres eso sería la única comida hasta el anochecer, pues cazaban andando en sus raquetas de nieve todo el día. Siguieron las huellas de los antes y venados, a veces por horas

acechándolos debajo los arbustos tupidos y perdiendo las señales a la orilla del río o lago. A veces sorprendieron un venado, un caribú o un mapache. Raras veces se encontraron con un alce u oso. Por la noche regresaban a la casa arrastrando sus presas, cansados del trabajo de la caza. Las esposas les sirvieron una comida abundante después de la cual se sentaron alrededor de la fogata por una o dos horas fumando las pipas y discutiendo los planes para el día siguiente. Después de la oración nocturna cada familia se retiraba para dormir.

En la mañana, cuando los hombres volvieron a la caza, las mujeres y muchachas pelaron lo cazado del día anterior, lo destazaron, conservando las partes comestibles para cocinarlas luego. Entonces rasparon las pieles y pellejo, las untaron con pasta de sesos de venado y musgo para curtirlos, y los colgaron encima del fuego para secarlos. El botín de la caza fue dividido entre las siete familias según el número de personas. Por más de cuarenta bocas que buscaban comida, se necesitaba una gran cantidad de carne. Además tenían que guardar ampliamente para los días que no traían nada y para los domingos cuando todos descansaban de sus labores.

Tekakwitha tomó parte gozosamente en tales actividades. De hecho hizo más que su parte en ayudar y servir el bien común. Por las mañanas ella se levantaba primero para traer agua del arroyo para la familia de Onas. Ayudaba en la cocina. Después del desayuno iba con los niños para recoger leña. Hasta mediodía cuando terminaba los quehaceres, tenía una hora libre. Mientras las otras tomaban siesta, ella salía del *wigwam* y caminaba a la orilla del arroyo. Allí encontró un lugar secreto debajo de unos árboles. Fue como una celda, invisible desde afuera. Entraba a su lugar secreto por una

pequeña abertura. Con un cuchillo grabó una cruz en la corteza de un árbol. Se arrodilló ante el signo sagrado, cruzó los brazos en oración y permaneció allí sin moverse como estatua. Sólo se movían los labios en oración a Rawannio y su hijo Jesús. Por una hora se quedó sin darse cuenta del frío que torturaba el cuerpo y paralizaba sus miembros.

Las demás no supieron de su devoción diaria en el bosque. Cuando salía de la casa ellas ya estaban dormidas; y cuando regresaba ellas pensaban que estaba gozando un poco del aire fresco. Pero Anastasia notó su ausencia, pensando que Kateri prefería pasear más que dormir.

Después de una hora y media de silencio todos se despertaron como si hubieran oído una señal. Los perros ladraban, los niños corrían y daban saltos en la nieve. Las mamás y las hijas buscaban sus cajas de *wampum*, hilo y agujas. Todas se sentaban alrededor del fuego en una casa para coser o hacer bordados. Tekakwitha labraba cucharas, trastes y ornamentos de madera de fresno. Tuvo mucho talento para tal trabajo; cada pieza fue de forma perfecta y diseño artístico.

Para las mujeres éste fue el tiempo más precioso del día. Mientras los dedos volaban elaborando manualidades, las lenguas estaban activas con plática amistosa. Se ve que las mujeres mohawks no son diferentes que las de otras naciones y países.

Un día Anastasia mencionó la esperanza que tenía de que Kateri se casara pronto. Ya tenía veintiún años. Fue tiempo para entrar en el estado del santo matrimonio. Las demás estuvieron de acuerdo. Sin duda, decían, muchos jóvenes de Caughnawaga ofrecerían corazón y mano a ella para una unión

matrimonial feliz. Todos reconocieron tan industriosa y amable que era, tan circunspecta y prudente en todos sus actos y palabras. Además, ¿no necesitaba un amor permanente y el compañerismo del matrimonio para proteger su virtud y seguridad? ¿No fue la voluntad de Dios para una mujer de cumplir el propósito de su vida como esposa y madre de una familia feliz?

Que una muchacha podía quedarse soltera por el amor de Dios; que podía vivir en virginidad según los consejos evangélicos -- de eso ellas, ni Kateri, no sabían nada. Los indios cristianos pensaban que sólo los sacerdotes eran célibes, y eso por el bien de su vocación. Los jesuitas todavía no habían hablado a los convertidos sobre la existencia y naturaleza de órdenes de religiosas. Hasta entonces hablaron solamente y con prudencia de las responsabilidades principales de una santa vida matrimonial, pues muchos entre ellos habían vivido con debilidad y vicio en el pasado.

Así Kateri, sin conocer el ideal de la virginidad o celibato para mujeres, sufría una angustia espiritual. Por un lado, reconoció que un buen matrimonio reflejaba la voluntad de Dios. Por otro lado, una voz interior, dulce y fuerte parecía dirigirla más allá de la inclinación de amor y vida conyugal. Desde muy joven ella sintió y siguió tal dirección interna que le ofrecía la certeza de la verdad, aunque no comprendía el significado.

Las mujeres, como buenas esposas y madres cristianas, tuvieron razones buenas y prácticas para presionar suavemente a Tekakwitha. Anastasia deseaba verla casada con un joven de entre sus amigos o parientes. Onas y Enita se preocupaban por el futuro. Si Kateri insistía en mantenerse soltera, ¿cómo

podrían cuidarla cuando la vejez y la enfermedad les dominaran?

Cierto día Enita se lo mencionó. Ella escuchó en silencio, y después respondió suavemente: "La idea de que podría ser pobre o sin seguridad, no me da miedo, querida hermana. La labor de mis manos me proveerá las necesidades de ropa y comida; más que lo necesario. Por lo demás Dios me ayudará para que nunca sea carga para ustedes en cuanto a cosas materiales."

"Esta joven es un enigma para mí," suspiró Anastasia. "¿No es piadosa, buena y obediente en todo? ¿Por qué, pues, es tan terca cuando hablamos de matrimonio? Sería una esposa y madre ejemplar; criaría a los hijos en el amor de Dios y en todas las obligaciones de una vida cristiana. Tendría la protección contra cualquier peligro, recibiría amor, seguridad y un feliz hogar propio. ¿Cuál bendición más grande podría recibir? Algún día hablaré con el ropanegra para que él le explique y cambie la actitud tan rara que nos causa tanta preocupación y problema."

Durante los últimos días del campamento invernal, Tekakwitha cayó víctima de un malentendimiento desafortunado, causa de la angustia más amarga de toda su vida. Una de las señoras, una persona devota y piadosa, sufría de una fuerte inclinación a celos. Estaba casada por veinte años, y su esposo, un buen cristiano, nunca le causó problema. El era un hombre amistoso y servicial, querido por toda la comunidad, y por eso ella pensó que tenía que vigilarlo. Tal vez por su edad sentía, sin darse cuenta, una envidia a las jóvenes que tenían la atracción y vitalidad que ella estaba perdiendo.

Sea lo que sea la razón, ella pensaba que él era demasiado amistoso con las mujeres más jóvenes del campamento. En realidad, él era amistoso con todos -- hombres, mujeres, niños.

Una tarde, al regresar de la caza cansado del trabajo del día, él se sentó en un lugar desocupado, al lado de Kateri, e hizo un comentario chistoso que le hizo reír. Su esposa desde el otro lado del *wigwam*, lo observó pero no oyó lo que dijo. Inmediatamente ella se puso a pensar. Sospechó lo que había notado por un tiempo, de que la niña salía silenciosamente cada tarde por una hora durante el descanso. ¿Podría ser que los dos se encontraban secretamente en el bosque? No sospechó actos inmorales; pero su esposo podría tener una atracción tonta a esa niña inocente e invitarla a una ventura liviana y una plática cariñosa en una parte escondida del bosque.

No reveló sus pensamientos a nadie pero buscaba más signos para confirmar su inquietud. No tuvo que esperar mucho. A unos días antes de salir del campamento, el esposo entró en la cabina donde estaban todas las mujeres como de costumbre. "Acabo de terminar una nueva canoa, y les pregunto si una de ustedes me acompaña para echar la costura." Dando la vista a Kateri, y sabido de su destreza con la aguja, le preguntó, "¿Qué te parece, Kateri? Harás el trabajo para mí?" Inmediatamente ella se levantó y buscó los útiles de costura. "Claro que sí," respondió con sonrisa. Juntos salieron de la casa larga.

Ese incidente convenció a la esposa de que su sospecha fue justificada. No pudo enfrentar a los "culpables" abiertamente, porque no tenía prueba de actos ni intenciones malas. Entonces decidió hablar con el sacerdote para que él advirtiera a Kateri de tal amistad y familiaridad con un hombre

casado. Mientras tanto ella habló en confianza con Anastasia quien, como ama de casa, asumió las responsabilidades de madre para con la joven. Primeramente Anastasia se perturbó; pero pronto pensó que Kateri nunca haría voluntariamente lo que sabía que era malo. Sin duda la niña no se dio cuenta de los peligros tras su asociación inocente pero descuidada, con el cazador gracioso. Le prometió a su amiga que le diera a Tekakwitha una instrucción prudente sobre el asunto.

Apenas regresados todos a Caughnawaga, Anastasia llevó a un lado a Kateri para decir con palabras suaves pero serias de la inconveniencia y peligro moral de sentimientos de afición entre una joven y un hombre casado. Le advirtió que tal conducta llevaba al peligro espiritual, que la paz y felicidad de los esposos fueron amenazadas y que el escándalo, sospecha y calumnia podrán seguirse.

Kateri escuchó con atención, como lo hacía siempre, a las palabras de su amiga maternal; pero la razón de las palabras la dejó confusa. Vio que nada se refirió a ella misma y su propia vida espiritual. Sin embargo, aceptó la instrucción con gratitud y preguntó una sola cosa, "¿Qué quiere decir 'calumnia'?"

Al día siguiente después de la misa P. Cholenec le llamó a la sala de la casa cural. El era callado y amable; no alegre como de costumbre. Kateri se sorprendió y temblaba cuando él comenzó a explicar los peligros de una familiaridad indebida con un hombre casado. Lo que dijo fue parecido a las palabras de Anastasia del día anterior.

Cuando terminó sus comentarios, él guardó silencio y

quedó viéndola esperando una respuesta. Ella no respondió, pues no tenía idea porque él también habló de tal asunto. El pensó que ella no se dio cuenta de la impropiedad de su conducta; y ahora parece que disimulaba cualquier entendimiento de ello, y actuó como que no entendió lo que decía. Controlando su irritación dijo por fin, "Kateri, ¿no reconoce que actuó sin prudencia en ese punto, allá en el campo?"

Estaba tan asustada que de repente se puso pálida y temblorosa. Con ojos abiertos lo miró y dijo, "Padre, no entiendo lo que dice."

Entonces le quedó claro al sacerdote que la conciencia de la joven no sintió ninguna culpa. El pensó lo que iba a hacer y por fin decidió darle tiempo para pensar y auto-evaluar. "Piénselo por uno o dos días," le dijo con calma. "Estoy seguro de que habla con verdad y sinceridad. Ahora vaya a la casa y pida a Rawannío que le ilumine y enseñe el significado de mis palabras."

Obedientemente inclinó la cabeza, los ojos llenos de lágrimas. Se levantó y salió en silencio. En vez de ir a la casa ella entró en la iglesia, y cayó de rodillas en la última banca. Con una vergüenza aguda y con horror, ella se dio cuenta de una acusación seria que le estaban haciendo. ¿Había hecho mal? ¿Había pecado? ¡Si entendiera el asunto! Oraba intensamente y pedía humildemente al Señor que le enseñara en lo que había fallado.

Su oración fue en vano. Ninguna respuesta la recibió de Dios, ninguna luz de entendimiento. Horribles olas de angustia ahogaban su alma. ¿Estaba disgustado Rawannío con ella?

Después de dos horas ella salió de la capilla, sus ojos hinchados de tanto llorar. Se sintió como un criminal condenado. El sacerdote le había dicho que no hablara de eso con nadie; entonces ni con Anastasia podía buscar ayuda. En silencio y con ojos arrasados en lágrimas, hizo los quehaceres. Mientras tanto sintió los ojos acusadores de las mujeres mayores apuñalándola. Ayunó todo el día.

No sabía ella -- ni tampoco el párroco -- que la esposa celosa había confiado la sospecha a otra amiga además de Anastasia, con la obligación de no divulgar el secreto; con el resultado de que ahora un grupo de mujeres se daban cuenta y lo discutían entre sí. No fue la imaginación de Kateri cuando ella veía las miradas de curiosidad y acusación al ir y regresar de la iglesia durante esos dos días. Su apariencia fue un cuadro de tristeza y miseria que les causó a las mujeres a creer que ella había admitido su error y fue regañada fuertemente por el ropanegra. Algunas, como los fariseos de antaño, no pudieron dejar de gozarse en la "caída" de esta niña considerada por todos como una santa y un ángel. Estas eran las horas más negras en la vida de Kateri. Sin embargo, con la voluntad tenaz de su naturaleza mohawk, se esforzó a sufrir con paciencia estos sentimientos de vergüenza y terror.

Finalmente, al tercer día después de la misa, P. Cholenec la llamó nuevamente. Le preguntó si había encontrado el significado de sus palabras. Ella lo miró, movió la cabeza y dijo en voz baja: "No, Rakeni, -- lo siento."

Con calma, sin severidad, él prosiguió: "Como su pastor, Kateri, tendré que preguntarle algunas cosas. Estoy seguro de que me va a contestar con verdad y sinceridad. Durante la estadía en el campamento, ¿no iba al bosque a solas

todos los días?"

Con sorpresa levantó la mirada, después inclinó la cabeza y dijo: "Sí, Padre."

"¿No salió en secreto para que las demás no se dieran cuenta?"

De repente ella vio todo claramente. Su corazón le dolió con pena y disgusto. Pero controlando su emoción contestó sencillamente, "Sí, Padre."

A pesar de una tristeza que le cogió, él mantuvo la calma. "Kateri," le preguntó, "¿no se encontró con alguien en el bosque para hablar con él?"

Se detuvo un momento; miró con ojos grandes y solemnes al sacerdote: "Sí, Padre, hablé con alguien en el bosque; pero no con hombres; oraba a Rawanniio." Con la cabeza entre las manos sollozó calladamente. Al rato se compuso y podía decir al Padre sobre su visita diaria de una hora de devoción en ese lugar escondido bajo los árboles. "Le ruego, Rakeni," concluyó, "que nadie sepa lo que hice cuando salía del campamento. Prefiero que me sospechen pero que no se revele mi dulce secreto para que todo el pueblo hable de ello."

Con toda la angustia disipada, ella se sintió en paz. "Si quiere verificar mis palabras," añadió con una pequeña sonrisa, "encontrará una cruz que grabé en la corteza de aquel árbol."

El sacerdote llamó a la esposa del cazador y le dijo que

había investigado el asunto; su preocupación fue sin fundamento. Ella debe deshacerse de esas sospechas y más bien dar gracias a Dios que su buen esposo nunca causó serio problema en toda su vida conyugal. "Vaya en paz, y olvídese de todo el asunto." Así concluyó su amonestación.

Él no se dio cuenta de que Anastasia y otras sabían de la cuestión. Por no explicar la razón por la cual Kateri había salido del campamento cada día, la señora no estaba satisfecha, ni tampoco las amigas con quienes había contado la respuesta.

Kateri todavía vio indicios de duda y sospecha por parte de aquellas mujeres. Le dolió profundamente, pero nunca trató de averiguar quién fue la primera en sospecharla e informar al ropanegra. Su corazón estaba en paz con Dios, y el resto no le importó. Por el amor de Cristo llevó la humillación, y ni una vez se refirió a la acusación ni trató de convencerlos de su inocencia. Pero resolvió nunca volver al campamento invernal. Mejor morir de hambre en el pueblo que exponerse ella y a algún hombre inocente de la sospecha de haber hecho mal. No supo cuál hombre, como ella, había sido víctima de ese malentendimiento.

A unos días Anastasia se convenció de su inocencia. Trató de averiguar lo que la joven dijo al sacerdote cuando él le cuestionó. Los ojos de Kateri se llenaron de lágrimas. "Madre, he prometido a nuestro Señor no defenderme ni hablar de eso con nadie. Pero si quiere, puede hablar con el sacerdote." Eso Anastasio lo temía hacer. La gracia de Dios ya había abierto los ojos. Dejó todas las dudas y nunca mencionó más el asunto, y se puso como antes con Kateri.

Poco a poco las otras mujeres también dejaron sus

malos pensamientos y nuevamente pensaron, como antes, que Kateri era un "ángel en persona." La última para convertirse fue la esposa del cazador, que había causado todo ese dolor de corazón. Se dio cuenta de que sus propios celos le habían guiado hacia el error. Después de la muerte de Kateri cuando muchas maravillas y favores espirituales fueron concedidos por los que pidieron por medio de la intercesión de Kateri, ella sintió tanto arrepentimiento y contrición que se acusaba públicamente de sus sospechas. Ella pidió perdón a su esposo y diariamente oraba por la intercesión de Kateri que Rawanniio le perdonara. Su congoja era tanta que el párroco tuvo que usar su autoridad para que recobrarla la paz del alma.

A los diez días después del retorno del campamento, el pueblo de Caughnawaga celebró las ceremonias de la Semana Santa. Para Kateri fue la primera vez que participó en esos ritos solemnes e impresionantes. Anastasia con frecuencia la animaba a que hiciera penitencia en honor de la pasión de nuestro Señor; y ahora repitió la exhortación con más énfasis. Tekakwitha ya hacía muchos actos de penitencia, pero sin que otros se dieran cuenta. Tegonhadshóngo explicó como los Iroqueses cristianos tendrían que hacer mucha penitencia por los pecados cometidos antes de su conversión; y además interceder por la nación entera de Ganeága, para conseguir la misericordia de Dios para ellos. "Si amamos a nuestra nación," dijo ella, "tenemos que orar y hacer penitencia por los que todavía no conocen a Cristo."

Sus palabras cayeron en tierra fértil. Kateri resolvió ofrecer a Rawanniio un tributo humilde de penitencia constante para la conversión de su querida nación. Eso iba a ser el gran apostolado de su vida. Había ayunado hasta la noche dos veces

a la semana. En adelante iba a ayunar hasta el día siguiente. Cada miércoles y sábado se levantaba antes que las demás y preparaba el desayuno, iba a misa, y después iba con el hacha al bosque para recoger leña. Sus parientes, pensando que había comido, gozaban del nutritivo *sagamité* que dejó para ellos. Por la noche regresaba agotada y cargada de leña. Tomaba un poquito de comida de la olla, sin dejar saber a ellos que sólo cogía un caldo sin maíz ni carne. Dilató más que un mes para que los parientes se dieron cuenta de su ayuno completo los miércoles y viernes. A pesar de sus admoniciones, ella rehusó hacerles caso y decía que no era nada sino un "pequeño ayuno".

Kateri no fue el único nativo de Caughnawaga que practicaba sacrificios extraños. Varios de los Iroqueses recién convertidos imitaron las mortificaciones de los santos, cuyas vidas contaban los ropanegras durante las instrucciones en la iglesia. Los Padres ignoraban el fervor en la penitencia, pues los cristianos nunca pensaron en pedir ni consejo ni permiso. ¿No eran los sacerdotes mismos quienes contaron de eso y así dieron la aprobación? Así sucedió que algunos hombres y mujeres llevaban cilicio, ayunaban, se exponían al frío feroz, y hacían otros castigos severos para reparar sus pecados pasados y para fortalecerse para cualquier sufrimiento que tendrían que pasar en el futuro.

Se explica las penitencias "desrazonables" al saber que esa gente simplemente retenían sus tradiciones pero de forma no pecaminosa. Desde niño habían aprendido ejercer su voluntad por aceptar voluntariamente dolores extremos, para que más luego podrían aguantar en silencio heroico las torturas impuestas por los enemigos. Lo que habían hecho con motivo de orgullo nacional y coraje resuelto, ahora lo hacían con

motivo de penitencia y fervor religioso.

Así, cuando era necesario, los Iroqueses cristianos mostraron igual heroísmo que sus hermanos no-cristianos; con excepción de que lo sufrieron en el servicio de Rawannío. Para dar un ejemplo: Un hombre de Caughnawaga de nombre Esteban el Hurón, practicaba penitencias extremas por muchos años junto con su esposa. Cierta ocasión cuando visitaban a Onondage ambos fueron agarrados por algunos indios borrachos, amarrados a una estaca y espantosamente torturaban con agua hirviendo, fuego, cuchillos y tizones. Durante toda la prueba penosa, Esteban nunca lloró de dolor sino siempre animaba a su esposa de invocar el santo nombre de Jesús. Antes de morir cuando le sacaban los ojos, rezó en voz alta por sus verdugos, pidiendo a Rawannío la misericordia para sus almas.¹²

Se entiende, pues, porque Kateri practicaba penitencias y mortificaciones que parecen extremas y insensatas a los lectores modernos. En el alma de esta joven modesta y gentil yacía un rasgo heredado de la raza mohawk, la determinación inflexible y el coraje heroico. Con la urgencia ardiente de su amor a Dios y al prójimo, este coraje indómito se manifestó en su deseo insaciable para el sacrificio y desagravio. No quería la salvación sólo para ella misma, sino quería pedir la misericordia de Dios para su nación que todavía "se encuentran entre tinieblas y sombras de muerte" (Lucas 1:79). Así luchaba una fuerte batalla espiritual entre hambre y frío atroz, en oraciones

¹² Carta de Père Cholenec del 27 de agosto de 1715, en el archivo de San Jerónimo, Quebec.

largas y noches sin dormir, para obtener la salvación de su querido pueblo, los Mohawks.

Después de pasar tres días de silencio en honor de la pasión de nuestro Señor, resonaron por todo el pueblo y alrededor, las campanas solemnes y gozosas de la Resurrección. Los cristianos acudían a la casa de Dios para asistir a una misa solemne. Todos estaban vestidos de gala. Cintas para la cabeza y otras cintas coloreadas para adornos, además de las cobijas de las mujeres, brillaron en el sol como un campo inmenso de flores incontables. El altar fue decorado con ramas de siempre verde y otras plantas verdosas. En contraste de esa manifestación natural estaban las candelas con las luces titilando en el viento suave. El coro de niños, alternando con la congregación, cantó los himnos de la misa y cantos jubilosos de la Resurrección, mientras nubes de incienso se llevaban al aire desde el santuario y por toda la iglesia. Seis niños mohawks, como monaguillos, llevaban ornamentos rojos y blancos. P. Chauchetière cantó el Evangelio con una voz sonora y resonante. P. Cholenec dio el sermón.

En esta misa solemne Kateri recibió su segunda Comunión que anhelaba por tres largos meses. Desde entonces podría acercarse a la mesa del Señor cada domingo y festividad.

Al atardecer Anastasia le preguntó a Kateri: "Qué clase de regalo ofreciste hoy al Señor, hijita?" Respondió: "Mi alma le di a Jesús en el Santísimo Sacramento, y mi cuerpo a Jesús en la Cruz."

El Hallazgo del Tesoro Escondido

El último domingo de abril de 1678, Tekakwitha estaba sentada bajo la cruz grande hecha de madera y puesta en alto a la orilla del río fuera del pueblo. Una mujer se le acercó; era la joven viuda de un cazador oneida. Hasta entonces no se conocían.

"*Ségon*," le dijo. "¿Me permite hablar contigo?" Soy Theresa Tegaiagonta, de veintiocho años de edad, pero ya enviudada. Hace más de un año que mi esposo se enfermó durante la cacería y murió en el gran bosque del norte. Lo enterré allí. Ahora vivo con mi hermana y su esposo. P. Bruyas me bautizó en Onejut cuando yo tenía quince años."

"Soy Kateri Tekakwitha de la tribu mohawk."

La otra interrumpió: "Yo sé. Muchas veces la he visto en el templo. ¿Me puedes escuchar? Necesito tu ayuda, Tekakwitha, y estoy segura de que me entenderás."

Kateri señaló que sí: "Ven, Theresa, siéntate. Te ayudo en todo lo que pueda; pero creo que no será mucho. Pues voy despacito como una tortuga." Se sonrió del juego de palabras que hizo. "Ve, mis padres son del clan de la Tortuga."¹³

¹³ Cada tribu iroquesa consistía de varios clanes con nombres de animales. Los Mohawks tenían tres clanes: Tortuga, Oso, y Lobo.

Tegaiagonta comenzó a hablar con pena, pero pronto su espíritu interior le empujaba a relatar rápidamente lo que había oprimido su alma. "Tú sabes lo que les pasa a muchas mujeres que se casan con hombres no-cristianos. Yo fui una de ellas. Después del casamiento a los dieciocho años, caí bajo la influencia de mi esposo y sus parientes referente a mi vida religiosa. Era una diversión malévolamente para ellos sacarme de la fe y la práctica de ella. Yo no tenía la fuerza como la que tuvo una amiga que luchaba como gato montés y se mordía los labios hasta sangrar para no tragarse el whisky que le forzaban a tomar. Yo no resistí, y pronto la borrachera me envió. Me integré en el grupo de la Danza Negra; engullimos tanto aguardiente que después hacíamos actos salvajes. Afortunadamente no recuerdo nada de las orgías, pues estaba demasiado borracha. Vivía como un no-creyente, pero en el fondo de mi corazón sentía la voz de la conciencia que me remordía. Hace dos años mi hermana se vino al pueblo de oración, y persuadí a mi esposo que viniéramos con ella. Él lo aceptó, y así vinimos a Caughnawaga. Aquí me confesé y resolví vivir como cristiana fervorosa. Pero no pude dejar el vicio. Íbamos a Montreal para comprar aguardiente y en secreto lo tomábamos en el *wigwam*. Por descuido caí nuevamente, y no me acercaba a los sacramentos, ni rezaba. Por varios meses vivía así. Fue una vida infeliz y miserable.

El año pasado los dos salimos para la cacería. Yo llevaba al hijo pequeño de mi hermana; ya sabe como les encantan a los niños las aventuras del bosque. En el camino nos encontramos con un pequeño grupo de Mohawks y Sénecas quienes nos invitaron a acompañarles. La temporada de nieve no había llegado todavía y todos los animales se fueron a otras partes. Pronto sufrimos un hambre terrible. Yo cocía pedazos de cuero de venado que tenía para hacer mocasines. Los

masticamos y los comimos, y después vivimos de raíces, bejucos y frutillas. Mi esposo se enfermó y murió, como le dije. Durante las últimas horas se arrepintió de corazón por no haberse convertido a la cristiandad. Recé con él hasta que dejó de latir el corazón; entonces lo enterré bajo un abeto.

Mientras tanto los demás se habían ido adelante. Los seguía, llevando al niño a tuto, pues las piernas ya no lo soportaban. Tambaleándome logré alcanzar a los hombres después de dos días. Todavía no habían cazado nada. Me miraron con ojos enloquecidos por un hambre desesperada. Me pareció que esperaban que me desmayara para que pudieran matarme y comer mi carne para salvarse la vida. Sabe que algunos cazadores lo hacen cuando el hambre les paraliza la mente.

Un miedo espantoso me agarró. No fue tanto la amenaza de la muerte -- estaba medio muerta -- sino el pensamiento de que pronto mi alma estaría frente a Rawannío con todas las promesas quebradas y pecados no confesados. 'O Dios,' gritó mi corazón, 'déjame volver a Caughnawaga. Me confesaré y dejaré los vicios y haré penitencias severas por los pecados de mi vida pasada.' En su misericordia el Señor me oyó la oración. A unas horas noté huellas de algún animal en la nieve y grité a los cazadores. Siguieron las huellas y al rato encontraron un lobo andando con dificultad en los montones de nieve. Lo mataron, y todos caímos encima como fieras, chupando la sangre, masticando la carne cruda y comiendo la delgada capa de grasa que tapaba la barriga. Inmediatamente nos sentimos con nueva vida y fuerza. Las caras de los hombres se perdieron su semblanza de locura y volvieron en sí.

Después de destazar el animal, llevamos todo: pellejo, cabeza, carne, grasa, huesos, órganos, aun las entrañas; nada se perdió. En todo el camino de regreso comíamos algo de esta provisión preciosa, pero solamente lo suficiente para mantener las fuerzas. Así llegamos al río Ottawa, construimos una canoa y remamos río abajo lo más rápido posible. Los dos últimos días no comimos porque se había terminado la provisión; pero no nos asustó, pues estábamos cerca de la casa. La gente casi no nos reconocieron; nos parecíamos a esqueletos."

"Sí. Oí de eso cuando vine en el otoño pasado," dijo Kateri. "Dijeron que te pareciste a un *gagosa* (fantasma) vestida de trapos, y tu cabeza como una calavera." Mirando a Theresa, sonrió: "Viéndola ahora de buena salud es difícil creer que eres la misma persona."

Theresa lo admitió. "Sí, por la misericordia de Rawannío me he recuperado de esa prueba penosa, y mi cuerpo está más sano que nunca, probablemente porque he dejado de tomar. Pero mi alma, Kateri, ¡mi pobre alma! Me he confesado bien y tratado de vivir una vida nueva. Sin embargo, mi fervor se hace cada vez más débil. Soy tan floja y vacilante que pospongo las penitencias de un día a otro, siempre hago nuevos propósitos sin cumplir ninguno. Debe ser más fácil ahora que no estoy bajo la mala influencia de mi esposo, pero mi voluntad es tan débil. ¿Me ayudarás, Kateri? Por favor, guíame, animame, regáñame, y ayúdame a ponerme seria en mi vida espiritual." Se inclinó, con la cabeza en las manos, y echó a llorar.

Tekakwitha pasó un momento en silencio. Entonces puso la mano sobre el hombro de Theresa suavemente y dijo: "Gracias a Dios que me contaste tu historia. Ahora no te

preocupes. Con la ayuda de Rawanniio todo estará bien. Tienes que ser alegre y viva; así la hizo Dios. Hasta los sacrificios son más agradables a él cuando se los ofrece con alegría. Respecto a una vida de penitencia, no te voy a enseñar, ni regañar, ni amonestar. Seremos amigas y haremos juntas las penitencias."

"¡O Kateri, gracias!" Con los ojos llenos de lágrimas de agradecimiento, Theresa miró a Tekakwitha y sonrió.

Así comenzó una amistad que trajo muchas bendiciones a las dos. Bajo la influencia callada y decidida de Kateri, Theresa se puso leal y ferviente en la fe, constante en la penitencia y de conciencia pacífica. Por otro lado, Kateri halló en ella una compañera que dio alegría a la soledad sin distraerla de Dios ni de cosas espirituales. La manera viva y amistosa de Theresa, con su sentido de humor y mente práctica, formó un buen complemento a la manera tímida de Kateri. Pronto eran como hermanas, trabajaban juntas en las plantaciones, oraban juntas en el tiempo libre, y hablaban animadamente de los planes espirituales. Tekakwitha sugirió actos de penitencia que cada una podía hacer en la privacidad de su cabina.

En el verano de 1678 Kateri hizo su primer viaje a Villa María, como fue llamado Montreal en ese tiempo. Un grupo de mujeres viajaron en dos canoas desde Caughnawaga, siguiendo la gran curva del río hasta llegar al pueblo francés que tenía como mil habitantes. Podían ver en la distancia la roca majestuosa de la "Montaña del Rey" (Monte Real), más elevada de los bosques alrededor.

Las indias llegaron para vender sus manualidades en el mercado de los blancos. Kateri también llevaba cobijas de

cuero de venado, fajas y mocasines de cuero, y bordados artísticamente elaborados con *wampum* de vidrio. El pago para estos artículos entregaría a Onas para el mantenimiento de su familia. Cargando los bultos, las mujeres caminaron por la calle San Pablo que cruzaba todo el pueblo. Mientras las demás fueron al mercado, Kateri y Theresa visitaron un hospital llamado el Hotel de Dios, del cual había oído muchos relatos raros. Mujeres blancas, según el relato, cuidaban a los enfermos, tanto a los carapálidos como a los indios, en ese complejo de edificios dentro de fuertes palizadas. Esas mujeres vivían como familia, y pareció que no tenían esposos, y pasaban todo el día en el servicio a la caridad. También rezaban mucho, y daban de comer a los pobres que llegaron a la puerta. Todas se vestían igual, eran alegres y amistosas, y muchas hablaban el idioma iroqués.

Con razón las dos jóvenes estaban curiosas y querían verlas. Kateri con su timidez no se atrevería ir sola, pero Theresa que era aventurera y atrevida le animaba. "No tengas miedo," dijo con una risa. "Estas mujeres tienen que ser buenas. No tienen *tomahawk*. Lo peor que pueden hacer es correrlos."

Cuando se acercaban al portón, una de las monjas que las había divisado les abrió una puerta pequeña y las recibió con una sonrisa. "Me imagino que vienen del pueblo de oración," dijo, señalando las cruces que llevaban al cuello. "¿Les gustaría ver nuestro lugar?" Ella hablaba en el idioma mohawk.

"*Assontaté*," (si nos permite), contestó Theresa. La monja les invitó que dejaran sus bultos en la estación del portero; entonces las llevó por los edificios de madera que

estaban dentro de las palizadas. En cada sala vieron dos o tres de esas mujeres buenas sirviendo a los enfermos, dándoles de comer, ajustando los catres y almohadas, dándoles medicina o poniendo vendas a las heridas. Theresa preguntó algunas cosas a la monja a que contestó con gusto. Finalmente, pasando por el huerto donde las vacas y ovejas pastaban entre los árboles, Tekakwitha superó su timidez y preguntó acerca de la vida de las damas blancas que trabajaban en el hospital. Por la primera vez oyó sobre órdenes religiosas para mujeres, de su vida en común y ejercicios espirituales, sus labores apostólicas en hospitales y escuelas, y otras obras de caridad. Cuando la monja explicó que ellas no se casan para estar completamente libres para el amor y servicio a Rawanniio, Kateri tembló de emoción.

"¿Estamos permitidas dejar la vida matrimonial por amor de Dios como hacen los ropanegras?" preguntó.

La monja se rió. "Claro que sí, hija. Nuestro Señor invitó no sólo a hombres sino también a mujeres a seguir su ejemplo. No lo demanda; de hecho él quiere que la mayoría se casen y sigan una vida santa en el matrimonio. Pero si alguien quiere dedicarse sólo a él y sacrificar las gracias del matrimonio, lo acepta como un ofrecimiento especial de nuestro amor." Ella explicó las palabras de nuestro Señor sobre los consejos evangélicos.

Una gran luz iluminó el alma de Kateri al escuchar esta explicación. Todo se le aclaraba. El desinterés que sentía de enamorarse no era actitud anormal o sin razón. Lo reconoció como una comunicación de Dios ofreciéndole la invitación de seguir a Jesús según los consejos evangélicos. Su corazón se desbordó de paz y felicidad, y se llenó con el deseo de cantar

de júbilo. Sin embargo guardó silencio, dio gracias a la monja y salió calladamente del hospital Hotel de Dios.

Se sentaron bajo la gran cruz fuera de Caughnawaga compartiendo sus experiencias en Villa María. "Estoy convencida," dijo Kateri, "de hacer la promesa de virginidad a Dios como lo hacen las damas blancas del hospital. Por supuesto, no podré ser miembro de su comunidad, pues soy sólo una pobre joven india sin educación. Pero sí, es posible amar a Cristo y tomar un voto de castidad aunque no sepa leer ni escribir."

Theresa estaba totalmente de acuerdo. Ella también quería dedicarse a la santificación de su viudez y vivir según los consejos evangélicos. En su vivacidad exclamó: "¿No podríamos vivir juntas como monjas en el vecindario y servir a Dios en la soledad, oración y trabajo? Lo que ganamos de nuestros trabajos manuales podremos usar para la caridad hacia los pobre y los enfermos."

Kateri lo vio muy atractivo. Pero de su manera más calma y prudente, después de pensar un rato, dijo: "Yo creo que debemos buscar a otra compañera que sepa más que nosotras sobre la vida comunitaria de las hermanas. Ella nos podría dirigir con su consejo y ejemplo, para que no cometamos errores. ¿No te parece?"

"Yo conozco a alguien," respondió Theresa, "quien sería la persona que buscamos. No es casada, lleva una vida de oración y conoce mucho sobre las hermanas. Ella me contó que vivía en la casa de las hermanas por un tiempo y observaba todos los detalles de su horario y ejercicios espirituales. Tú

sabes de quien hablo: María Skarishions. Le preguntaré si quisiera acompañarnos."

Al día siguiente Skarishions se encontró con ellas al pie de la cruz. Ella tenía como treinta años, era una mujer amigable, con energía y auto dominio. Después de escuchar los planes, aceptó tomar parte con ellas en su santa ventura y empezó a trazar los requisitos necesarios. Las tres tendrían que adaptar la regla de las monjas que conocían en Quebec. Deben vestirse lo mismo, vivir en comunidad, tener un *wigwam*, un oratorio para oraciones en común, una plantación para maíz y frijoles, y un huerto para verduras y flores. Entonces describió la rutina cotidiano de este nuevo "convento".

"¿A dónde iremos a vivir?" preguntó Theresa. Mirando detenidamente alrededor y escudriñando el paisaje, los ojos brillaban con alegría al ver la Isla de las garzas en medio del gran río. "¡Allí está!" exclamó. "El lugar preciso donde nadie nos perturbará."

Las otras estaban de acuerdo. Tekakwitha, sin embargo, ofreció una cosa más. "Tenemos que estar seguras de que ésa es la voluntad de Dios. Una de nosotras debe ir donde P. Fremin para pedir su aprobación para que nada se haga contra la obediencia."

"Ve tú, Theresa," urgió María Skarishions. "Dile todo en confianza y pídele que no hable con nadie del pueblo sobre nuestros planes."

Entonces Theresa fue a la casa misional y relató al sacerdote de la comunidad religiosa que querían establecer, pidiendo su consentimiento y aprobación. Mientras Theresa

hablaba, una pequeña sonrisa se formaba en la boca del ropanegra. Cuando terminó ella, él dio una risa amistosa. "Pero, hija, las tres no tienen experiencia en la vida comunitaria y no son preparadas. Aun los santos tuvieron que trabajar muchos años para establecer sus comunidades religiosas; ¿y ustedes quieren hacerlo de la noche a la mañana? No sería posible. Además ¿qué pasaría si fueran a esa isla? Muchos cazadores, cristianos y no-creyentes, posan allí en camino a Montreal. Su *wigwam* estaría repleto de hombres jóvenes a cualquier hora de día y noche. ¿No pensaron en eso? No, hija, no es la hora todavía para abrir un convento en Caughnawaga. Sin embargo, su plan muestra muy buena voluntad y Dios les va a bendecir. No deben soñar de hacerse monjas. Vivan siempre en las casas de sus familias y santifiquen sus almas en las cosas ordinarias de nuestro pueblo. Ciertamente, no voy a mencionar nada a nadie, como me piden. Ahora vaya en paz, y que Dios le bendiga."

Cuando ella salió, el ropanegra se sonrió otra vez. ¡Qué idea tan rara y romántica! Pero fue impresionado por el celo y piedad de estas jóvenes.

Cuando Theresa les dio el mensaje, primeramente se sintieron desilusionadas; pero después se dieron cuenta de que tenía razón el sacerdote. P. Chauchetière, quien escribió unos años más tarde la biografía de Kateri, terminó este episodio encantador con este comentario: "Inmediatamente ellas dejaron la idea de una vida comunitaria y no pensaron más en un convento en la Isla de las garzas."

Enita estaba muy preocupada por su hermana. Sabía su renuencia respecto al matrimonio. "Ya es la hora," dijo Enita

a su esposo, "que Kateri deje su actitud irracional. Pronto va a cumplir veintitrés años. Si se hubiera casado al venir aquí a Caughnawaga, ya estuviera bien establecida y probablemente con un hijo propio. Vuelvo a hablar con ella." Lo hizo cuando caminaba al campo. Hablando claramente Enita explicó porque Tekakwitha por fin debe escoger a uno de los buenos jóvenes del pueblo; muchos de ellos estarían muy contentos en tenerla como esposa.

Kateri escuchó sin interrupción. Se sentía triste y desanimada, porque esperaba que iban a dejarla en paz. ¿No le había expresado muchas veces su deseo de permanecer soltera? Ahora Enita menciona otra vez el asunto de manera urgente y vergonzosa. Controlándose, Kateri dijo con calma, "Gracias, querida hermana, por tu interés y consejo; pero una decisión tan importante como ésta no puedo contestar inmediatamente. Por favor ten paciencia. Mientras tanto, oremos al Rawanniio que él me enseñe el camino según su voluntad." Enita se encogió de hombros y entró al maizal en silencio.

Ya llegó el tiempo para hablar con el ropanegra. Tekakwitha fue donde P. Cholenec y le contó de la insistencia de su hermana y de su propio deseo de dejar el matrimonio por amor a Cristo. El sacerdote se asombró que una joven india apenas tres años de ser católica, tendría un entendimiento tan claro del celibato religioso. Sin embargo, para probarla, él enumeró todas las razones en contra de su decisión.

Kateri se inquietó profundamente. Cuando él terminó, ella lo miró con una desesperada expresión de socorro. "Rakeni, no soy dueña de mí misma; me he dado completamente a Jesús. Él tiene que ser mi único amor. De caer en la penuria si no me caso, no me asusta. Necesito sólo

un poquito de comida y unas piezas de ropa. No quiero nada más. Con las manos trabajaré siempre por lo necesario, y lo que sobre lo daré a mis parientes y a los pobres. Si me enfermo y no puedo trabajar, seré como el Señor en la cruz. Él me tendrá misericordia y me ayudará. Estoy segura." Una pequeña sonrisa se formó. "Padre, ¿usted tenía miedo a la pobreza cuando dejó todo y se hizo sacerdote para trabajar entre nosotros, los pobres de la misión?"

El jesuita estaba apenado. ¿Qué podría contestar? "Vaya con Dios, Kateri," dijo finalmente, "considere su decisión en la oración. Si el Señor de veras la llama a una vida de virginidad por amor a él, no la voy a detener ni disuadir de ninguna manera. Sea paciente si los parientes insisten, pues ellos buscan su bien; pero no tiene que seguir su consejo. Yo, también, pediré la luz en este asunto; y después de unas semanas, con la gracia de Dios hablaremos de su decisión final."

Kateri entró en la iglesia y se arrodilló, su corazón lleno de gratitud. La respuesta del sacerdote le trajo consuelo y fortaleza. Sintió claramente que la Providencia divina le guiaba paso por paso hacia la gran meta de su vida. "Voy a orar fervientemente y hacer mucha penitencia," se dijo, "para obtener este don precioso de virginidad perpetua del Sagrado Corazón de nuestro Señor."

Al correr de las semanas, Kateri no mencionó nada sobre el matrimonio. Enita perdió su paciencia y puso queja a Tegonhadshóngo. Nuevamente las dos presionaron la joven para una decisión rápida. Tekakwitha escuchó pero no cedió a los deseos de ellas. Esta resistencia hizo surgir un resentimiento

en Anastasia. Después de todo ¿no fue ella el ama de casa, maestra de Kateri, una amiga maternal desde el día que nació? Su edad avanzada y su experiencia deben llevar importancia, mas bien, Kateri respondió a las advertencias y admoniciones con desdén. Cierta día Anastasia se molestó tanto que con una justa indignación la regañó, acusándola de terquedad, desobediencia y falta de respeto. Fue una escena muy penosa. La joven se echó a llorar y tembló con angustia. No se defendió pero tampoco prometió casarse. Por fin la matriarca enojada se tapó la cabeza con una cobija y salió del *wigwam*, diciendo que iba a ver al párroco. ¡Que él iba a quebrar la oposición de Kateri y hacerle obedecer! Cuando ella había salido, Kateri, todavía sollozando, cogió un balde y salió calladamente de la casa hacia el campo para regar el maíz.

P. Cholenec escuchó las palabras excitadas de Anastasia. Pensativo, él se tocaba la barba sin interrumpir ni dar señal de impaciencia. Ella estaba convencida de que él iba a llamar a Kateri, regañarla, y mandarla que se casara sin demora. Tan grande fue su sorpresa cuando él respondió con firmeza y severidad: "Me sorprende que usted, una cristiana de muchos años, sincera y piadosa, condena y censura a una joven que quiere renunciar el matrimonio por el amor de Cristo. Kateri merece un alto elogio. Si su propia fe fuera más profunda y más fuerte hubiera reconocido hace tiempo que la vida de virginidad religiosa es algo grande y precioso a los ojos de Rawanniio. No quiero oír ninguna palabra más en contra de la joven. Su vocación es santa ante Dios; y nosotros los sacerdotes, lejos de oponernos, la vamos a apoyar."

Anastasia se quedó inmóvil como si alguien la hubiera apaleado; pero su mente estaba clara y activa. De repente vio su gran error. ¡Cómo pudiera haber sido tan ciega! Ciertamente

Dios puede dar a una joven india la misma gracia y vocación que dio a las mujeres de Raseroni en Villa María. Por ser tan sincera y honesta, Anastasia prorrumpió en sollozos por su error, pidió perdón al ropanegra y prometió terminar su presión sobre Kateri.

En la casa le contó a Enita lo que P. Cholenec dijo y se echó la culpa a sí misma por la angustia y la injusticia que ella le había causado por su insistencia insensata. Ambas derramaron lágrimas de vergüenza y arrepentimiento. Al regresar de la plantación temiendo lo que le esperaba, Kateri fue recibida con suma bondad y cariño. Ambas mujeres mostraron cierta admiración y reverencia. Anastasia no mencionó su visita al ropanegra ni lo que él dijo; pero ni ella ni Enita hablaron más de ese asunto.

Pasó la tormenta. Kateri pudo caminar en paz, sin interferencia de los parientes. Todo el esfuerzo de su alma pudo dedicarse a la lucha de perfección espiritual por medio de la práctica heroica de caridad, penitencia, oración y sufrimiento. Un impulso fuerte e implacable le urgía día a día. Sabía que tenía corto tiempo en la tierra y que tenía que usar cada hora a lo máximo en el amor y servicio de Rawannío.

Llegó el mes de enero y el pueblo de Caughnawaga se alistó para la gran cacería del invierno. Kateri pensó quedarse en casa. Daba una sonrisa a todos que le advirtieron que el aire fresco de la montaña y la abundancia de carne eran indispensables para su salud. Dijo que el aire y la comida del pueblo satisfecería sus necesidades.

Unos días antes de la salida, P. Cholenec le preguntó en privado: "¿Cómo van las cosas, Kateri? ¿Todavía piensa llevar una vida de virginidad para Cristo?" "Más que nunca, Rakeni," respondió ella. Entonces le pidió permiso para ofrecer su decisión en forma de voto religioso, como hacen las religiosas de Villa María.

"Pero, hija, no puede ir a Villa María y entrar al convento de las monjas," él dijo con una sonrisa. "Primero tendría que aprender a leer y escribir, y otras cosas duras también."

"No quiero ir allá, Padre," replicó con ánimo. "Soy una joven india sencilla y pertenezco a mi pueblo. ¿No puedo tomar mi voto aquí mismo? No creo que Jesús se enojaría si sigo viviendo con mi familia, sin educarme como las monjas blancas." Ella dio una sonrisa tímida: "La Virgen María no vivió en un convento tampoco."

El ropanegra consideró la pregunta. Finalmente dijo: "Sí, Kateri, tiene razón. No tengo duda de que Dios le ha llamado al estado de virginidad en celibato. Puede tomar el voto de virginidad; pero tiene que prepararse para el gran evento. ¿Qué le parece la Festividad de la Anunciación, en tres meses? Puede unirse con la Virgen Santísima en ese día festivo y decir con ella: 'He aquí la esclava del Señor.' ¿Será, entonces, el veinticinco de marzo?"

Sus mejillas brillaban con entusiasmo. No sabía si debía reír o llorar de contento. "¡O, gracias, Padre!" exclamó con el corazón desbordándose con gratitud y felicidad.

"Hay una cosa más, Kateri," continuó el sacerdote. "Me dijeron que usted no va al campamento. Tiene que tomar en cuenta su salud. La caminata en las montañas y la carne fresca le harían mucho bien. ¿Por qué no va con los demás?"

Se rió pero se volvió seria. "Es cierto, Rakeni, hay mejor aire y más comida en el campamento; pero el alma sufre hambre en la selva. Aquí en el pueblo tendré sólo maíz y pescado para el cuerpo, pero mi alma se nutrirá con la Santa Comunión; y podré visitar al Santísimo todos los días. -- Si usted dice que me vaya, obedeceré, Padre; pero si me da la libertad, escojo permanecer aquí y preparar mi alma para el día de mi voto."

La Radiante Puesta del Sol

Kateri se quedó en Caughnawaga. Por ser la única persona en la casa larga mientras los demás estaban en el campamento, ella dedicaba tiempo a la oración, penitencia y caridad. Nadie estaba para presenciar sus mortificaciones y sacrificios cada vez más rigurosos. Cada mañana después de asistir a dos misas, ella pasaba por el pueblo con una canasta pesada, atendiendo a los enfermos y ancianos. Les traía leña, *sagamité*, y pescados que ella pescaba en el río. Después de atender el fuego y traer agua fresca del manantial, ella los peinaba y untaba su pelo con aceite, arreglaba los catres y averiguaba si tenían lo necesario.

Por supuesto no era la única persona que cuidaba de los necesitados en el pueblo durante la cacería. Otros hombres y mujeres sin suficiente fuerza para andar en los bosques pero con buena salud, se dedicaban a la misma tarea. Tekakwitha asumió la tarea de atender como a diez o doce *wigwam*. Así estaba ocupada hasta mediodía. Platicaba amigablemente con los ancianos, y con palabras graciosas daba alegría a los tristes mientras hacía los quehaceres. P. Fremin, que la observaba con frecuencia durante el verano, apuntó en su diario que ella era "un ángel de caridad". No sabía que debajo de su vestido ella llevaba una faja de penitencia de cuero duro en la cual había cocido pedacitos de madera, para poder sufrir dolor e inconveniencia que la recordaba la Pasión de nuestro Señor.

Durante la tarde, pasaba horas arrodillada en la capilla, orando y meditando. Cuando uno de los sacerdotes la miraba temblando de frío, la invitaba a la casa misional para calentarse al fuego. Agradecida, aceptaba la invitación pero se quedó por muy poco tiempo. "Gracias, Padre," decía, "Estoy bien ahora"; y regresaba a la iglesia.

Theresa había ido al campamento con sus parientes. Kateri la apoyaba por medio de oración y sacrificio, como prometido. Con ansia esperaba su regreso, para que pudieran rezar juntas el rosario y conversar de cosas espirituales. También le hacía falta la personalidad viva y calurosa de su amiga; fue la única satisfacción natural que permitió a sí misma, algo que agradeció mucho.

Cuando los cazadores volvieron con sus familias a mediados de marzo, el pueblo se despertó con nueva vida. Los parientes se asustaron al ver la apariencia de Kateri. "Mi pobre conejita," lamentó Anastasia, "eres sólo hueso y pellejo. Tanta hambre aguantabas, mientras nosotros comíamos bien en el campamento. Ahora te daremos raciones extras; tienes que ponerte fuerte nuevamente." Kateri se rió. "Pero, Madre, tengo suficiente fuerza. Perder de peso no es tan mal. Si los músculos están en buenas condiciones, uno puede trabajar bien." Durante las semanas siguientes ella trabajaba igual que las demás en el campo, en el bosque y en el *wigwam*.

El Día de la Festividad de la Anunciación de María, Kateri pronunció en privado el voto de virginidad perpetua. En su oración después de la Santa Comunión ella renunció solemnemente a la felicidad de vida conyugal y se ofreció al Señor como su esposa espiritual. Después puso su nuevo

estado de vida bajo la protección especial de la Santísima Virgen María. Fue la primera joven entre los Iroqueses que se comprometió por voto religioso a guardar los consejos evangélicos.¹⁴

En adelante procuraba vivir como religiosa. Por su manera prudente y práctica, ella escogió no dar muestras externas de la vida religiosa: no llevaba nada distintivo en la cabeza, ni velo ni hábito; pero llevaba siempre la ropa sencilla que andaba desde su llegada a Caughnawaga. Nunca jamás usó los ornamentos de cintas coloreadas acostumbradas, ni *wampum* brillante. Los actos de penitencia los hizo en secreto; sólo Theresa se dio cuenta de ellos.

Poco después se decía en el pueblo que Kateri se veía solamente en camino a la iglesia, en visitar a los pobres y en la plantación. No tomaba parte en las diversiones como juegos, danzas, visitas sociales ni comidas festivas. Cuando caminaba por el pueblo con la cobija dando sombra a los ojos, la gente la miraba con reverencia. Pero cuando alguien le habló, levantó la cabeza, se sonrió y escuchó con atención. Siempre contestaba de manera amigable pero breve. Si alguien le pedía visitar algún enfermo, lo aceptaba con gozo y respondió sin demora.

Los franceses también que llegaban de vez en cuando desde Villa María o La Prairie, la observaron con una combinación de curiosidad y respeto. La llamaban "la joven india que vive como monja". Ella nunca se dio cuenta de esa

¹⁴ Otra joven iroquesa, *María Theresa Gannensagwas*, de la tribu séneca, siguió a Tekakwitha en la vida religiosa después de unos años. Ella había estudiado en la escuela de las hermanas de Notre Dame en Montreal, y entró al noviciado de las hermanas religiosas donde hizo sus votos en 1684. Ella fue la primera joven iroquesa que se hizo monja.

admiración, pues nunca miraba a su alrededor sino guardaba la recolección.

Además de sus penitencias privadas, Kateri ahora hizo muchos actos de mortificación junto con Theresa. En el frío congelable de verano y de temprana primavera, ellas caminaban a lo largo de la ribera rezando el rosario, vestidas en ropa liviana. Muchas veces lo hacían descalzas sobre el hielo hasta que los pies sufrieran la tortura de congelarse. En el verano sufrieron el calor y sed, y con frecuencia, en algún lugar escondido del bosque, se pegaban con ramas de arbusto espinoso hasta que sangraban los hombros. Cierta día Anastasia, quien también se inclinaba a mortificaciones severas, notó sangre en la blusa de Kateri. Inmediatamente adivinó la causa y advirtió a la joven que moderara su celo. "Vas al extremo," le exclamó. "Siendo débil por naturaleza, eres tonta derramar más sangre por el azote imprudente. ¿No sabes que es prohibido el suicidio?"

Kateri apenas respondió con una sonrisa. "No es tanto, Madre. Sólo pienso en Jesús azotado y mis penitencias pequeñas se parecen como nada, como juego de niños."

Al final de verano de 1679, ella cayó muy enferma. Por más de dos semanas la fiebre era tan alta que parecía que no se aliviaría.

De repente Theresa se puso inquieta y preocupada. Se le ocurrió de que la condición de Kateri tal vez fue debida a los azotes frecuentes que ambas habían hecho sin el permiso del ropanegra. Theresa, fuerte y robusta, había sugerido penitencias sin tomar en cuenta la debilidad y agotamiento de su

amiga. Ahora su alma fue torturada por la culpa y el reproche; si se muere Tekakwitha, ¿no sería ella la culpable de esa muerte prematura?

Por fin descubrió sus escrúpulos a Kateri y le pidió su consentimiento para informar al sacerdote, para que encontrara consuelo y alivio en su angustia. Kateri consintió inmediatamente, aunque se sonrió por la excesiva preocupación de su compañera. Tagaiagonta fue de prisa al *wigwam* de los ropanegras y reportó todo el asunto a P. Cholenec. Él disimuló su asombro por ese celo de penitencia extraordinaria. Entonces, con una explicación breve y clara dejó en paz la conciencia de Theresa; pero firmemente prohibió tales mortificaciones exageradas en el futuro. "Nada de sangre por sus propias manos," terminó amistosamente. "Si Rawanniio quiere que derramen sangre por el amor de Cristo, otros se lo harán, no ustedes. Ahora vaya en paz, y que Dios bendiga a las dos."

Tekakwitha se recuperó, pero lentamente. Después de unas semanas estaba caminando y haciendo los quehaceres rutinarios, aunque todavía estaba débil. Iba a la iglesia cinco veces al día, como era su costumbre hacía un año. Pronto reanudó las penitencias, omitiendo sólo el azote, pero lo sustituyó por otra cosa. Secretamente puso en su cama leña menuda del abeto para sentir dolor e incomodidad durante la noche.

Durante todo el otoño no podía dominar el agotamiento que la oprimía; era como un saco de plomo que le dificultaba a hacer todo lo que hacía. Es que todavía tenía una calentura; pero no la mencionaba y disimulaba su cansancio. Más y más sus pensamientos giraban hacia la muerte. No le temía; al contrario, su alma se regocijaba con la salida para "el *wigwam*

de la Eternidad". Lo que sí le preocupaba era que tal vez no había practicado suficiente oración y penitencia aquí en la tierra.

Un sobrino de seis años de edad, hijo de Enita, murió a fines de octubre. Según la costumbre, las mujeres de la familia abrieron el hoyo en el cementerio cerca de la cruz fuera del pueblo. Una de ellas, descansando un rato del calor, preguntó chistosamente: "Kateri, ¿dónde va a estar tu tumba?" Tekakwitha, siempre sonriente y lista para seguir el hilo de una broma, miraba a su alrededor como registrando el lugar. Entonces señalando la orilla de la ribera contestó con una sonrisa, "Allí estará." Todas se rieron, y el incidente pasó al olvido.

A los seis meses cuando Kateri murió y fue sepultada, sus compañeras de repente recordaron sus palabras, pues su sepultura estaba en el lugar exacto que ella había indicado. P. Cholenec escribió en su biografía: P. Chauchetière quería que ella estuviera enterrada en la iglesia; pero yo no estaba de acuerdo, y yo mismo designé el lugar de la sepultura. Yo no sabía hasta después, que ordené el entierro en el mismo lugar donde ella había señalado."¹⁵

Durante el invierno Kateri sufrió mucho de ataques de fiebre y tuvo que pasar mucho tiempo en cama. Después de haber cuidado a muchos enfermos por dos años, ella dependía de la caridad de otros. Era la costumbre entre los Iroqueses de

¹⁵ *La Vie de Catherine Tegakoūita, Première Vierge Iroquoise*, Manuscrito de Padre Cholenec, Archivo de los jesuitas, San Jerónimo, Quebec.

atender a los enfermos por la mañana y por el atardecer, excepto si un cuidado constante fuera necesario. Durante el día toda la gente estaba en el campo. Los pacientes se quedaban solos hasta que la familia regresaba al atardecer. Al lado del catre habían un plato de *sagamité* y una porra de agua, para que el enfermo pudiera refrescarse durante las largas horas.

En la temporada de la cacería cuando los parientes de Kateri estaban ausentes, ella recibía el cuidado por manos de una ancianita que llegaba en la mañana y al atardecer. El resto del día pasaba en oración y meditación.

Cuando le dejó la fiebre ella salió y comenzó nuevamente sus visitas a los enfermos y ancianos del pueblo, y también sus visitas al Santísimo Sacramento del Altar. Por estar demasiado débil para arrodillarse recta, ella se apoyaba contra la banca.

Cuando llegó la Cuaresma Kateri duplicó sus penitencias. Con el obstinado coraje de su raza, ella forzó el cuerpo hasta el extremo para dar a Rawanniio un tributo de amoroso desagravio. Ella caminaba sobre las congeladas aguas del río rezando su rosario para la conversión de su pueblo. Un día pensó cómo los Iroqueses marcan con fuego el pie derecho, superior al tobillo, de las esclavas, como marca indeleble de su servidumbre. De repente le vino la idea de que ella también debe llevar una señal de su servidumbre amorosa a Cristo. ¿No le había prohibido el sacerdote el derramamiento de sangre? Pero las ampollas de una quemadura no sacan sangre. Por eso pensó que no era una desobediencia. Entonces quitó del fuego un tizón ardiente y lo colocó fuertemente en la carne de su pie, al mismo tiempo susurrando una oración ferviente a Jesús. Por poco se desmayó del dolor; pero la fuerza de su voluntad

superó esa prueba espantosa, y ella pudo mantener el tizón contra el pie por igual tiempo que sus paisanos no-cristianos le hacían a una esclava. Con eso tuvo su sello de honor, indicando que pertenece a Cristo de cuerpo y alma.

La pierna herida le causó intenso sufrimiento por días; tomó dos semanas para sanar. Mientras tanto Anastasia volvió del campamento y notó una llaga fea. "¿Cómo te heriste?" preguntó preocupada. "Parece una herida grave." Kateri contestó con una sonrisa: "No es nada, Madre. Ya no me duele. Me quemé."

"Ten cuidado, mi abejita lenta," dijo Anastasia. "Algún día te caerás al fuego y te volverás a ceniza de pie a cabeza." Tekakwitha se rió; entonces cambió el tema.

En el mes de marzo cuando bandadas de aves migratorias se volvieron al norte, Kateri de nuevo estaba en cama con fiebre y enfermedad. Sufría de un dolor de cabeza constante, el sufrimiento atormentaba todo el cuerpo, y no podía levantarse. Las horas desde la mañana hasta el atardecer, cuando estaba sola en el *wigwam*, las pasaba cantando en voz baja el rosario y las otras oraciones.

Los niños del pueblo, especialmente los más pequeños, siempre la querían. Una influencia rara irradiaba de su personalidad que evocó la admiración y cariño de ellos. Cuando se dieron cuenta de que estaba enferma llegaron por grupos para visitarla y alegrarla. P. Chauchetière lo observó y preguntó a Kateri si le gustaría que él les diera instrucciones religiosas en su *wigwam*, para que ella también escuchara la instrucción y ocupara la mente con otra cosa que la oración.

Con gusto lo aceptó. Así él llegaba cada mañana con un grupo de niños. Ellos rodearon la cama, escuchando al sacerdote y contestando las preguntas. Cuando les mostró cuadros de colores del Antiguo o del Nuevo Testamento que él había pintado, los ojos oscuros brillaban de curiosidad y alegría. Kateri se olvidó de su dolor y levantó la cabeza con gran esfuerzo para ver los dibujos. A mediodía cuando tocó el ángelus todos rezaron una breve oración. Entonces, con un saludo, los niños corrieron a sus casas para comer. El ropanegra le dio a ella una bendición, recogió sus materiales, dio unas palabras de consuelo y ánimo y salió del *wigwam*. Ella se acomodó sobre la almohada, cansada pero contenta. Con el crucifijo en las manos ella oraba y meditaba hasta que los parientes volvieran.

El sábado antes del Domingo de Ramos, el padre dio la última clase en su cabina. Ella estaba tan débil que no podía levantar la cabeza. Enita, Anastasia y Theresa la cuidaban en la mañana y en el atardecer. Durante el día se quedó sola en la casa como los demás enfermos.

Esta rutina, sin embargo, tenía que ser alterada. Desde la tarde de Domingo de Ramos una mujer de edad la acompañaba toda la noche. Fue una enfermera del grupo de la Cofradía de la Sagrada Familia, que ofreció cuidar a los enfermos en casos de emergencia. La mañana siguiente, lunes de la Semana Santa, Kateri pidió no desayunar; quería hacer penitencia en honor de la Pasión de nuestro Señor. La enfermera quien había asistido a muchas personas enfermas y moribundas, respondió enérgicamente: "No te preocupes, Kateri. Es muy tarde ahora para el ayuno y penitencia; está acercando el final."

Los ojos de Kateri se abrieron con sorpresa. Ya llegaba el final. ¿De veras? Una sonrisa de contento transformó su aspecto sufriente. ¡Pronto el ángel de la muerte la dirigiría por el túnel oscuro hacia la belleza radiante del cielo! En obediencia comió un poquito, entonces descansó la cabeza, cerró los ojos y rezaba, moviendo los labios en oración sosegada.

El martes su condición se empeoró. Por la tarde P. Cholenec decidió llevarle la Santa Comunión antes de que perdiera el conocimiento. "Voy a volver en una hora cuando su familia habrá regresado del campo para que estén presentes cuando reciba a nuestro Señor." Cuando salió, ella se quedó con su mejor amiga. Ella dijo suavemente: "Theresa, no tengo nada de ropa buena. Cuando el ropanegra me trae el Santísimo Sacramento, ¿no debo llevar un vestido bueno y limpio? ¿Me puedes ayudar?"

Los ojos de Theresa se llenaron de lágrimas. Kateri, sabiendo que pronto iba a morir, secretamente había regalado toda su ropa, poca que fuera, a los pobres, dejando una sola pieza para ella misma. Entonces Theresa fue rápido a su propio *wigwam* y volvió con un nuevo vestido de cuero de venado y una blusa de lino de color azul. Ella le ayudó a Kateri a ponérselo, se le lavó la cara y las manos, y le arregló el pelo. Cubrió el cuerpo delicado con una cobija nueva. Kateri se quedó quieta, manos cruzadas sobre la cubierta, repitiendo una oración en preparación para la Santa Comunión que Theresa decía en voz clara.

Ella recibió el Santísimo Sacramento sencillamente y sin ostentación como lo había hecho siempre, pero con una devoción excepcional. El P. Cholenec le impartió una bendición

solemne y después fue de prisa a la iglesia para oír confesiones. Los parientes y amigos venían y salían toda la tarde. La miraban con reverencia, le aseguraron de sus oraciones y pidieron oraciones a ella. Ella estaba tan débil que no podía hablar; pero dio una seña y una sonrisa amigable a cada uno.

Durante la noche Teresa la vigilaba. Cuando la enfermera salió por un rato, Kateri murmuró a Theresa: "Tengo que dejarte, Theresa. Gracias por todo tu amor y ayuda. Quédate fiel a Jesús; siempre sigue la dirección y consejo de los sacerdotes. Evita a las personas que no practican la fe. Y continúa los actos de penitencia que practicábamos. Yo rezaré por ti y te ayudaré desde el Cielo. ¡Onon!" (Adiós). Completamente agotada, cerró los ojos, mientras Theresa, llorando amargamente, tocaba la mano cariñosamente.

El día siguiente, miércoles de la Semana Santa, los parientes y Theresa querían quedarse con ella. Kateri guiñó el ojo y cuando Theresa se inclinó sobre la cabeza, Kateri le susurró: "No se queden aquí; vayan al campo. Yo estaré viva cuando regresen." Creyeron sus palabras y se fueron.

A media mañana P. Chauchetière le administró el Sacramento de la Unción; había llamado a Theresa para que estuviera presente para ayudar a Kateri. Después del sagrado rito Kateri besó el crucifijo y murmuró: "Jesús, yo te amo." Entonces perdió el conocimiento. El sacerdote rezó oraciones cortas. Cada vez que pronunció el nombre de Jesús, las muestras de dolor en la cara de Kateri se cambiaron momentáneamente en expresión de gozo.

A las 2:30 de la tarde tocaron las campanas llamando a los fieles a dejar su trabajo y alistarse para la celebración de

Maitines solemnes de la Semana Santa. Iba a ser a las 4:30. Onas y su familia regresaron de prisa a su casa acompañados por un grupo de amigos. Encontraron a P. Cholenec y a P. Chauchetière de rodillas al lado de la cama de Kateri, y Theresa al otro lado con la mano de Kateri en la suya. Un silencio profundo llenó el *wigwam*, quebrado sólo por algunos llantos apagados.

Un poco después de las tres, la boca se movía como de la contracción de un nervio. Después la cara se relajaba y estaba calma. Pareció que meditaba pacíficamente y conversaba con Rawannío en su corazón. P. Cholenec dejó de orar, se paró y se inclinó sobre la cabeza de Kateri. La observaba por un rato con una fina atención. Por fin, se puso recto, dio una vuelta hacia los arrodillados en oración, y dijo: "Mis hijos, Kateri ya ha muerto. Dale, Señor, el eterno descanso y que la luz eterna brille sobre ella. Que descanse en paz."

Fue el 17 de abril de 1680. Tekakwitha tenía veinticuatro años.

Inmediatamente después de su muerte un evento misterioso ocurrió; los sacerdotes y todos presentes lo vieron suceder. La cara de Kateri cambió completamente en unos minutos. Los testigos vieron que los estragos de la enfermedad y de los duros sufrimientos desaparecieron. Su rostro tomó un aspecto fresco y radiante y de una belleza increíble. Hasta los picados de viruela que la habían desfigurado desde niña, se desvanecieron. La cara cambió de color hasta mostrar el tono de un niño indio de buena salud. Una sonrisa suave y encantadora, como nunca notada en ella, se veía en sus labios.

P. Choleneq, que no era ni sentimental ni supersticioso, expresó su sorpresa audiblemente. Una manifestación de maravilla y reverencia penetró todo el *wigwam*. Aun los hombres que antes habían torturado brutalmente a sus enemigos sin sentir nada, se conmovieron por lo que vieron y empezaron a llorar.

Sin embargo, había una persona quien reconoció la naturaleza y significado de este cambio maravilloso. Anastasia, atrasada por algún mandado, llegó veinte minutos después de la muerte de Kateri. Apenada por no haber estado allí al momento de la muerte de su querida hija, por empujones pasó de en medio del gentío y llegó a la cama. Al mirar el cuerpo se detuvo, fijó la mirada incrédula y empezó a temblar de emoción. Los ojos se llenaron de lágrimas, se echó a rodillas y, todavía mirando fijamente, murmuró maravillada: "¡Iorágode--Rayo del Sol!"

Epílogo

Kateri fue enterrada el día después de su muerte, el Jueves Santo, el 18 de abril de 1680. La transformación admirable y su expresión persistían sin cambio hasta el momento del entierro. Toda la noche del miércoles y la mayor parte del jueves, centenares de testigos oculares--sacerdotes, visitantes franceses e indios--observaban ese hecho asombroso, y más tarde lo declararon bajo juramento.

Dos comerciantes franceses llegaron de La Prairie por la tarde de miércoles, para participar en las ceremonias de la Semana Santa. De vez en cuando ellos habían trabajado en la iglesia de Caughnawaga y conocían a Kateri durante sus visitas anteriores. Al ver el semblante bello y radiante estaban tan emocionados por asombro y reverencia que inmediatamente decidieron hacer un ataúd para ella. Esa manera del entierro fue extraña, pues los cuerpos de los indios, según la costumbre iroquesa, fueron llevados al cementerio y bajados al hoyo encima de un féretro abierto hecho de corteza y cubierto sólo con una cobija. El párroco aceptó la oferta de esos dos hombres. Así Kateri fue la única de los fieles de Caughnawaga enterrada en un ataúd especial de madera. Ese hecho se hizo posible unos años más tarde (1684) la identificación, sin duda, de sus restos cuando fueron exhumados y llevados al nuevo sitio de Caughnawaga río arriba.

Los huesos, encerrados en un cofre precioso de madera, y visibles tras un vidrio, ahora están venerados en el transepto de la iglesia San Francisco Javier en Caughnawaga. Allí esperan los grandes eventos deseados y pedidos por sus amigos fieles: la solemne beatificación y canonización por la Santa Sede.

Un sinnúmero de reportes de favores, sanaciones y bendiciones conseguidos por su intercesión de Kateri han sido publicados desde el propio día de su muerte. Su altar en Caughnawaga es la meta de miles de peregrinos.¹⁶

El proceso de su beatificación fue inaugurado durante el siglo pasado. Después de muchas investigaciones intensivas, exámenes y deposiciones judiciales que duraron varios años, el Papa Pío XII dio finalmente su decisión oficial el 3 de enero de 1943: que las virtudes y santidad personal de Tekakwitha están comprobadas, y que merece el título de "Venerable Sierva de Dios" (que es el primer paso de los tres en el proceso de canonización de un santo en la liturgia de la Iglesia.)

Entonces el 22 de junio de 1980, trescientos años después de su muerte, Kateri fue elevada al grado de los Beatos y permitida recibir oficialmente la veneración en los países donde vivió. Sus devotos esperan con ansia su canonización.

El local original de su entierro, cerca de la cruz alta a la orilla del río, también es lugar de peregrinación hasta hoy.

¹⁶ La dirección del santuario es: *Kateri Shrine*, Apartado 70, Caughnawaga, P.Q., Canadá. Para leer más sobre el santuario en el lugar del nacimiento de Kateri, vea la nota #4, en la página 28.

Queda a como tres millas al este del actual Caughnawaga, y lleva el nombre Cerro Sta. Catalina. La cruz que estaba en el tiempo de Kateri ha sido repuesta cada vez que una tormenta natural destruía la anterior. La cruz actual tiene veinte pies de altura.

En 1880 un monumento modesto pero impresionante en forma de un sarcófago fue erigido encima de la tumba original. Fue hecho de una sola pieza de granito y lleva la siguiente inscripción:

KATERI TEKAKWITHA

17 de abril de 1680

Onkwe Onwe-ke Katsitsiio Teiotsitsianekaron

(Kateri Tekakwitha, la más bella flor que floreció entre los indios.)